

Salir jugando

Historias en movimiento de un equipo de fútbol femenino

Mariel Verónica Bleger

Colección
T E S I S



Salir jugando

Historias en movimiento de un equipo de fútbol femenino

Mariel Verónica Bleger

2021

Bleger, Mariel Verónica

Salir jugando: historias en movimiento de un equipo de fútbol femenino / Mariel Verónica Bleger. - 1a ed. ilustrada. - San Carlos de Bariloche: IIDyPCa - Instituto de Investigaciones en Diversidad Cultural y Procesos de Cambio, 2021.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-47768-2-2

1. Antropología. 2. Antropología del Deporte. 3. Mujeres. I. Título.
CDD 306.483

Fecha de Catalogación: junio 2020

Salir jugando: Historias en movimiento de un equipo de fútbol femenino.

Mariel Verónica Bleger.

Primera Edición 2021

©2021 en poder del autor

© Derechos reservados para todas las ediciones

Diseño interior y tapa: Florencia Galante.

Revisión general y edición: Maximiliano Javier Lezcano y José Luis Lanata.

Imagen de tapa: © Mariel Verónica Bleger.

Instituto de Investigaciones en Diversidad Cultural y Procesos de Cambio

IIDyPCa-CONICET-UNRN

Mitre 630

8400, San Carlos de Bariloche

Río Negro – Argentina

iidyca@gmail.com

Queda prohibida la reproducción, total o parcial, por cualquier medio de impresión, en forma idéntica, extractada o modificada, en castellano o en cualquier otro idioma. Se permite la reproducción de citas particulares indicando la fuente.

Las opiniones vertidas en esta publicación no representan necesariamente la opinión de la institución que la edita.

Mariel Verónica Bleger

2021 *Salir jugando: Historias en movimiento de un equipo de fútbol femenino*. IIDyPCa-CONICET-UNRN.

Bariloche. ISBN 978-987-47768-2-2



I I D Y P C A

ISBN 978-987-47768-2-2



ÍNDICE

Prólogo	i
Tesoros escondidos en una etnografía de “lo imperceptible”	i
Articulaciones en movimiento	iv
Bibliografía del Prólogo	ix
Agradecimientos	xi
Capítulo 1. La mirada	1
Capítulo 2. Marco teórico y metodológico	7
2.1. Marco teórico	7
2.1.a. La centralidad del relato en la vida social	7
2.1.b. Relatos y trayectorias	9
2.1.c. Relatos a través de los procesos de recuerdo y olvido.....	11
2.1.d. Las performance del relato.....	13
2.1.e. Relato y su potencial político.....	14
2.1.f. Algunos antecedentes: barrios, tiempo libre y mujeres	15
2.2. Construcción del marco metodológico	16
2.2.a. “Estas son... Acá están. Las campeonas de verdad”	16
2.2.b. “El campo de juego”	17
2.2.c. “Y mueva, y mueva, y mueva Virgen mueva”	19
2.3. Construcción del marco metodológico	20
Capítulo 3. La cancha siendo (con)texto	23
3.1. La historia de la casa que quiso ser cancha. Y la cancha que hace de casa.....	23
3.1.a. El patio trasero en la cotidianeidad	26
3.1.b. “De acá para allá son todos...”: disputas y construcciones de territorialidad.....	27
3.1.c. “La cancha era nuestra Roma”	29
3.2. Arco Iris Femenino	30
3.2.a. “Ser equipo”	31
3.2.b. La Caldera: Magia y Polisemia	33
3.2.c. “Ruidos inesperados”	35
3.2.d. “Dime por dónde andas y te diré quién eres”	36
Capítulo 4. El deslinde habitable	39
4.1. Cartografiando el movimiento.....	40
4.1.a. Área Chica: Habitando el límite.....	41
4.1.b. Capas de la cebolla	43

4.2. De acá para allá son todos... hombres: la tensión entre lo femenino y lo masculino	46
4.2.a. Cuando lo privado se relativiza	46
4.2.b. "Gambeteando la fijeza": La corporalidad imaginada	49
4.3. Dulce inestabilidad	52
Capítulo 5. Pateando el tablero para establecer el juego.....	55
5.1. "Consejo: lo tomo o lo dejo"	56
5.2. De chiquito yo te vengo a ver.....	59
5.3. Plegando resistencias.....	62
5.4. Plegando el ser juntas.....	64
Capítulo 6. Conclusiones.....	67
Dime quién te oprime y te diré quién eres	69
Nada de copia fiel: autoría de la buena	69
Más allá del área chica.....	70
Sumando en movimiento.....	71
Palabras finales	71
Capítulo 7. Epílogo. Tiempo de descuento	73
Bibliografía.....	75

TESOROS ESCONDIDOS EN UNA ETNOGRAFÍA DE “LO IMPERCEPTIBLE”

Soledad Pérez, Marcela Tomás y Alma Tozzini

(IIDyPCa-CONICET-UNRN)

Esta etnografía de Mariel Bleger nos introduce en la vida cotidiana de mujeres que comparten experiencias de vida similares y crean, desde una posición subordinada en más de un sentido, un lugar propio en un espacio reservado a los hombres: una cancha de fútbol de barrio. El libro se interroga acerca de qué modos, a través de los relatos sobre distintas experiencias, las mujeres integrantes del equipo de fútbol Arcos Iris del Barrio Virgen Misionera, San Carlos de Bariloche, van negociando subjetividades en distintas geografías de poder y, en ese devenir, van construyendo un proyecto político afectivo generando nuevos sentidos y valoraciones respecto de su pertenencia al mismo. La elección de un evento significativo para la comunidad en donde realizó su trabajo de campo –el funeral del Padre Juvenal Currulef– es una presentación del estilo de etnografía de la autora.

A lo largo de los sucesivos capítulos la combinación de descripción y reflexión –regadas de buena pluma que combina la precisión en los registros con un tono poético que informa, además, sobre las percepciones de la autora– evidencian una permanencia en el campo que permite percibir diferencias tan sutiles como la temporalidad en los movimientos de sus interlocutoras. Si la transparencia metodológica es una característica destacable, posible de percibir en las transcripciones de registros que evidencian la aplicación de técnicas diversas de la etnografía –observación participante, relato de vida, entrevistas– interesa aún más la búsqueda por comprender los procesos de negociación de subjetividades de estas mujeres: la investigadora presta atención a y con el cuerpo. Esta atención produce una reflexividad que la aleja de cualquier lectura naif, dando cuenta de posicionamientos diferenciales entre los actores sociales que comparten el espacio barrial.

Metodológicamente, la investigación se propone, tal como lo sugiere Marcus (2001), hacer una etnografía en movimiento. Son muy interesantes los desplazamientos descriptos de la escuela a la cancha, de una cancha a la otra, de la escuela a la casa y de la casa a la escuela. Y cómo en esos desplazamientos se porta lo doméstico y se lo logra incorporar –resignificándolo– en el marco de sentido de la cancha.

La elaboración del marco conceptual permite la puesta en valor de los relatos de sus interlocutoras, incorporando al proceso de reflexividad las trayectorias que las mujeres entextualizan performando territorios móviles. Más allá de la lectura crítica para pensar el campo –con autores como Ingold (2000, 2011), Briones (1998), De Certeau (1990, 1999, 2008), Grossberg (1992, 1997a, 2003, 2010a), Massey (2005), Ramos (2005, 2010, 2011), Connerton (1989) – el logro de su elaboración teórica consiste en el uso que hace de las diversas lecturas para comprender el transcurrir de la vida cotidiana en el barrio. La tensión entre estructura y agencia atraviesa en sentido fuerte toda la obra, y es puesta en evidencia en la formas en que los relatos de estas mujeres/jugadoras/madres van moldeando y modulando sus trayectorias, al mismo tiempo que desafían cierto orden establecido. En la capacidad performativa de los relatos se articulan subjetividad y política habilitando transformaciones y resignificaciones en la trama barrial. Una trama que Bleger desteje con sus preguntas y vuelve a tejer junto a estas mujeres para construir esta investigación.

El itinerario de los capítulos introduce a una geografía barrial que es historizada por sus interlocutoras: a partir de relatos de disputas sobre el territorio –que comienza siendo el barrio para llegar a la cancha– se evidencian las agencias de quienes narran y las estrategias que despliegan para ir construyendo estos espacios, en tanto lugares practicados. La mirada de Bleger se hace palabra y aparece en el reconocimiento del proyecto político implicado en el trabajo de la memoria que las mujeres del equipo de fútbol van construyendo en sus encuentros, en esos momentos en que en el compartir experiencias se va tejiendo, tramando y produciendo una historia no contada pero protagonizada, en la cual la autora logra mostrar cómo estas protagonistas tensionan y problematizan distintas categorías del sentido común.

Las mujeres deben conquistar el territorio masculino de la cancha y, en esa conquista, Bleger encuentra en el “respeto” (condición necesaria para jugar al fútbol) un index que las mujeres han reinterpretado. Éste descubrimiento le permite comprender el modo en que ciertas tensiones, como la fortaleza y la debilidad o la maternidad sean una práctica valorada. Y aquí, nuevamente, los relatos de campo se enriquecen: la discusión con Mohanthy (2008) y Mohanthy et al. (1991) constituye un ejemplo de relación entre el campo y la teoría en la que la actividad reflexiva de quien investiga convierte a la última en herramienta heurística para comprender la complejidad de los procesos sociales. Es esta capacidad de la autora aquella que convierte un campo *a priori* “pequeño” o, en sus palabras, “imperceptible” en un complejo nudo etnográfico.

En este sentido es interesante apuntar que también desde lo metodológico (y no solo desde la teoría de los estudios de memoria) aparece la importancia de los marcos de significación (en el sentido de Halbwachs 2004) en los cuales un ámbito se lee desde otro marco. Nos atrevemos a sugerir que ese es un logro “silencioso” de la tesis de li-

cenciatura que dio como resultado este libro, acaso un punto de fuga no contemplado en sus propósitos.

Finalmente, la autora nos insta a conceptualizar a la etnografía como la asunción de un compromiso político y ético: puesto que al realizar un trabajo de campo nos encontramos con lo que la autora denomina “compromisos personales contradictorios” que nos obliga a movernos del rol de antropólogo académico distante para poder asumir el rol de etnógrafa activista. El compromiso ético y político de Bleger se muestra tanto en lo que dice como en aquello que elige no decir, al tiempo que entendemos que el activismo está en la escritura y en poder correr el velo que permite ver de una manera compleja -resituando lo público y lo privado- a esas “mujeres entrando a la cancha”.

ARTICULACIONES EN MOVIMIENTO

Ana Margarita Ramos

(IIDyPCa-CONICET-UNRN)

Este libro es una etnografía acerca de cómo distintas mujeres fueron “siendo juntas” a partir de encontrarse -en tanto “mujeres”- en el Equipo de Fútbol Femenino del Club Arco Iris, en un barrio marginal de la ciudad de San Carlos de Bariloche, llamado Virgen Misionera. Y, porque es una etnografía muy bien hecha, este libro también nos invita a la reflexión teórica de ciertos conceptos antropológicos. Al terminar de leerlo, nos damos cuenta que ciertas categorías que solemos utilizar para pensar las formas y los procesos conectivos a nivel social no solo adquieren los matices significativos del contexto al que Bleger las aplicó, sino que también alcanzan preguntas que no solíamos hacernos con ellas. A modo de prólogo, quisiera entonces poner en valor esos aportes y, en función de ellos, proponer a quienes lo lean algunas claves de lectura.

El nodo principal en el que se ensamblan los capítulos de este libro es propuesto por la autora cuando define la producción de relatos que las mujeres del equipo Arco Iris hacen sobre sí mismas como *“la inauguración de una historia y un presente que aún busca por dónde empezar a contarse”* (Cap. 1, p. 4). Desde este ángulo, no estamos frente a un grupo o totalidad estructurada, como una identidad objetivada o una representación colectiva ya entextualizada, sino ante trayectorias cotidianas de mujeres cuyos caminos se han venido anudando en diferentes lugares barriales y posicionamientos sociales. Lugares donde sus experiencias empiezan a develarse como similares entre sí y diferentes a las de otras personas. Los sentidos de unidad van emergiendo aquí y allá, en la medida en que ellas se encuentran -en sus “corridas” diarias y en sus esfuerzos cotidianos por no faltar a los entrenamientos y partidos— sorteando dificultades parecidas, compartiendo sentidos de placer, anteponiendo similares compromisos, actualizando mandatos familiares equivalentes y presuponiendo códigos comunes. Estos relatos, entramados y desentramados en el tránsito constante de las jugadoras de Arco Iris, no fijan lugares de identidad de género ni de clase, sino que performan lugares transitorios, como las estelas de agua condensada dejadas por un avión en tránsito. Pero, en ese mismo movimiento, ellas irán articulando sus múltiples posicionamientos en un lugar compartido de enunciación y percepción; irán plegando y desplegando experiencias autobiográficas en una dirección de subjetivación similar.

El libro no describe, entonces, una identidad sino un acontecer, y, al elegir esta forma de abordar los eventos, nos recuerda la importancia teórica y metodológica que tiene un concepto como el de articulación para la Antropología. Podrían ser otras y

distintas las formas de leer un libro como este, pero, influenciada por nuestras discusiones e intercambios previos y simultáneos a la escritura de la tesis, quisiera compartir con los lectores el modo en que el concepto de articulación nos incitó, en varias oportunidades, a pensar con él, y a contrapelo de él, los eventos en los que la autora iba deteniendo, con mucha intuición, su mirada etnográfica.

La noción de articulación adquiere relevancia en Antropología porque se amoldó muy cómodamente con el método etnográfico, específicamente por la centralidad que, en ambos enfoques, adquiere el contexto. En las teorías de la articulación, la contextualización se convirtió en el principal contrapunto argumental a la hora de cuestionar los reduccionismos de clase, de género o de otro tipo (Grossberg 1997b). Detrás de esta centralidad del contexto está la idea de que las asociaciones políticas entre elementos ideológicos (como, en estas páginas, a veces lo son la “cancha”, el “fútbol”, la “hinchada”, la “mujer”, los “consejos paternos”, los “hijos” y/o las “formas de entrenar”) no tienen entre sí una pertenencia necesaria. La contextualización nos lleva a pensar en las conexiones contingentes –no necesarias– entre esas diferentes prácticas, ideologías y grupos (Laclau 1978, Hall 2010a).

En este libro, Mariel Bleger nos habla del fútbol como una articulación, esto es, como una conexión que, bajo ciertas condiciones, crea unidad de elementos diferentes (ser mujer, ser madre, ser jugadora, ser hinchada, ser trabajadora). Pero, sobre todo, nos confirma, en un análisis muy detallado y sensible, que esas formas de enlazar no se encuentran necesariamente determinadas, ni son absolutas, ni esenciales todo el tiempo. La contingencia de las articulaciones que unen a las mujeres del Club Arco Iris es un tema central del libro, puesto que no solo demuestra en terreno que la articulación es un vínculo contextualizado, sino que profundiza esa misma idea de eventualidad. Me detengo en esto en los próximos párrafos.

La contingencia de las articulaciones significativas adquiere relieve y complejidad en el trabajo de Bleger a partir de dos decisiones analíticas que resultaron ser acertadas. Por un lado, la utilización de una noción de contexto que no solo incorpora una dimensión espacial sino también una temporal. Esto es posible a partir de las nociones de relato y de evento-lugar que la autora toma como ejes organizadores de su tesis. El relato es el despliegue -que se hace desde un lugar y un tiempo determinado- de las relaciones en las que una trayectoria acontece en espacios y a través del tiempo (Ingold 2011); un evento-lugar es el aquí y el ahora en los que se negocian y acuerdan los entonces y los allí en los que se anudan trayectorias diferentes en un determinado ser juntas (Massey 2005).

Por el otro, esta conjunción del relato-trayectoria fue puesta en foco a partir de los movimientos cotidianos de las mujeres del barrio que organizan sus vidas cotidianas para llegar a la cancha en los horarios de entrenamiento y para asistir a los parti-

dos. En el movimiento, vemos mujeres encontrarse, reunirse, separarse, apurarse en simultáneo pero desde lugares diferentes, salir de la cancha, entrar a la cancha, trasladarse juntas, y destacarse o difuminarse en grupos más amplios de pertenencia. Estos movimientos son el contexto en el que adquieren sentido las conexiones y desconexiones de memorias, experiencias y elementos ideológicos. Para Bleger, el contexto es movimiento, y esto queda en evidencia en sus descripciones etnográficas de mujeres que cambian de lugares, ropas, maquillajes, posiciones y marcos de interpretación en las complejas y rituales formas de circular.

Implícitamente, la autora retoma la pregunta de Hall *¿bajo qué circunstancias puede forjarse o crearse una conexión?* (Hall 2010b:85) Y responde que, la “unidad” entre las jugadoras de fútbol del club Arco Iris es una rearticulación continua de elementos distintos que se van refractando de diferentes maneras. El hecho de que las mujeres estén a cargo de los hijos durante los entrenamientos o los partidos de fútbol; que intenten copiar, con marcadas diferencias, ciertas actitudes “futboleras” asociadas con los varones; que elijan callar sus triunfos en el juego frente a las audiencias masculinas ... son el tipo de prácticas que Bleger fue identificando con mucha minuciosidad para mostrarnos a quienes la leíamos que cada una de ellas adquiere sentidos específicos en cada uno de los contextos transitorios en los que se van entramando.

Las articulaciones no flotan libremente para finalmente anclarse casualmente en cualquier tiempo y lugar, porque son producidas en el acontecer de los diferentes contextos en los que las mujeres se van encontrando juntas. Retomando a Grossberg (1997b), este libro nos permite pensar la articulación como la producción de relaciones que antes no existían o que se presentaban de modos diferentes.

Etnografiar procesos de articulación es una tarea compleja porque, como sostiene Hall (1992), requiere analizar diversas variables en juego al mismo tiempo. Esta autora subraya la importancia que tienen los estudios de caso que logran mostrar en detalle las formas contradictorias que asumen estas articulaciones en distintos momentos. En esta dirección, el recurso metodológico de las “etnografías mínimas” que Bleger utiliza en su investigación resultó ser una elección apropiada para detallar ese acontecer cotidiano de las conexiones, desconexiones y reconexiones que van produciendo la experiencia de “estar siendo juntas” entre las jugadoras de fútbol del Barrio de Virgen Misionera.

Es en los tránsitos y en las prácticas intersticiales donde ellas, las jugadoras de Arco Iris, van acompasando ritmos cotidianos que pulsan diferente (Massey 2005). Desde el aula a la cancha o de la cancha a la casa; encontrándose apuradas en la puerta de la escuela del barrio en el horario en que salen sus hijos e hijas; sacándose al unísono, pero en diferentes sitios, la ropa de trabajo que cubre aquella otra que utilizarán en el entrenamiento; cuidando colectivamente a sus hijos e hijas mientras juegan un

partido de fútbol; o maquillándose en el auto que las traslada desde el partido en el que eran jugadoras a otro en el que serán hinchada. En esos movimientos, Bleger nos presenta la articulación del “ser juntas” como la sucesión de totalizaciones puntuales y efímeras, en la que los planos de clase, género y sexualidad se van intersecando de modos diferentes. Encontrándose en sus movimientos cotidianos, estas mujeres irán estructurando lenguajes (y silencios) compartidos, economías de valor situadas y expresiones de pertenencia específicas, que pueden, en ocasiones, estructurar las relaciones de modos ambiguos como dominancia y subordinación, como resistencia y sujeción (Lefebvre 1991).

La autora nos invita a ver la fuerza política que pueden adquirir ciertas prácticas en sus contextos de uso y significación, así como a no establecer asociaciones *a priori* entre determinadas acciones y el mantenimiento de las relaciones asimétricas. Porque, en sus “etnografías mínimas”, ella no presupone ninguna correspondencia necesaria o preestablecida entre prácticas y relaciones de poder. Como sostiene Lefebvre (1991), la posibilidad de transformación y resistencia debe ser considerada en los contextos cotidianos, “mínimos” y afectivos en que las prácticas adquieren su valor.

Existe otra cuestión sobre la teoría de la articulación que este libro nos convoca a pensar. Esta tiene que ver con la famosa expresión del “camión articulado” (Jameson 1998), con la que se alude a la relación de determinación que existe entre un primer móvil, menor y liviano, y el tráiler que va detrás. Esta metáfora pone en primer plano el hecho de que la articulación es una combinación de fuerzas que se organizan jerárquicamente entre sí. Si bien, y como sostuvimos arriba, estas combinaciones y organizaciones son determinadas exclusivamente por los contextos y las situaciones cotidianas, los contextos son parte de entornos más amplios (Grossberg 2010b), esto es, de geografías de poder que mapean las posibilidades políticas, económicas y sociales de ser, pensar, actuar y moverse.

En esta dirección, la negociación cotidiana de un “nosotras”, jugadoras de fútbol, no se construye únicamente a partir de clivajes de género, sino también de clase. Y, en esta combinación, surgen formas novedosas de significar asociaciones como “mujeres de un barrio marginal”, “jugadoras de fútbol de la clase trabajadora”, etc. Combinaciones que organizan discursos, experiencias y sentidos sin que el “ser mujer” subsuma los sentidos de las pertenencias de clase, ni viceversa. Esto es importante porque el “ser mujer” pareciera no escalar necesariamente quiebres con lo masculino, con la maternidad o con el colectivo barrial en las direcciones habituales de un “discurso feminista”. Las relaciones con ese primer móvil del camión articulado (la clase social) suelen ser mucho más complejas de lo que uno podría anticipar. Esto pareciera suceder así porque las experiencias de desigualdad que orientan las articulaciones, por un lado, separan, del conjunto de otras experiencias, trayectorias autobiográficas como

“mujeres”, pero, y por otro lado, las enlazan de modos novedosos a las trayectorias de sus padres, maridos, novios e hijos “varones”.

Recortarse como “jugadoras” pertenecientes a un barrio periférico de la ciudad de Bariloche no solo produce lenguajes de género sino también de clase, y esta es una combinación compleja que la autora busca identificar y conocer desde sus contextos específicos y situados de producción. Si esta combinación y organización de fuerzas está desarrollando su potencial político, lo iremos sabiendo en la medida en que esos significados nativos vayan siendo “usados” u “operados” en el curso de la acción social (Harvey 1989: 223). Los sujetos nos involucramos en relaciones dialécticas complejas (entre representaciones dominantes que pugnan por intervenir y penetrar nuestros espacios vividos y prácticas cotidianas que impiden, resignifican, reorientan o invierten esas colonizaciones) porque, como sostiene la autora de este libro, son así de complejos los simbolismos que encarnamos en nuestras trayectorias y relatos de vida (Lefebvre 2002).

Este libro es un gran aporte a la teoría de la articulación desde las prácticas espacio-temporales de las mujeres del equipo de fútbol Arco Iris. A través de sus páginas vamos comprendiendo las tramas narrativas (relatos sociales discursivos y no discursivos) con las que ellas van generando, usando y percibiendo el espacio -desde sus constantes movimientos- a partir de relaciones sociales específicas que son tanto de género, de comunidad y de clase. Los modos en que las jugadoras articulan prácticas y discursos para pensarse a sí mismas son pensados por Bleger como las puertas que encontraron entre ellas para abordar en forma mancomunada sus propios desafíos. Y es esta sensibilidad de mirar y escuchar sin respuestas previas lo que he admirado profundamente de su trabajo antropológico.

Terminando, además de celebrar que un libro -resultado de una investigación de varios años- nos invite a pensar y reflexionar nuestros abordajes teóricos y metodológicos, quisiera destacar el entusiasmo, la pasión y el compromiso con el que Bleger aborda las charlas en “el campo”, las discusiones con los y las colegas y sus intercambios silenciosos con los y las autores de la bibliografía. Me alegra haber compartido con ella esas múltiples conversaciones.

BIBLIOGRAFÍA del PRÓLOGO

Briones, C.

1998 *La alteridad del "Cuarto Mundo"*. Ediciones del Sol. Buenos Aires.

Connerton, P.

1989 *How societies remember*. Cambridge University Press. Cambridge.

De Certeau, M. D.

1990 *L'invention du quotidien. Arts de faire*, 1: 57-63.

1999 *La cultura en plural*. Nueva Visión. Buenos Aires.

2008 Andar en la ciudad. *Bifurcaciones*, 7: 1-17.

Grossberg, L.

1992 *We gotta get out of this place*. Routledge. New York.

1997a *Bringing it all back home. Essays on Cultural Studies*. Duke University Press. Durham.

1997b *Dancing in spite of myself: Essays on popular culture*. Duke University Press. London.

2003 Identidad y Estudios Culturales: ¿No hay nada más que eso? En *Cuestiones de identidad cultural*, S. Hall y P. Du Gay comps., cap. 6, pp. 148-180. Amorrortu. Buenos Aires.

2010a *Cultural studies in the future tense*. Duke University Press. Durham.

2010b Teorización del Contexto. *La Torre del Virrey: revista de estudios culturales*, 9: 17-23.

Hall, C.

1992 *White, Male and Middle Class: Explorations in Feminism and History*. Routledge. New York.

Hall, S.

2010a Significación, representación, ideología: Althusser y los debates postestructuralistas. En *Sin garantías: Trayectorias y problemáticas en estudios culturales*, Eduardo Restrepo, Catherine Walsh y Víctor Vich eds., pp. 193-220. Enviñón Editores. Lima.

2010b Sobre postmodernismo y articulación. En *Sin garantías: Trayectorias y problemáticas en estudios culturales*, Eduardo Restrepo, Catherine Walsh y Víctor Vich eds., pp. 75-93. Enviñón Editores. Lima.

Halbwachs, M.

2004 *La memoria colectiva*. Pressas Universitarias de la Universidad de Zaragoza. Zaragoza.

Harvey, D.

1989 *The Condition of Postmodernity: an enquiry into the origins of cultural change*. Blackwell. Oxford.

Ingold, T.

2000 *The perception of the environment: essays on livelihood, dwelling and skill*. Psychology Press. Oxford.

2011 *Essays on movement, knowledge and description*. Routledge. New York.

Jameson, F.

1998 Sobre los Estudios Culturales. En *Estudios Culturales. Reflexiones sobre el multiculturalismo*, Jameson, F. y Zizek, S. eds. pp. 69-136. Paidós. Buenos Aires.

Laclau, E.

1978 *Política e Ideología en la Teoría Marxista. Capitalismo, fascismo, populismo*. Siglo XXI. Madrid.

Lefebvre, H.

2002 *Critique of Everyday Life: Foundations for a sociology of the everyday* (Vol. 2). Verso. London.

Marcus, G. E.

2001 Etnografía en/del sistema mundo. El surgimiento de la etnografía multilocal. *Alteridades*, 22: 111-127.

Massey, D.

2005 *For Space*. Sage Publications. London.

Mohanty, Ch. T.

2008 Bajo los ojos de occidente. Academia Feminista y discurso colonial. En *Descolonizando el feminismo: teorías y prácticas desde los márgenes*, Liliana Suárez Navaz y Aída Hernández eds., pp. 117-163. Cátedra. Madrid.

Mohanty, Ch. T., Russo, A., y Torres, L. (eds.)

1991 *Third world women and the politics of feminism* (Vol. 632). Indiana University Press. Indiana.

Ramos, A.

2005 Disputas metaculturales en la antesala de un juicio. El caso "Benetton contra mapuche". En *Historia, poder y conflictos*, Wilde, G. y P. Schamber comps., pp. 103-132. SB. Buenos Aires.

2010 "Cuando la casa escondida apareció a la vista". Memorias en y de desplazamiento, *Actas de las IV Jornadas de Historia de la Patagonia*, Santa Rosa, 20-22 de septiembre 2010. Santa Rosa.

2011 Perspectivas antropológicas sobre la memoria en contextos de diversidad y desigualdad. *Alteridades*, 21 (42): 131-148.

AGRADECIMIENTOS

Agradezco a las mujeres del equipo Arco Iris femenino por la confianza y la sonrisa siempre atenta. Pero sobre todo por dejarme ser parte de las victorias más lindas, que son indudablemente las compartidas. A Sole que seguro desde alguna estrella seguirá gritando los goles.

A mis amigos y amigas de la UNRN. A la comunidad educativa de la Escuela Virgen Misionera por mostrarme los caminos. A mis compañeros y compañeras del colectivo Al Margen. Al Bondi Feminista por enseñarme a desnaturalizar colectiva y amorosamente.

A mis amigas hermanas de la vida y de Bariloche que siempre me apoyaron y ayudaron. A mis compañeras del GEMAS por su generosidad.

Agradezco desde el corazón a mi directora Ana Ramos por escucharme y cuidarme. Por enseñarme desde un lugar donde la alegría, la resistencia y la palabra se entrecruzan permanentemente.

A la Universidad Nacional y Pública que sigue dando cátedra de excelencia y resistencia.

A mi familia, que es inmensa y se la rebusca para estar siempre cerca y cuidándome. A mis abuelas por su grandeza, a mis abuelos por su poesía. A mi mamá por la pasión en la mirada. A mi papá por la paciencia. A Car por leerme siempre. A Moni por volver en líneas. A mi hermano que supo ser refugio.

Agradezco a Gabo, porque sin él esto no hubiese sido posible, por creer en mí, por ser amor en movimiento y ternura en las batallas.

Agradezco a mi hijo Inti, que fue parte de la investigación, quien llegó para cambiarlo todo, relativizarlo y llenarlo con su luz.

Agradezco a mi hija Ambay, recién llegadita, que me regala más motivos para luchar por un mundo donde las mujeres podamos ser quienes queramos ser.

LA MIRADA

“Primero de Junio de 2014 en San Carlos de Bariloche, el frío a esta altura del año no da tregua en las tierras del sur de nuestro país. La helada ha calado hondo en las calles de tierra.

La noche anterior varios docentes del Barrio Virgen Misionera recibimos el llamado que anunciaba la muerte del Padre Juvenal Currulef de la capilla de dicho barrio. La llamada no demostraba sorpresa, más bien buscaba informar sobre las ceremonias que se habían establecido para la mañana siguiente.

A las 10 de la mañana del día de la ceremonia, pongo la luz de giro justo donde está la parada de colectivo, el almacén y la remisería; allí sale la calle por la que se ingresa al barrio y me desvío de la avenida Pioneros por la que vengo manejando... Me río al darme cuenta que mi auto pareciera saber qué movimientos realizar para esquivar los pozos del camino. Todas las mañanas los sorteamos para ir a la escuela a dar clases. El paisaje, sin embargo, está cambiado como para asociarlo a las imágenes cotidianas que vemos todos los días. Recuerdo las voces de autores que nos proponen desde la academia desnaturalizar lo que consideramos cotidiano. Sin embargo en esta jornada pareciera librarme de ese ejercicio ya que la atmósfera es diferente.

Hoy hay más movimiento que el usual en este horario. Dejo el auto estacionado muy cerca de la ruta, en él vienen conmigo varias personas que trabajan o han trabajado en la escuela primaria. Es la primera vez que no hay niñas y niños que vengan a saludarnos. Alguna sonrisa, o una mirada por sobre un hombro. Pero nada que los separe de sus papás, mamás o tíos devenidos en refugio. Avanzo por el camino que lleva a la capilla. Es la primera vez que me detengo a verla con cuidado, prestando atención en su arquitectura. Es una construcción de madera, muy parecida a las que uno ve en el canal Europa.

Hace ya un año que empecé mi trabajo con el equipo de fútbol femenino Arco Iris, por lo cual me es imposible no prestarle atención a la cancha del club ubicada de tal modo que podría pensarse como el patio de tantas instituciones que allí confluyen: la escuela primaria, el taller de oficio, la panadería de Walter, la escuela secundaria, la biblioteca, la radio y la capilla. Es la primera vez que la veo vacía. Esta vez no hay niñas y niños jugando con las tan características remeras verde - amarillas del Club Arco Iris. No hay nada en el aire factible de ser asociado a algún contexto lúdico y sin embargo hay cantidad innumerable de reglas marcando las acciones.

Para cuando llegamos hay allí mucha gente lo cual en ningún momento frena la afluencia de personas, porque la sensación es que llegan de algún lugar pero frente a la inmensidad de caras desconocidas es imposible deducir de dónde vienen. El elenco de esta escena está conformado por grupos familiares. Por primera vez puedo reconstruir vínculos y relaciones de parentescos que en los patios de la escuela o en las reuniones de padres me hubiese resultado imposible entender. Hoy no falta nadie. Me pregunto si todos se pidieron el día en los trabajos. Recuerdo

por un momento algunos discursos docentes que no dudan en caracterizar a las familias de Virgen Misionera como desinteresadas e incapaces de comprometerse. Sonríe para mis adentros al notar que aquellas voces nefastas no están entre la multitud, no parecen haberse sentido invitadas.

El ritmo y el tiempo están marcados muy diferenciadamente. Si bien la velocidad del tiempo responde a un protocolo, el ritmo del momento está claramente pautado por un sinfín de encuentros y silencios. Hay una suerte de pulso que se hace notorio mientras se avanza en la procesión de cuerpos apretados que buscan entrar a la capilla.

En contraste con la temperatura de afuera el calor del lugar es la definición de lo tibio. La gente allí reunida forma círculos, como capas de una cebolla rodeando el corazón de la misma. Del techo cuelgan la bandera paraguaya, la bandera wiphala y la bandera mapuche. Hay en las paredes frases del Che Guevara, Paulo Freire y el Padre Múgica. Tal vez fueron elegidas para que quienes asistiésemos a la capilla nos sintiéramos alojadas independientemente de compartir o no una creencia cristiana. La religión de hecho a lo largo de la ceremonia, ocupó un papel secundario en la jornada.

En el centro de la capilla está el cajón abierto donde yace el "Negro", "el Tata", "Juve", "Curru" o como los diarios de ese día decidieran nombrarlo. Me doy cuenta que en vez de la sotana, que sólo utilizaba para dar la misa de los domingos, le han puesto la remera del club Arco Iris. Y entonces, viéndolo así, pareciera estar descansando rodeado de amigos después de haber degustado uno de sus famosos asados que las personas del barrio cuentan que hacía.

"Decime si no parece durmiendo la siesta después del vinito" comenta una de las maestras con más tiempo en el barrio.

En las primeras sillas están los 11 hijos e hijas que el padre adoptó, algunos ya grandes y otros aún de temprana edad. Hay distintas autoridades sentadas en un círculo para nada improvisado, pero nadie pareciera estar buscando protagonismo. Indudablemente hay ciertas ceremonias y dinámicas que disponen el espacio de tal manera para que todos los allí presentes nos sintiéramos partes importantes del momento que estábamos viviendo.

Comienza un protocolo que yo desconozco en donde un cura habla e invita a ciertas personas a hablar y decir cosas de Juvenal, no sé ni quiénes son esas personas, ni cuál es su relación con el cura. El momento es conmovedor, la gente cuenta historias cotidianas donde aparece el vínculo que el padre tenía con ellos. De pronto algunos maestros en representación de las escuelas del barrio apoyan sobre el cajón una canasta con tizas y pañales mientras dicen "por todo lo que ha hecho por las generaciones del barrio". Luego casi de manera espontánea los denominados "ancianos del barrio" (dos mujeres y un hombre de unos setenta años) realizando el mismo movimiento, colocan encima del cajón una canastita de mimbre con hojas verdes en su interior y explican a la audiencia "unas hojas del maitén del barrio para que el Tata lo haga florecer en el cielo". Distintas instituciones o personas que las representan se van acercando y dejando sobre el cajón objetos, palabras y banderas. Aparecen los compañeros de la Biblioteca, el coordinador de la Radio del barrio y las enfermeras que vacunan a los nenes en la escuela. La sensación es que todos son alguien que pertenece a algo.

Mientras toda esta escena sucede alrededor del cajón, hay cierto movimiento y bullicio en el vestíbulo de la capilla. En una especie de ronda se reúnen varias de las jugadoras del equipo Arco Iris femenino. Todas con ropa más formal que como suelo verlas, rodeadas de hijos, hijas y esposos. La expresión es rodeadas porque alrededor de ellas, como conteniendo sus movimien-

tos, hay mucha gente que pareciera depender de lo que allí va sucediéndose. Las veo con una actitud muy distinta a cuando juegan en la cancha grande. Recuerdo el mensaje que han colocado en la página de Facebook del equipo:

“hoy se suspende el entrenamiento...el barrio entero estamos de duelo por la partida de una persona quien dio todo por cada uno de nosotros... Que en paz descanse Padre Currulef...lo tendremos siempre en nuestra memoria...”

Vuelvo a concentrarme en ellas, en sus movimientos. Me doy cuenta que se organizan para contabilizar algo pero no llego a distinguir qué. Me es raro no escucharlas gritar y reírse como se las acostumbra a ver en los entrenamientos. Sus voces son susurros que simulan no estar allí. De pronto se evidencia que lograron su objetivo y sus caras se relajan. De entre ellas sale el presidente del club Arco Iris, con una bolsa muy grande. Se acerca al cajón donde yace el padre y con una voz que evidencia el llanto contenido dice: “Tata, acá los pibes del barrio te entregan sus camisetas, recién lavadas, limpietas para que nos sientas cerquita (respira, mira a los nenes ahí presentes) porque este viejo no se perdía un partido nuestro”.

Todas las personas aplauden y por un instante viajamos a la famosa final entre Arco Iris y Los Andes. Las voces y cánticos son inundados por voces masculinas, intento ver si las chicas cantan. Me es difícil encontrarlas si no están todas juntas. Se me pierden, se vuelven una mujer más del montón de personas. (Bleger, notas de campo, 1 de junio de 2014)

Indudablemente ese día fue un hito fundamental para el barrio Virgen Misionera. Así como para mi mirada en el campo. Puesto que me vi obligada a replantearme algunas “ópticas” desde donde me había dispuesto a mirar. La sensación de no poder diferenciarlas de otras mujeres que estaban presentes en ese lugar me ayudó a pensar las preguntas que me tenía que plantear. No las pude encontrar. O por lo menos, se me hizo muy difícil distinguir a esas mujeres que yo quería saludar. Cada una por separado, en ese contexto y respondiendo a esa audiencia, su actitud cambiaba. Seguramente todos estábamos distintos. Pero ellas oficiaban exclusivamente de mamás, hijas y esposas. Ellas fueron las encargadas de doblar las camisetas, pero por algún motivo no fueron quienes se la llevaron al cura. No estaban solas ni en equipo, estaban como mujeres “completas” sin renunciar a nada y sin embargo cediendo muchos más lugares que en el campo de juego. Siendo todo al mismo tiempo.

Este libro es el resultado del trabajo de campo realizado durante tres años en el Equipo de Fútbol Femenino del Club Arco Iris del Barrio Virgen Misionera en la ciudad de San Carlos de Bariloche y un reflejo de mi Tesis de Licenciatura en Antropología. A principios del 2014 cuando salía de una actividad que en la escuela se organizaba, mientras miraba “sin mirar” a la cancha de fútbol y esperaba a que llegase mi compañero, comencé a prestarle atención a aquello que mis ojos veían. Me es importante recordar que fue así porque me costó entender lo que veía. Mi mirada se detuvo en la risa de tres mujeres que corrían y no paraban de hablar. No me eran desconocidas. Pero en ese momento me fue imposible reconocerlas. Había algo en su posicionamiento, su corporalidad y su “estar” que en los espacios previamente compartidos nunca había

notado. De pronto una pelota apareció entre ellas, y muchas otras mujeres se me hicieron visibles. Tardé más de la cuenta en notar que estaban en un entrenamiento, y que constituían un equipo de fútbol femenino. Estaban ahí ocupando la mitad de la cancha. Pero, al menos para mí, invadiéndola entera. A los días me acerqué a una de ellas y le pregunté si podía contarme un poco sobre ese equipo. Así fue que a la semana empecé a hablar con ellas y a ver los entrenamientos de este grupo de mujeres que, con el pasar de los encuentros, me irían contando más de sus recorridos, atajos y “frenadas”.

Con el tiempo me animé a esbozar las primeras preguntas sin sospechar siquiera que no eran respuestas lo que el pasar de los días me iría dando. Sino más bien, nuevas formas de preguntarme sobre determinadas observaciones. ¿Qué concepción de grupo manejaban estas mujeres? ¿Implicaba sólo la posibilidad de jugar al fútbol? ¿Qué había detrás del compromiso de juntarse más veces que cualquier otro equipo a entrenar? ¿La potencialidad de estas mujeres contándose se debía al deporte, o había algún entramado de historias por detrás? ¿A alguien le incomodaba la presencia de ellas allí como equipo? Pensando en el equipo de fútbol masculino ¿estas mujeres eran una “copia fiel del original” o la inauguración de una historia y un presente que aún buscaba por dónde empezar a contarse? Todas estas preguntas se hicieron eco en mi forma de anotar, de escuchar y de transitar el barrio y sus lugares. Tardé meses en darme cuenta que lo que más me atrapaba de trabajar con este grupo de mujeres no era el equipo de fútbol en sí mismo, sino lo que sucedía cada vez que el grabador se prendía, en los ratitos que sobraban durante los entrenamientos, o en los viajes yendo a jugar algún partido. Los relatos comenzaban a aparecer anudando los hitos en común que se desplegaban cada vez que ellas reponían vivencias personales o grupales en torno a su ser mujer. Las historias que contaban por momentos se encontraban en la sorpresa de saberse compartidas y conocidas.

Mi trabajo de campo ha sido realizado en el Barrio Virgen Misionera ubicado a siete kilómetros del Centro Cívico de la ciudad de San Carlos de Bariloche. El territorio que hoy se conoce como tal fue habitado desde principios del siglo XX por trabajadores rurales y urbanos, migrantes y de la zona, que decidieron, alrededor de 1940, autoconvocarse para empezar a pensar la conformación del barrio. El mismo está en la zona que los “lugareños” denominan “los kilómetros”. Una de sus principales características es que, a diferencia de los barrios de alrededor, este pareciera estar bien delimitado en lo que respecta a su organización institucional y territorial. Esto se da en parte porque es uno de los pocos barrios en San Carlos de Bariloche que tiene en su interior un jardín de infantes, una escuela primaria, una escuela secundaria, una escuela para adultos, una radio comunitaria, una capilla, una biblioteca y la salita de salud dispersadas en las manzanas que lo conforman. En el centro del Barrio Virgen Misionera está ubicada La Caldera: la única cancha de fútbol de la zona. Las instituciones barriales

mencionadas funcionan alrededor de la misma. Permanentemente, sin importar el horario, la cancha suele estar ocupada por hombres (niños y adultos). Esta cancha, que hace unos cincuenta años era ya un potrero de fútbol, hoy es el símbolo de la institución más representativa del barrio: El Club Arco Iris.

Este libro trata sobre las distintas maneras de contarse a ellas mismas que fueron forjando el colectivo de mujeres que conforman el equipo femenino Arco Iris. Pero al mismo tiempo se pregunta acerca de cómo, a través de los relatos sobre estas experiencias, estas mujeres negocian subjetividades en determinadas geografías de poder, al mismo tiempo que construyen un proyecto político afectivo con potencial para la transmisión de sentidos de pertenencia valorados.



Figura 1.1: La mirada.

MARCO TEÓRICO Y METODOLÓGICO

2.1. Marco teórico

La construcción del marco teórico de esta investigación responde desde el principio a una forma de atravesar y pensar mi relación con el campo, con mi objeto de estudio y con mi propia construcción como investigadora. Desde nuestro rol como antropólogas, muchas veces, trabajamos y militamos en los campos donde nuestras investigaciones están inmersas. A lo largo de esta investigación se me ha planteado el desafío de desnaturalizar la idea de una academia independiente de los contextos sociopolíticos donde sucede y a la vez desde donde realizamos nuestras producciones, pudiendo de este modo poner en tensión la supuesta dicotomía de realizar investigación versus realizar una intervención. En parte porque esto supone articular constantemente teoría y metodología con componentes del orden ético y político.

La investigación activista pretende dar cuenta de la complejidad de la práctica social estudiada y, para ello, combina en el análisis las *performance* académicas, extra académicas y subalternas; involucra la posibilidad de registrar y producir, como también la construcción de una terminología que escape de lo pensado como “correcto” por un discurso académico hegemónico y responda más a las necesidades reales de los grupos con los que trabajamos de ser escuchados y transmitidos en sus propios términos (Kropff 2005). En este marco la importancia no sólo de lo que se decía sino quiénes y cómo se decían -las mujeres del equipo, vecinos y vecinas del barrio, los hombres del equipo de fútbol- cobraron gran relevancia en mi trabajo.

2.1.a. La centralidad del relato en la vida social

Comenzar a pensar y circunscribir un marco teórico implica siempre un desafío, sin embargo, en mi trabajo fue central para ordenarlo retomar la progresión de mis análisis y aproximaciones al terreno. En este sentido, tal como he mencionado en la introducción de este capítulo, la fuerza de lo dicho junto a su posterior análisis se

constituyó en una suerte de marco teórico colaborativo -nativo, militante y teórico antropológico- (Rappaport 2000) del que resulta este apartado.

Un ejemplo de esta selección teórica y metodológica se refleja en la categoría de "relato", central para mi análisis pero también central en función de la importancia performativa que para las mujeres asumió el hecho de contarse y escucharse. Esto fue expresado, en los primeros encuentros, por Inés¹, una de las jugadoras, cuando le presenté mi proyecto de investigación: "cómo me va a molestar que me preguntes si no hay nadie más escuchándonos". La reflexión de Inés, al igual que tantas otras, fue permeando la noción de relato que reconstruyo en mi trabajo -enmarcándola más en la antropología y no tan exclusivamente en la lingüística. La noción de relato me permitió incorporar los aportes que este diálogo teórico militante propuso a las categorías teóricas que decidí utilizar.

De acuerdo con Ingold (2011), entiendo que, en un mundo en movimiento, conocemos algo o a alguien a través de los relatos de las relaciones que los han "traído hasta aquí", esto es, de sus trayectorias en un campo desplegado de relaciones. El relato entonces, no sólo es el modo en que las personas unen sus historias con las de otros, sino el medio que habilita la posibilidad de conocer algo o a alguien. El lugar privilegiado del relato como forma de conocimiento presupone una manera particular de entender al sujeto-agente, una en la cual éste es su trayectoria: su historia de viajes, pasajes, caminos, atajos, detenciones, instalaciones estratégicas o moradas de apego, en un espacio social determinado (Blaser 2013, De Certeau 1999, Grossberg 2003).

Ahora bien, el relato puede ser pensado o leído en dos niveles de aparición. Por un lado, el nivel experiencial que constituye la materia prima con la cual los relatos luego encarnarán afectivamente; por otro lado, un segundo nivel donde se establecen presupuestos comunes de legibilidad y se reducen las incertezas acerca de lo que se está hablando o relatando. El primero, plantea el relato como una forma de habilitar procesos que conjugan lo afectivo, lo inconexo y lo fragmentario. Estas primeras emergencias todavía en solución -esto es, sin precipitar en conexiones reconocibles-, denominadas por Williams (2009) "estructura de sentimientos", proponen un análisis del nivel experiencial, de aquello que todavía "no es", aun siéndolo. Para este autor, las estructuras del sentir serían algo así como el tono, la pulsión o el latido de una época. Su carácter empirista se explica en tanto y en cuanto buscan dar cuenta de una suerte de "estado de ánimo" de una sociedad en un período histórico determinado. Esta categoría sirve para hablar de los elementos emergentes de un nuevo modo "de pensar el sentimiento", "sentir el pensamiento" e incluso "actuar el sentimiento", antes de que dicha estructura esté "consolidada", formalizada, clasificada y

¹ En algunos casos utilizo nombres ficticios o iniciales para proteger las identidades de mis interlocutoras.

sea reconocible en nuevas instituciones o formaciones sociales. En palabras del autor se trata de “una experiencia social que está en proceso y que a menudo no es reconocida verdaderamente como social, sino como privada, idiosincrática”, en su momento de germen y antes de que pueda ser reconocida conscientemente por los actores sociales que actúan de acuerdo con ella. El segundo nivel está más relacionado con la producción de textos que empiezan a ser reconocidos y legibles socialmente.

En mi investigación, el colectivo de mujeres devino un contexto con gran potencialidad para moldear estructuras de sentir en textos compartidos. Como explico más adelante, cuando las mujeres se encuentran emprenden procesos de entextualización-o producción de textos compartidos, discretos e identificables (Bauman y Briggs 1990) - desde los cuales se enuncian, comprenden e interpretan su existencia, al tiempo que reconstruyen “formas de estar relacionadas”. Estas trayectorias y experiencias no sólo son centrales para hilar las problemáticas de este libro, si no para ir entramando los sentidos de lo que entiendo como “relato”.

2.1.b. Relatos y trayectorias

En este mundo en movimiento al que Ingold hace referencia, cuando las personas se encuentran, negocian sus historias anudándolas en relatos compartidos y transformando esos eventos de negociación en lugares (Massey 2005). Esta autora plantea también el carácter conflictivo de los procesos de “ser juntos” puesto que no sólo implican negociar multiplicidades de historias, sino también articulaciones diversas con geografías de poder más amplias. La trayectoria y los relatos de las jugadoras de Arco Iris son el producto de la circulación y la negociación de sus lugares y movimientos en estas geografías más amplias. A continuación, y de acuerdo con este planteo, me detendré en los autores que presentan la noción de trayectoria en su tensión constitutiva entre estructura y agencia.

Al respecto, Grossberg presenta la noción de territorio como una “organización expresiva de configuraciones socio-espacio-temporales” (2010:20) que, en tanto realidad física, incluye subjetividades que involucran investidura, pertenencia, afectos, emociones, identidades e identificaciones, a la vez que se desarrolla en un tiempo dado, constituyendo “la posibilidad misma de la existencia de una heterogeneidad o multiplicidad simultánea” (2010:18). Para este autor, el territorio también es movimiento, puesto que los sujetos se constituyen en trayectorias diversas a través de sus igualmente heterogéneos modos de circular en él. Específicamente, Grossberg (2010) define trayectoria como movilidad estructurada, ofreciendo una metáfora cartográfica que articula estructura y agencia en la construcción de los distintos espacios tran-

sitados como moradas de apego y/o como instalaciones estratégicas para la acción conjunta (Ramos 2005). Por un lado, el territorio resulta tanto de “territorializaciones” –construcción de lugares disponibles, accesos limitados y posibilidades asimétricas para conectar lugares– como de “diferenciaciones” –construcción de matrices de alteridad (Briones 1998) desde las cuales los lugares y los sujetos que los ocupan son evaluados y definidos. Por el otro, sujetos circulan ese espacio configurado hegemónicamente con relativa autonomía cuando deciden detenerse, ocupar, habilitar, pasar de largo o conectar diferentes lugares.

Esta misma tensión es el eje desde el cual Lefebvre (1980) organiza su planteo teórico sobre la vida cotidiana en los barrios. Este autor también considera el espacio como resultado de las relaciones de poder, y la vida cotidiana en los barrios como el lugar privilegiado para el funcionamiento de los mecanismos de transmisión de rutinas y acciones amparadas y ordenadas por el sentido común hegemónico. Para comprender la organización espacial en esta clave cotidiana que refleja los “modos de vida barriales”, Lefebvre recurre a la noción de campo semántico total de un espacio, esto es, una unidad conformada por señales y símbolos. Las primeras constituyen el dominio de lo informativo, de los significados (los saludos, los objetos, una ventana, la calle, lo esperable) y los segundos, que se ubican en los dominios del sentir, conforman lo excepcional, lo marcado, lo que sorprende y genera una reacción de naturaleza emocional en quien los percibe o identifica. Ambos forman lo que Lefebvre llama el “texto social”, que une la profundidad de los símbolos con la claridad de las señales. Ahora bien, estos textos o relatos que dan cuenta del movimiento, así como el mismo movimiento a través de las calles del barrio y las instituciones que conforman la vida cotidiana constituyen lugares contradictorios y conflictivos de disputas, emergencias, de lo alienado y de lo desalienante, de reapropiaciones y de resignificaciones de señales y símbolos.

Cuando De Certeau (1990) utiliza la metáfora del autobús para ilustrar la idea de movimiento, nos dice que, al movernos, al recorrer, al viajar... estamos llevando nuestros propios espacios con nosotros. Los espacios se pueden relatar y los relatos pueden atravesar espacios, ya que todo relato es un viaje. Estos espacios relatados y practicados producen “geografías de acciones”, pues son los propios pies de los caminantes los que orientan y organizan el viaje. Y en esta geografía distingue lo estático y la fijeza del poder, de lo que involucra la movilidad y la acción transgresora.

Estos campos encuentran correspondencia en la distinción que hace entre lugar y espacio². Un lugar es el orden, lo fijo, la noción de que dos cosas no pueden estar en el mismo sitio a la vez; el lugar tiene su propia lógica de ubicación de los

² En su categorización del lugar como el espacio producido hegemónicamente y el espacio como la práctica cotidiana con potencialidad de transformación, De Certeau (1990) invierte el uso más corriente de estas nociones para la mayor parte de los autores aquí trabajados.

elementos, implica la estabilidad. Luego nos dice: “*hay espacio*” cuando se cruzan las variables de dirección, velocidad y tiempo, cuando se cruzan movilidades, cuando hay un efecto producido por las acciones y cuando se temporaliza. En el lugar se ven cosas, en el espacio se hacen cosas. El espacio es lugar más práctica. (De Certeau 1990). Por lo tanto, para este autor existen tantos espacios como experiencias espaciales distintas, ya que estos distintos relatos de viaje nos hablan de una forma de ver el mundo, de una forma de existir en el mundo.

En suma, entre estos autores así como en la investigación que se desprende de este análisis, ha existido una permanente tensión entre estructura y agencia. La misma se ha evidenciado en la forma en que los relatos de mis interlocutores moldeaban las trayectorias al mismo tiempo que desafiaban cierto orden establecido, más asociado a lo estático. De alguna manera también los relatos son pensados desde esta lógica como los posibilitadores de la transformación del entramado barrial que configura el campo semántico trabajado por Lefebvre (1980).

2.1.c. Relatos a través de los procesos de recuerdo y olvido

Parto de considerar que la memoria suele ser entendida como una forma de conocer y percibir el mundo (Ramos 2010). Los relatos de memoria, que dan cuenta de estas formas de pensar y ser en el mundo, no se restringen a una forma textual, sino que también se “*escriben*” en prácticas sociales como los encuentros deportivos o reuniones barriales.

Si bien la memoria puede ser pensada como un documento oral con información sobre el pasado o como un vehículo de transmisión de los conocimientos y tradiciones de un grupo, hay sin embargo corrientes que presentan a la memoria como una construcción interesada para legitimar acciones políticas en el presente. Estas posturas discuten entre sí si la memoria es parte del pasado o del presente. Las primeras, al ubicarla en el pasado, pierden de vista su potencial político para dirimir disputas en los contextos en los que las personas transcurren sus vidas y las segundas, al pensarla sólo anclada en el presente, transforman la memoria en algo similar a una invención desvinculándola de sus múltiples conexiones con el pasado. Algunos autores entienden el relato como la recuperación de esa dialéctica entre pasado y presente, que es constitutiva de los procesos de recuerdo y olvido; así, para Benjamin (1967), el relato de memoria es el resultado de una articulación de índices heredados del pasado con experiencias del presente o, para Bauman y Briggs (1990), del juego de presuponer contextos previos para crear nuevas realidades.

Resulta interesante pensar el lugar del relato como una forma de objetivar ciertas experiencias del pasado que, al no poder ser narradas por los textos circulantes y legitimados, podrían quedar relegadas en el ámbito de lo inverosímil. Desde este ángulo, el trabajo de la memoria que las mujeres del equipo de fútbol realizan es un proyecto político que inicia cuando se encuentran, con sus experiencias diversas pero parecidas, para entretener una historia no contada y discutir, a partir de ella, ciertas categorías del sentido común. Ahora bien, la emergencia de estas formas alternativas de contarse a sí mismas es siempre una construcción heterogénea y conflictiva de un “ser juntas”, puesto que las negociaciones en torno al pasado se enmarcan, como ya fue dicho, en geografías de poder más amplias (Massey 2005). Geografías que disponen marcos de sentido, silencios, jerarquías, (des)legitimaciones y reconocimientos de los diferentes lugares de enunciación.

Siguiendo con esta línea -y en paralelo con dichas geografías más amplias- a través de los relatos los grupos logran establecer cierta relación entre el contexto en el que sucedió aquello que se disponen a contar y el momento en el que se hace legible a través de la exteriorización del mismo. Este proceso inicia con el reconocimiento de ciertas imágenes del pasado como Índex históricos de conexiones significativas entre pasado y presente. Es decir, a través de la identificación de ciertos elementos compartidos los grupos pueden recrear determinados marcos comunes de interpretación. La aparición de estos Índex son importantes para los procesos de memoria puesto que el mismo se constituye como tal en la medida en la que ellos se comparten habilitando la articulación entre sus experiencias en el pasado y la producción de conocimiento en curso. Estos Índex conectan eventos pero también actualizan interpretaciones y consejos acerca de cómo continuar el curso de la historia; consejos que han sido resguardados en formas culturalmente significativas de expresión (Ramos 2005).

Así entendido, el “consejo” adquiere relevancia en este libro, puesto que será a partir del reconocimiento de consejos compartidos -asociados con la infancia- por este grupo de mujeres que muchas situaciones del presente comenzarán a resignificarse. Es en este intercambio y en la construcción de un relato común donde también se generará una clave de lectura compartida. Ahora bien, si se entiende al Índex como una imagen del pasado que permite generar conexiones con el presente, desde el que se recuerda, se genera en el relato lo que Benjamin llama una constelación entre pasado y presente.

De este modo, al ser narrada y experienciada como relatos, la memoria también tiene un poder performativo sobre las subjetividades, ya que, en los términos de Deleuze (1990), desafía la autoridad de ciertos pliegues sobre otros. Para este autor, la noción de pliegue es la interiorización de hechos, rutinas y situaciones de la vida cotidiana organizados de modo tal que, al plegarse como experiencias de “sí mismo”,

se transforman en marcos de interpretación y conocimientos que, según los escenarios y las audiencias, adquieren autoridad como relatos del yo. Por lo tanto, “el recuerdo de la propia biografía no es una simple capacidad psicológica, sino que se organiza gracias a los rituales de la narración” (Rose 2003: 239), que producen, en ese mismo acto de contarse, un borramiento entre los límites de la exterioridad y la interioridad del que habla Deleuze. Ese borramiento de las fuerzas del afuera que intervienen en la organización de los “propios recuerdos”, es señalado por Rose (2003) a través de la noción de “sujetificación” (Foucault 1995). En este sentido, decir que la memoria es un proceso de sujetificación implica pensarla como resultado tanto de las articulaciones entre identidades impuestas (sujeción) como de las formas de habilitar ciertos lugares disponibles desde el afecto (sujetivación). En breve, entiendo a la subjetividad política como el encuentro de biografías afectivas (enmarcadas/inspiradas en memorias heredadas) que no sólo negocian en geografías de poder sus experiencias comunes de “estar en el mundo” sino que también orientan proyectos colectivos de producción de conocimiento para la acción política. El hecho de que la memoria o subjetividad se conforme plegando y replegando experiencias pasadas como un “sí mismo” y articulando esas experiencias comunes del pasado en interpretaciones significativas para el presente, lleva a Rappaport (2000) a subrayar su carácter político y formador de grupo.

2.1.d. Las *performance* del relato

Como ya fue anticipado, el relato adquiere valor performativo en su dinámica de presuponer un pasado en común para construir en el presente un marco compartido de interpretación con capacidad para discutir lecturas impuestas de la realidad. La *performance* es un modo poético de comunicación altamente reflexivo, especialmente habilidoso y evidente, que construye o representa un marco interpretativo particular dentro del cual el acto de expresión debe ser entendido (Bauman y Briggs 1990). Ampliando esta noción a toda práctica social donde un acto es objetivado y abierto a la reflexión por parte de una audiencia (Turner 1988), entiendo que la *performance* es un procedimiento analítico que me permite comprender la manera en que los relatos -narrados en prácticas discursivas y no discursivas- construyen colectivamente el mundo de quienes los cuentan.

El relato es, entonces, un proceso de negociación y de puesta en escena que, para su ejecución, recurre a procedimientos establecidos o produce nuevas prácticas ritualizadas. La competencia en este arte incluye tanto al ejecutante como a la audiencia, quienes suelen compartir las formas particulares en que determinadas experiencias “deben” ser transmitidas, entextualizadas en relatos y recontextualizadas en situaciones diversas.

En relación a esto último retomo la idea más difundida de Trouillot (2007) que nace a partir del análisis que el autor hace en relación a la revolución haitiana y la conceptualización de un “no evento” que sucede aun cuando ciertos discursos o narrativas no puedan verlo. Es decir el “no evento” es parte de los relatos no autorizados que parecieran escapar de una narrativa más avasallante y hegemónica. Por un lado, al mimetizarse convirtiéndose en no eventos y, por otro lado, esta naturaleza o condición es lo que les da su carácter único e importante frente a los grupos.

Lo actuado, lo dicho y lo implícito en estas prácticas me permitieron reconstruir los imaginarios hegemónicos presupuestos y recreados en los territorios vividos por los actores, particularmente en torno a las teorías nativas de género y de clase que suelen ser puestas en juego en la vida cotidiana. Las tramas que las jugadoras del equipo de fútbol femenino fueron construyendo a través de sus relatos operan como cartografías en curso de los modos en que ellas fueron transitando y habilitando -no siempre de formas previsibles- los lugares hegemónicamente dispuestos. El libro se detiene en estas tramas, particularmente en los efectos performativos que, sobre este colectivo de mujeres, tienen los relatos familiares, personales, barriales así como los distintos recorridos que en estas narraciones se cuentan. Como veremos en el transcurso de estas páginas, en cada uno de estos relatos, las trayectorias personales y grupales se irán anudando en pertenencias compartidas entre las integrantes del equipo.

2.1.e. Relato y su potencial político

De acuerdo con lo dicho hasta aquí, utilizo la noción de relato como un lugar de encuentro en el que distintas biografías se anudan entre sí, conectando y desconectando diferentes experiencias previas sobre heterogéneos “sí mismos”. Así como también entiendo que el relato constituye ciertas vivencias similares -enmarcadas/inspiradas en memorias heredadas- en eventos e hitos de una subjetividad política compartida. En otras palabras, considero que en este encuentro de biografías afectivas no solo se negocian formas de organizar las experiencias, interpretaciones y sentidos de “estar en el mundo” dentro de geografías de poder más amplias sino que también, y en función de las mismas, se orientan algunos proyectos colectivos para la acción política. Me detendré, aquí, en la relación entre subjetividad y política.

Como ya se anticipó, Deleuze (1990) entiende que la subjetividad -como proceso de memoria- se conforma en la acción de plegar y replegar experiencias pasadas en relatos transitorios de sí mismo. Ahora bien, estas subjetivaciones se caracterizan por su tensión constitutiva entre la normalización de ciertas formas establecidas de

plegar y la singularidad histórica con la cual los agentes articulan dobleces. Al respecto, entiendo que estas singularidades abonan, en ocasiones, terrenos propicios para la reflexión política, la cual puede ser objetivada en la emergencia de prácticas cuyos efectos varían entre problematizar, cuestionar o subvertir normas establecidas de sujeción. De esta idea desprendo una noción amplia de agencia política para incluir en ella tanto los discursos que las mujeres del equipo de fútbol fueron produciendo en conjunto, como los más recurrentes fragmentos de relatos, dichos dispersos y prácticas informales a partir de los cuales, ellas se cuentan como disidentes.

Algunos autores subrayan el potencial de estas subjetivaciones emergentes como desujeciones o desidentificaciones (Butler 2005, Ranciere 2010). En esta línea, el foco está puesto en cómo las personas se constituyen como sujetos colectivos de litigio, reclamo y demanda produciendo discursos hasta entonces inaudibles y presencias hasta entonces invisibles (Ranciere 1996). Otros, plantearon el potencial impugnador de la producción local de conocimientos -en tanto relatos socioculturalmente significativos (Hill 1992)- para cuestionar las hegemonías epistémicas (Blaser 2013, de la Cadena 2008). Finalmente, están quienes introducen la emergencia de subjetividades políticas como formas particulares de negociar un “ser juntos”, que en su transitoriedad, ensayan articulaciones -siempre contradictorias- para posicionarse en los escenarios establecidos por el poder (Massey 2005).

En el marco de estas discusiones, y teniendo en cuenta estos diferentes contextos de posibilidad de agencia, la presente investigación se centra, más bien, en comprender cómo las integrantes del equipo de fútbol femenino renegocian interpretaciones de sus trayectorias y, al hacerlo, anudan en relatos colectivos -generalmente sin estar constituidos como textos clausurados- una subjetividad común como mujeres de un barrio considerado marginal en Bariloche. Copiando con diferencias (Butler 2011) las formas establecidas de transitar un espacio dispuesto como masculino, al mismo tiempo, ellas recrean sus modos de contarse a sí mismas, presuponiendo pero también resignificando las ficciones fundacionales en torno a lo que implica el “ser mujer” (Butler 2007) y poniendo en cuestión la idea de que el término “mujeres” denotaría una identidad en común y por tanto un modo de opresión y liberación semejante (Lamas 1986, Mohanty et al. 1991, Ortner 2006, Strathem 1987).

2.1.f. Algunos antecedentes: barrios, tiempo libre y mujeres

En relación a los estudios realizados sobre este entrecruzamiento de campos, fueron de lectura obligatoria aquellos trabajos que profundizaron en la historización y construcción de memorias barriales. Desde la posibilidad de pensar las historias de los vecinos como una herramienta para tensionar “las versiones públicas del pasado”

en el caso de los trabajos en barrios populares, se encuentran los realizados por Núñez y Fuentes (2008) y Núñez (2004). También el trabajo de Benclowicz (2012), donde muestra el rol que han cumplido los distintos contextos socio políticos en la conformación de organizaciones al interior de los barrios y cómo las distintas experiencias militantes acarreadas de otros lugares, se trasladan a la historia oral de los vecinos. En muchos de estos trabajos se profundiza sobre la ineficacia de las tareas de planificación así como de las políticas de erradicación. Pérez (2004) vincula la relación proporcional entre el crecimiento de la actividad turística y la expansión de los asentamientos marginales que empezaban a formar parte del “paisaje urbano” en la década de 1980.

Las concepciones, el contenido, los deseos y la experiencia de tiempo libre fueron abordadas desde una perspectiva de género a través del trabajo de algunas investigadoras. Brinnitzer (2003) realizó una investigación en San Carlos de Bariloche sobre las percepciones sobre tiempo libre de chicas y chicos adolescentes. La autora concluye que los chicos adolescentes tienen una mayor percepción de su libertad, lo que les hace sentir su tiempo libre como un tiempo propio. En cambio las jóvenes adolescentes sienten que están condicionadas al uso del mismo, puesto que ese tiempo no es pensado como propio sino más bien como prestado. Mi investigación toma estos antecedentes como referencia para entender la coyuntura desde donde hablan las mujeres del equipo con el que trabajo. Sin embargo, los cruces entre los distintos conceptos y teorías que he desarrollado en la construcción de este marco teórico se interceptan en la idea de simultaneidad y movimiento. Las mujeres del equipo son equipo, hinchada, escudería y testimonio de lo que sucede en los partidos al interior de “La Caldera”-como denominan a la cancha de fútbol perteneciente al barrio Virgen Misionera-. Por eso hay un doble esfuerzo en “su contarse colectivo” plasmado en el trabajo intelectual y activo de una memoria obligada a ser acción y registro de los eventos que van sucediendo. En el caso de Arco Iris Femenino ellas mismas son hinchada y son equipo. *Son Bandera y son Pelota*. Y dan cuenta al ser y contarse, de alguna manera, de la tensión agencia y estructura.

2.2. Construcción del marco metodológico

2.2.a. “Estas son... Acá están. Las campeonas de verdad”

Durante seis años trabajé como maestra en la escuela primaria del barrio Virgen Misionera. Mis aulas siempre han lindado con La Caldera. Lo que sucede en la cancha de fútbol del barrio varía y desafía las rutinas escolares permanentemente, puesto que quienes la ocupan constituyen un elenco dinámico.

Este trabajo surgió como parte de los desafíos que lo cotidiano en la actividad en La Caldera proponía, así como de los y las actores-as que la encarnaban. Recuerdo que una de mis primeras curiosidades en indagar lo que allí pasaba sucedió a la salida de una jornada institucional que se había realizado durante el “turno tarde” en la escuela. Había finalizado ya mis actividades y me quedé mirando un rato lo que sucedía en la cancha de fútbol. Muchas mujeres se agrupaban y reían. Tardé unos quince minutos en darme cuenta que lo que estaba viendo era un entrenamiento de fútbol y de mujeres. Me demoré casi media hora en distinguir y reconocer a varias de ellas como “madres de la escuela”. Había algo distinto en su corporalidad y en su manera de invadir el espacio que allí se disponían a ocupar. Muchas veces las había percibido como mujeres de carácter suave y hasta sumiso dentro de los patios o eventos escolares. Al rato de estar observándolas llegaron hombres a entrenar, yo no pude evitar generar comparaciones entre unas y otros como mecanismo casi inalterable de mi propio pensamiento lógico frente a lo que mis ojos veían. La clara demarcación de la cancha entre el equipo masculino de fútbol con sus equipos “verde amarillo” característicos del Club y ellas que parecían estar vestidas con ropa deportiva o shorts que yo asociaba por su largo a la vestimenta masculina fue una de las primeras cosas que comparé. Los hombres llegaban y parecían ocupar el espacio sin pedir permiso, como sabiendo que era suyo por “derecho”. Casi como si no estuviese sucediendo al mismo tiempo otro entrenamiento, es decir sin sentir que se interrumpía algo que allí mismo había comenzado unos veinte minutos antes. Había una cuota de aparente informalidad en el entrenamiento femenino, tal vez por los niños que circulaban entre pelotas y conos mientras las mujeres realizaban ejercicios. O porque ocupaban un cuarto de la cancha en relación a los niños que jugaban y al otro entrenamiento que allí mismo sucedía. Estas mujeres tuvieron para mí en ese momento una presencia muy fuerte, nada parecida a lo que había visto anteriormente en ellas. Se produjo una suerte de incomodidad entre la imagen que tenía construida y esta otra que de pronto me costaba asimilar. La construcción del problema responde a esta incomodidad que me generó la sensación de muchas “posibilidades de ser mujer” habitando una sola persona (Bleger y Adorno 2015).

2.2.b. “El campo de juego”

Desde el primer encuentro con las jugadoras tuve la sensación de que debería construir herramientas que me permitieran realizar un registro etnográfico en movimiento. Por los lugares que ellas recorrían (solas y como equipo), por los relatos que nos trasladaban a otras épocas y espacios geográficos pero, por sobre todas las cosas, porque en el movimiento parecían siempre encontrarse. Y, entonces, una etnografía

que registrase una escena quieta estaba siendo desleal a la dinámica que me propuso desde un primer momento mi unidad de análisis.

Como he adelantado, el diseño metodológico se basa en el enfoque etnográfico tanto en la producción del *corpus* como en el análisis del mismo. Se presenta pues, como un reflejo del proceso que fui realizando en relación al grado de interiorización y profundidad con el que desarrollé el trabajo etnográfico y la escritura de esta investigación.

He hablado anteriormente de la importancia de los relatos y de los términos en que entiendo el hacer de los actores con los que trabajamos para la construcción de un *corpus* que sea significativo y representativo para su posterior análisis. Al pensar al *corpus* como la conformación de una multiplicidad de relatos, el campo, también es entendido como una construcción y un recorte móvil, determinado no tanto por la fijeza de los espacios sino por los movimientos y deslindes que en el mismo se van produciendo. En esta línea será Guber (2001) quien presente al campo como “una porción de lo real”, es decir como un constructo realizado por el investigador. El campo entonces, no se trata de un recorte geográfico, sino más bien de un entramado de interacciones donde lo cotidiano y lo personal se relacionan circunscribiéndose al vínculo entre actores e investigador (Rockwell, 2009). Siguiendo con esta línea, la etnografía no puede pensarse sin la asunción de un compromiso político y ético para con los sujetos que forman parte de los procesos que estudiamos.

Asimismo, Fasin (2003) plantea a la etnografía como una serie de pasos para introducirse en las experiencias de hombres y mujeres en un contexto determinado y comunicarlas. Es decir, plantea este método como un intento de atravesar una suerte de espejo y explorar otro mundo, que a menudo comienza siendo ajeno pero que poco a poco se vuelve más familiar. Desde este ángulo, la etnografía no se constituye en una herramienta para la producción de alteridad, como muchas veces desde los estudios clásicos se pretendía, sino más bien para generar cercanía. Ahora bien, tanto esta cercanía como el compromiso mencionado anteriormente tienen que ver con que el conocimiento que allí se construye no es unilateral (Guber 2004). Los procesos de producción de conocimiento implican un proceso de negociación entre el antropólogo y los sujetos con los que se trabaja a través del cual se establece no sólo lo que se dice -y lo que no puede decirse-, si no lo que se reflexiona, analiza y se reproduce: en este caso en la forma en la que un grupo de mujeres elige contarse frente a múltiples “otros” ocupando un lugar que parecía no estar disponible.

En relación a la importancia del movimiento en la definición de mi unidad de análisis, a lo largo de esta investigación he tomado los aportes de Marcus (2001) en lo que respecta al sentir del investigador en el momento de realizar investigaciones que él llama “multilocales”. Puesto que, al realizar un trabajo de campo, nos encontramos

con lo que el autor denomina “compromisos personales contradictorios”, que nos obligan a movernos del rol de antropóloga académica distante para poder asumir el rol de una etnógrafa activista.

Por otro lado, pero con la intención mencionada anteriormente de generar una herramienta que me sea funcional al trabajo de campo que debía realizar, fueron centrales los aportes de las lecturas de Jackson (1998) acerca de las “etnografías mínimas”. Este autor se propone pensar la relación de lo particular con lo universal como objetivo de la práctica etnográfica; a través de la etnografía poder generar registro de situaciones cotidianas -casi imperceptibles- para luego relacionarlas con tensiones o supuestos de índole más general.

Precisamente esta itinerancia de la que se viene hablando -compuesta de escenas cotidianas, prácticas simbólicas, instancias formales e informales, interacciones comunicativas y actitudes corporales- fue la que me permitió reconstruir, a través del análisis del material original producido, las distintas *performance* (narrativas, opiniones, cantos, comentarios, explicaciones, prácticas ritualizadas, modas de vestimenta, festejos, etc.) a partir de las cuales se implicitan y explicitan los puntos de vista de los actores. Pero también estos movimientos, por mínimos que parecieran, se hilan a otras performatividades y rigideces de género que son las que, en aquel primer acercamiento al tema observando lo que sucedía en La Caldera, comencé a cuestionar.

2.2.c. “Y nueva, y nueva, y nueva Virgen nueva”

La unidad de análisis se circunscribe al equipo de fútbol femenino del club Arco Iris en el barrio Virgen Misionera. La misma fue abarcada en una dimensión temporal y espacial acotada. Con respecto a la primera, mis trabajos de campo se iniciaron en marzo del 2014 y se continuaron hasta el momento de la finalización de esta tesina en el 2016. A lo largo de este período he acompañado el proceso de formación del equipo en cuatro torneos completos. Los cuales incluyen los respectivos entrenamientos, traslados a los partidos y actividades de recaudación de fondos para financiar algunos gastos de la actividad. La dimensión espacial tuvo en cuenta los sitios de entrenamiento, los encuentros sociales no deportivos, las asambleas organizativas del club, los itinerarios de traslado a los distintos lugares de juego y los lugares en los que el equipo se transforma en hinchada del fútbol masculino. También se consideraron espacios virtuales como los grupos de contacto Facebook y las intervenciones de o sobre el equipo en los medios de comunicación de la zona. Asimismo, tuve en cuenta espacios conectados con mi unidad de análisis, como el lugar social de las escuelas del barrio.

El material fue trabajado principalmente desde los procedimientos analíticos de la *Etnografía de la Performance* -Gumpertz (1992), Bauman y Briggs (1990)-. En función de lo dicho hasta el momento, se caracterizaron y analizaron centralmente los siguientes tipos de prácticas performativas. En primer lugar, las formas de practicar el espacio (De Certeau 1999): por ejemplo, las formas de distribución y organización de las actividades dentro del predio, las formas corporales de jerarquizar los espacios, reglas de comportamiento establecidas para habitar la cancha y otras instalaciones del club. Tanto lo actuado y lo dicho, como los implícitos. Estas distintas prácticas me permitieron reconstruir los imaginarios hegemónicos presupuestos y recreados en los territorios vividos por los agentes, particularmente en torno a las teorías nativas de género que suelen ser puestas en juego en la vida cotidiana.

En segundo lugar, las narrativas históricas como, por ejemplo, los relatos sobre generaciones pasadas en claves de clase o de género; relatos sobre la construcción del barrio y sobre el predio deportivo donde se ponen en tensión las delimitaciones y los sentidos de los espacios públicos y privados; historias sobre las instituciones del lugar, historias familiares que tematizan relaciones de género, historias de vida sobre la circulación de los habitantes de Virgen Misionera en el espacio más amplio de la ciudad de Bariloche. Y principalmente las memorias que reconstruyen trayectorias personales y grupales en la construcción de pertenencias compartidas entre los integrantes del equipo.

En tercer lugar, las puestas en escena mediáticas, trabajadas teniendo en cuenta las participaciones de las mujeres del equipo y repercusiones de ciertos eventos deportivos en distintos medios de comunicación, como son revistas barriales, radios comunitarias y los espacios de socialización barrial como las formaciones en la escuela primaria. Asimismo se trabajó con la página de Facebook del equipo y los comentarios que muchas veces producían las publicaciones en internet.

Y, en cuarto lugar, con eventos comunicativos cotidianos, por ejemplo, conversaciones informales, reuniones dentro y fuera del club, interacciones formales, prácticas rituales de las hinchadas (cantos, uso de las banderas, interacciones en contexto de traslado, etc.). Utilizo la noción amplia de “evento comunicativo”, puesto que la identificación de las *performance* que son significativas para la construcción colectiva de las mujeres del equipo fueron parte de mi investigación en el campo.

2.3. Descripción de capítulos

He decidido tomar como punto de partida para presentar las instituciones del barrio, la descripción densa del funeral del Padre Juvenal Currulef en la introducción

de este libro. Este evento no solo resultó ser un nudo central para identificar a los actores y sus formas de vinculación con el barrio, sino centralmente para reconocer los roles y los espacios donde encontramos en movimiento a las mujeres. Esta introducción comienza a unir los capítulos de análisis que recorren mi argumentación.

Después de este primer capítulo teórico y metodológico, a lo largo del segundo capítulo reconstruyo la imagen que tienen los vecinos del barrio Virgen Misionera y la importancia que en sus relatos tiene la cancha de fútbol, así como el surgimiento del equipo de fútbol Arco Iris Femenino. En el tercer capítulo me propuse seguir los recorridos y los movimientos que realizan las jugadoras de fútbol hasta llegar a los entrenamientos. En este capítulo se presenta el escenario lúdico como un vehículo para subvertir fijeza establecidas en torno al “ser mujer” y para poder exponerlas a través de la voz del “ser equipo - juntas”. Llegando al final del libro, en el cuarto capítulo, profundizo el análisis de los relatos producidos colectivamente para ver de qué manera las mujeres del equipo articulan ciertos contextos con sus propias memorias de manera compartida y cómo, de alguna forma, este conocimiento de trayectorias, relatos y vivencias comunes vehiculizan la fuerza de su ser juntas que habita en sus relatos y también en sus silencios. Por último las conclusiones, en las que a través de la deconstrucción de muchos de los supuestos con los que ingresé al campo realicé un análisis en relación a este colectivo de mujeres y las construcciones de su ser juntas.

Este libro es el reflejo del trabajo realizado para mi tesis de licenciatura. El mismo es el resultado de casi tres años de investigación y trabajo con el equipo de fútbol femenino Arco Iris. Fue escrito desde los movimientos, los silencios, la solidaridad y los relatos de este colectivo de mujeres que, ha decidido, poner las pelotas en juego.

LA CANCHA SIENDO (CON)TEXTO

Desde la academia se nos alienta a realizar una presentación del espacio -lugar geográfico donde hemos llevado a cabo nuestro trabajo de campo para que otros colegas puedan experimentar la sensación del “haber estado allí”. A lo largo de este capítulo busco recomponer, desde los relatos de mis interlocutores, ese territorio que se fue delimitando -al ser atravesado, ocupado, observado, pensado, sentido y referido por las personas del barrio y las mujeres del equipo- como el lugar físico donde sucedió mi investigación: la cancha de fútbol “La Caldera”. De este modo, más que reconstruir un contexto objetivo de acuerdo a criterios externos acerca de qué podría ser relevante en este escenario, me propuse dar cuenta del contexto donde realicé mi investigación a partir de los procesos de contextualización emprendidos por las personas del barrio cada vez que cuentan o narran sus experiencias.

Al producir los contextos en los que enmarcan sus vidas, las personas de Virgen Misionera una y otra vez regresan a la cancha. Pero, como se verá en las siguientes páginas, al describir los sentidos locales de la cancha, estaré contando la historia del barrio y las relaciones sociales que lo constituyen.

3.1. La historia de la casa que quiso ser cancha. Y la cancha que hace de casa

“En ese momento todavía no éramos Virgen Misionera, de hecho nos llamábamos algo así como Playa Serena Arriba o Melipal Sur [risas]. Lo del nombre es muy bueno, porque nos costó mucho que la gente empiece a llamar el lugar donde vivíamos Virgen Misionera. Bueno, en ese momento todavía no éramos Virgen Misionera, pero la historia de la casita en la mitad de la cancha nos ayudó a apurar el sentimiento de barrio que todos queríamos tener”. (Graciela Belli, comunicación personal, abril de 2015)³

En el año 1983, el actual Barrio Virgen Misionera estaba conformado por casas distribuidas de manera poco planificada. El barrio no contaba aún con servicios y no había en su interior ninguna institución que permitiera a los vecinos aledaños identificar el lugar. Alrededor de 1970, aún con el gobierno militar en el poder, el Padre

³ Fundadora de la primera escuela del barrio.

Juvenal Currulef junto a su compañera Graciela Belli llegan a San Carlos de Bariloche interesados en replicar las experiencias asociadas al movimiento de padres tercermundistas que venían llevando a cabo en la localidad de Ingeniero Huergo, Río Negro. Como primera medida, realizan un censo en el territorio que hoy es reconocido como Virgen Misionera, para concluir que en ese momento había 42 familias viviendo allí, y que todas ellas eran de origen mapuche. Además de no poseer ningún servicio o documentación que diera cuenta del derecho a la propiedad sobre sus tierras, una de las demandas principales recogidas en dicho censo fue la falta de una escuela lo suficientemente cercana como para mandar a los niños y niñas en los días de mayor hostilidad climática.

El Padre Currulef recibió, como donación, el terreno que linda con la actual cancha. Y dispone ese espacio para armar lo que sería la primera “Capilla -escuela y jardín-Junta Vecinal” del barrio. Las paredes de este edificio multifunción se armaron con los materiales que Currulef había podido traer de lo rescatado en el levantamiento de la Villa de Alicurá⁴, donde realizaban una actividad de militancia antes de su arribo a la ciudad de San Carlos de Bariloche.

“A la distancia parece todo muy surrealista, la escuela era escuela a la mañana, era iglesia a la tarde y llegó a ser velatorio algunas noches. Pero en ese momento era lo que había que hacer para sobrevivir, ser muchas cosas diferentes”. (Claudio, com. pers., 2015)⁵

De a poco la gente del barrio empezó a acercarse y a organizarse para realizar las obras de la escuela y la capilla. Muchos cuentan que, en estas reuniones, comenzaron a surgir las primeras ideas sobre el proyecto de conformar un Equipo Pastoral de Tierras con el fin último de legalizar ciertas ocupaciones ya establecidas y asegurarse ciertos predios para futuras instituciones barriales.

Si bien en cada una de las distintas entrevistas el relato en torno a cómo se fue construyendo el barrio tiene acentos y matices diferentes, ciertas escenas se repiten con varias coincidencias entre sí. Entre estos hitos narrativos uno de los que con mayor frecuencia funciona como mojón temporal para distribuir los eventos entre “el antes” y “el después”, es el que se ha ido entextualizando como la historia de “la casilla que apareció de repente en la cancha”. Según cuentan los vecinos, de un día para el otro (literalmente puesto que se había construido durante la noche) en el medio de la cancha -vale aclarar que, para el año 1984, momento en el que sucedió este hecho, la cancha era mucho más chica que la actual- apareció emplazada una casilla. El propietario de la misma “el chileno Arriagada” había obtenido su boleto de compra venta la noche anterior. Esta transacción estuvo a cargo de una inmobiliaria que había dispuesto ciertos lotes a la venta sin consultar u observar el uso que los mismos

⁴ Asentamiento de carácter temporal originado por la construcción de la represa hidroeléctrica homónima.

⁵ Ex Director de Virgen Misionera.

tenían; “¿Entendés lo limado de la secuencia? El barrio se despertó y vio una casilla en el área chica” (S., com. pers., octubre de 2015).⁶

Las cinco entrevistas que realicé buscando información específica sobre este episodio actualizaron esta misma historia trayendo al presente, junto con ella, los recuerdos de vivencias propias o construidas reunidos en una suerte de historia heredada. Cuando los primeros vecinos notaron la presencia de la casilla comenzaron a acercarse; “Venían de todos lados, bah, eso me acuerdo yo... que llegaban los vecinos que nunca salían a encontrarse con otros vecinos” (I., com. pers., agosto 2015).⁷

En los distintos relatos de este episodio, son las mujeres las que suelen adquirir un protagonismo destacado. Al parecer, en ese entonces se había requerido mano de obra para una construcción que se realizaba a unos 3 kilómetros del barrio, por lo cual muchos de los hombres que allí vivían habían salido a trabajar temprano. Este evento sucedió en julio y en esa época el sol sale a las diez de la mañana. Esto puede haber ayudado a que muchos de los hombres pasaran sin notar que en el medio de la cancha había una casilla instalada; “Chorro roba cancha” le gritaban las minas. Mi vieja cuenta que ella y sus hermanas estaban como locas” (H., com. pers., octubre 2015).⁸

En medio del griterío -uniendo los relatos deduzco que eran algo así como treinta personas las que le gritaban al unísono al propietario de la casilla. El Padre Currulef, quien para ese entonces, según las historias y memorias barriales ya se había constituido en un referente para la comunidad, concilió un plazo de 24 horas para la reubicación del nuevo vecino; “Nosotros nos dimos cuenta que este chileno se estaba rajando de Pinochet; lo único que quería era hacerse una casita en la tierra y que no lo matasen” (Graciela Belli, com. pers., agosto de 2015). Así fue que, con la ayuda del Equipo Pastoral de Tierra, se organizó un rápido loteo para que “el chileno” pudiese trasladar su casilla (y a su familia) a otro lugar del barrio, ubicado a cinco cuerdas de la cancha, que desde ese día hasta la actualidad se llamaría “el Barrio Chileno”.

Con la presencia de las inmobiliarias, la necesidad de plantear un nombre al barrio se hizo cada vez más fuerte. Bajo el pretexto de encontrar un nombre para la escuela y tras el revuelo que había causado la ocupación de “la canchita”, algunos vecinos comenzaron a ponerse en campaña para generar un nombre que los identificase. Este proceso barrial se dio al mismo tiempo que una iniciativa de ciertos sectores de la Iglesia rionegrina que habían comenzado un movimiento para reconocer una Virgen que respondiera fenotípicamente a las “características de la mujer rione-

⁶ Jugadora de Arco Iris Femenino.

⁷ Fundadora del equipo.

⁸ Hijo de una de las jugadoras del equipo.

grina". En esta última propuesta también participó una comitiva del Padre Currulef, integrada por feligreses que, peleados con una iglesia que había sido cómplice de la última dictadura militar, estaban en la búsqueda urgente de nuevas imágenes que lograsen funcionar como protectoras y referentes de las distintas resistencias que se venían manifestando con más fuerzas en los años 80'. Tanto la iniciativa de la iglesia como la de los vecinos concluyeron en la selección del nombre Virgen Misionera para el barrio que se estaba formando.

"El Negro [por Currulef] hizo girar la Virgen Misionera por todas las casas, les contaba quién era y por qué esta capilla iba a ser refugio para las pieles marrones como la nuestra. El barrio eligió este nombre, porque eligió esta lucha". (N., com. pers., junio de 2015)⁹

De este modo, y con esta intervención en la elección del nombre, la iglesia fue un agente central en la construcción de las matrices de alteridad (Briones 1998) que configuraron el espacio social del barrio. Una matriz donde se incluyen, en términos valorados, las diferencias étnicas (particularmente las mapuche) y nacionales (Argentina-Chile). La Virgen Misionera devino el símbolo de una identidad subordinada ("las pieles marrones") y de un posicionamiento político en la lucha por el reconocimiento de sus derechos, sobre todo los territoriales. Del modo en que en los relatos se resuelve la supuesta usurpación de la cancha por "el chileno" se inscribe en estas mismas grillas de significación: la inclusión de quienes, como "nosotros", escapan de un sistema represivo y excluyente buscando "un refugio" donde "hacer su casita en la tierra".

3.1.a. El patio trasero en la cotidianeidad

La sacralidad de la cancha también responde al modo en que se practica ese espacio en los rituales cotidianos. La cancha de Virgen Misionera une los accesos y salidas de las principales instituciones del barrio, funcionando como el símbolo material o el ícono sagrado de los acuerdos transitorios de una juntura en apariencia arbitraria. La cancha pareciera construirse como la más clara analogía de "patio trasero" de ciertas instituciones fundamentales de la vida social y cultural del barrio. Si uno se para en la mitad de la cancha puede distinguir los símbolos más reconocibles o referenciales para los habitantes del barrio, es decir sus diacríticos de identidad más significativos. No sólo para quienes viven en el interior del barrio sino también para quienes no somos parte de él.

En paralelo a los vestuarios, con una calle de distancia, se encuentra la capilla del barrio donde están también los restos del Padre Currulef. A una cuadra de la

⁹ Vecina del Barrio Virgen Misionera

cancha se encuentra la Biblioteca Popular Aimé Painé, dirigida por un grupo de vecinas y vecinos que generan y ofrecen actividades a la comunidad. Sobre el borde izquierdo de la cancha está ubicada la Radio FM del Barrio. La misma fue creada hace tres décadas. Y de hecho, al principio su único rol comunicacional era el de relatar los partidos que se sucedían en la cancha. Con los años se terminó por constituir en una de las radios de Bariloche que más han resistido las políticas neoliberales, construyendo una agenda política coherente y denunciante de la realidad actual. Lindando directamente con lo que sería la tribuna visitante se levantan distintas instituciones educativas pertenecientes a la Fundación Gente Nueva. Son todas escuelas llamadas de Gestión Social. Esta modalidad refiere a espacios educativos surgidos a partir del impulso de organizaciones sociales, fundaciones, asociaciones civiles sin fines de lucro, organizaciones no gubernamentales, iglesias de diferentes credos religiosos. Surgieron como respuesta política de sectores sociales afectados por la crisis, que generaron diferentes experiencias organizativas, ante las consiguientes restricciones a las que la acción del Estado se vio sometida. Dichas escuelas tienen como característica central la gratuidad de los servicios que prestan y el haber sido creadas para atender a sectores de la población en situación de vulnerabilidad social.

La cancha es el lugar donde los anudamientos entre trayectorias o biografías heterogéneas y recorridos cotidianos se hacen más densos. Es el lugar de encuentro obligatorio, en el que se entrelazan historias y negociaciones, festejos y conmemoraciones.

3.1.b. “De acá para allá son todos...”: disputas y construcciones de territorialidad

Para el año 1990, el Barrio Virgen Misionera ya estaba conformado como tal. En su interior ya funcionaban muchas de las instituciones recientemente descritas. Los vecinos se habían organizado en distintas comisiones de trabajo y de a poco fueron generando las medidas para conseguir servicios como el agua y la luz para las distintas casas. Con la llegada del gas al barrio las inmobiliarias renovaron su interés por lotear la zona de “Los Kilómetros”¹⁰ aledaños a la villa céntrica de San Carlos de Bariloche. La cancha, ante esta mirada de mercado, era un lote con potencial económico. Así como en los ochenta la aparición de la casilla se constituyó en la primera aparición de mujeres organizadas defendiendo la cancha, varias de mis interlocutoras me han contado también la historia del “acampe en la cancha” en la década del noventa para resistir su loteo. En estos relatos hay un mayor énfasis en las estrategias utilizadas por las mujeres para organizar políticamente sus resistencias que en el otro

¹⁰ Los lugareños llaman de esa manera a los barrios que se han ido conformando hacia el oeste, por fuera del tejido urbano que constituye el Centro Cívico de la ciudad. En el último censo se ha demostrado que las personas que allí viven son, en su mayoría, pertenecientes a las capas media y media alta de la ciudad.

relato. Este énfasis, construido retrospectivamente, había devenido en una suerte de epílogo justificado por lo espontáneo y lo casual del proceso. Es decir, no había rastros de organización, más bien de emergentes que buscaban ser resueltos, y en ese accionar resolutivo eran las mujeres las que parecían tener más disponibilidad para enfrentarlos o asumirlos. El “acampe” se leyó posteriormente como uno de los primeros eventos en los que las mujeres se organizaron colectivamente en torno al fútbol para defender el barrio.

Una mañana de noviembre de 1990, un grupo de cinco personas comenzaron a realizar tareas de mensura y de amojonamiento en el predio que constituye la cancha. Clavaron estacas y con sogas delimitaron los inicios y finales de futuros terrenos. Para el mediodía, a la salida de la escuela, la totalidad de la cancha estaba delimitada.

“Ninguna pelota podía circular por ahí me acuerdo que R no sabía llegar a la casa si no cruzaba la cancha, tenía cinco años y sabía que no podía cruzar las calles sin adultos, así que me aviso una amiga que estaba paradito ahí en la entrada de la escuela esperándome”. (J., com. pers., septiembre de 2015)¹¹

Varias vecinas cuentan que “espontáneamente” se organizaron con las frazadas y carpas (muchos las tenían porque habían obrado de primer hogar mientras construían las casas actuales) y se dispusieron a ocupar la cancha; “Era una guardia diurna y una nocturna. Muchos de nuestros hombres trabajaban así que nosotras nos quedamos en la cancha con los chiquitos. De ahí cruzaban y se iban a la escuela” (J., com. pers., septiembre de 2015).

El Equipo Pastoral de Tierras comenzó a realizar asambleas de vecinos diarias para ver cómo harían para disputar este territorio; “Cuando nos preguntaban cómo era el barrio empezamos a ponernos de acuerdo en decir que estaba lleno de ladrones y borrachos. La idea era que nos tengan miedo, que no les parezcamos tentadores” (Graciela Belli, agosto de 2015). La estrategia narrada por una de las referentes barriales de construir la imagen de un “nosotros” como peligroso frente a un “otros” que, en consecuencia, los verían como vecinos poco tentadores fue cobrando nuevas valoraciones afectivas e identitarias en los procesos de subjetificación política. De alguna manera, para construir el barrio como un espacio poco atractivo para el mercado de las elites, los vecinos reutilizaron los estereotipos del sentido común que asocian color de piel, bajos recursos y peligrosidad, con el fin de deslindar Virgen Misionera del resto de los barrios comercialmente valorados de “Los Kilómetros”. En el contexto desigual en el que los vecinos tuvieron que defender el espacio de Virgen Misionera frente a los intereses del mercado inmobiliario, la peligrosidad del “nosotros” funcionó como una estrategia de empoderamiento y, en consecuencia, como un diacrítico valorado de resistencia y de diferenciación. Sin embargo, los efectos de esta prácti-

¹¹ Vecina del barrio.

ca política merecen hoy en día una nueva reflexión. Dieciséis años después de esa construcción, el Barrio Virgen Misionera es uno de los territorios de la ciudad de Bariloche más hostigados por la violencia policial. En parte por la imagen que se tiene de él.

“Este barrio es un nido de negros y narcos. A mí no me vengan a joder con lo de los mapuches y todo eso. Yo respeto sus culturas y sus religiones. Pero siempre que hacemos allanamientos encontramos cosas. Y en la barra brava del club están los más pesados”. (Oficial, com. pers., agosto de 2014)¹²

3.1.c. “La cancha era nuestra Roma”

“Mirá, te lo voy a dibujar acá en la tierra para que entiendas lo que te digo. Porque no estoy exagerando” [Se agacha con un poco de dificultad, pateo las piedras que le molestan en su pizarra de tierra, toma una rama que obrará de fibrón y comienza a trazar un cuadrado con líneas que lo atraviesan. Son muchas líneas pero no las suficientes como para desdibujar el cuadrado] *“¿Me entendés ahora? la cancha era el centro. Era un cuadrado o bueno... [La estira formando un rectángulo] era más bien un rectángulo y todos los caminos que iban a nuestras casas salían de allá. ¿Cómo es la frase? Todos los caminos conducen a Roma... bueno la cancha era nuestra Roma [risas]”.* (E., com. pers., diciembre de 2014)¹³

La cancha comenzó siendo el único terreno grande que no tenía vegetación por la zona. Se convirtió con los años en el “potrero de Los Kilómetros”. La gente venía de distintos lados a jugar en esa cancha; “Mi viejo siempre sabía dónde buscarlos cuando no volvíamos a casa... y mirá que nosotros siempre vivimos por la zona de la Laguna del Trébol que está a unos 6 kilómetros de ahí” (E., com. pers., marzo de 2015)¹⁴.

Luego de varias disputas y pedidos se inició el proceso de ampliación de la cancha. A través de las charlas entre vecinos comenzó a hacerse necesaria la construcción de un club que pudiese entrenar a los niños del barrio. La comisión que presidió los inicios de lo que hoy se conoce como Arco Iris Sociedad Anónima estuvo conformada por más mujeres que hombres. Había tesoreras, contadoras, comisión directiva y muchos más puestos. La idea fue armar un club para los niños del barrio. Y para garantizar este espíritu, un grupo de mujeres propuso que se llamase igual que el jardín que se inauguraría en esos días. Entonces, por el año 1987, nacían en el barrio el Jardín Maternal Arco Iris y el Club Arco Iris.

¹² Oficial de Policía de la Comisaría 27 de Melipal, durante un viaje en auto donde dejaba a la autora en la entrada del barrio.

¹³ Abuelo de un niño de la escuela primaria del barrio al enterarse de la investigación.

¹⁴ Esteban, 40 años, nacido en San Carlos de Bariloche.

Cuentan los vecinos que al ser los partidos relatados desde la radio del barrio, más de una vez ocurría que una de las mujeres tomaba el micrófono y retaba - literalmente delante de todo el barrio- a su hijo por enterarse que se estaba peleando en la tribuna o en el interior del predio con un miembro del equipo rival.

En la sumatoria de estos relatos barriales, como el dibujo realizado en la tierra, la cancha se va configurando como el lugar donde se cruzan todos los caminos. Y es entre las líneas que interceptan el rectángulo de la cancha, que se encuentran los recorridos de las mujeres. Aun cuando en las historias la figura de las mujeres aparece generalmente relegada al rol de facilitadora o acompañante de los procesos, se desprende la relación cotidiana que las mujeres fueron teniendo con el lugar social y físico de la cancha.

3.2. Arco Iris Femenino

Paro, bajo el vidrio, me preguntan si sé a qué hora salen los chicos de Inglés, respondo que no. Y les pregunto si saben si Arco Iris entrena ahora. "No, señor. La primera entrena mañana", me doy cuenta que piensan que me refiero al equipo masculino y aclaro "¿Las chicas no están, el equipo de fútbol femenino?" "Ah! Sí, vaya nomás que ya deben estar ahí las primeras, y al rato nomás llegan las otras". Cuando estoy por arrancar me doy cuenta que nunca había pasado más allá de la cancha, es decir para el lado de los vestuarios. Así que les pregunto a los chicos antes de estacionar el auto "¿me mando nomás?" "Si, deje el auto acá y mándese señor... ¿va a entrenar?" "No, por ahora no... ¡Gracias!" Estaciono el auto y veo que en la cancha hay algunos ex alumnos peloteando, la portera de la escuela me saluda "¿Qué haces por acá a estas horas?" No había pensado muy bien ni mi respuesta ni la forma en la que me quería presentar. La idea de que mi rol de maestra no ocupase más que mi rol de observadora era casi un imposible, por lo menos en ese primer encuentro. Así que ensayé una especie de explicación tartamudeando "Vengo a ver al equipo de fútbol femenino" Me interrumpe la portera, "Uy sabe que no sé si entrenan porque el sábado terminó el torneo ... pero vaya por el costadito de la cancha que ahí en la reja hay una puerta, si están van a estar en el vestuario... vos mandate" La idea de meterme en los vestuarios me pareció fuerte como carta de presentación y además sin pensarlo mucho solté un "¿Pero no están los muchachos cambiándose no?" La portera se rió y me respondió "No, cuando están los muchachos todo el barrio se da cuenta". (Bleger, notas de campo, miércoles 14 de abril de 2014)

Ese 14 de abril que fecha el extracto de mis reflexiones fue mi primer ingreso al campo. La elección de ese fragmento responde a la representatividad de temas e indicios de situaciones que el mismo deja entrever y que de alguna manera orientaron, durante esta investigación, las formas de construir mi unidad de análisis: el colectivo de mujeres que componen el equipo de fútbol Arco Iris femenino.

Al desmenuzar la cita anterior identifiqué, en el juego subyacente de presencias y ausencias, la tensión con la que me había encontrado ese primer día. Por un lado, un público que parece apenas percibir las, puesto que al preguntar por el equipo

se remite inmediatamente al conformado por los hombres, negando por completo la posibilidad de que alguien estuviese preguntando por ellas. Y por el otro lado, el real conocimiento de que el equipo femenino está en la cancha. Ocupa horarios fijos y entrena en determinados días de la semana. Incluso en la afirmación “Ah! Sí, vaya nomás que ya deben estar ahí las primeras, y al rato nomás llegan las otras” se percibe el conocimiento sobre los horarios y rutinas que el equipo lleva a cabo. Al mismo tiempo la posibilidad de que otra mujer, que ninguna relación directa tiene con el equipo sepa que ellas jugaban en un torneo, y que ese torneo había terminado el sábado anterior a mi visita comenzó a darme la pauta de que al menos algunas personas en el barrio seguían, de manera tal vez no del todo convencional, a este equipo de fútbol. Por último, en este diálogo se inaugura una cuestión que me acompañó durante los dos años que realicé trabajo de campo con el equipo: “No, cuando están los muchachos todo el barrio se da cuenta”. “Los muchachos” constituyen el sujeto audible y visible en la cancha, son por definición el ruido y la ocupación. Como la presencia eterna de aquello que no puede salirse del centro de la escena... o en este caso de la cancha.

3.2.a. “Ser equipo”

En el año 2003 surge en el barrio el primer intento por organizar un equipo de fútbol femenino:

“La idea era armar algo para nuestras hijas mujeres, porque nuestros hijos varones ya estaban todos en el club. Es importante en algunas edades tener a las chicas juntas y pensando en desafíos, sino se termina todo muy rápido para algunas. El fútbol a todo el mundo le gusta, a mí siempre me encantó”. (I., com. pers., julio de 2015)¹⁵

Sin embargo, este proyecto no se llegaba a concretar puesto que las niñas no parecían cumplir con la frecuencia necesaria de asistencia como para armar un plantel estable y poder pedir la personería al Club Arco Iris. Lo que empezó a pasar fue que muchas de las madres y hermanas que llevaban a sus hijas a entrenar, mientras esperaban que terminase “la horita de fútbol” comenzaron a proyectar un equipo de mujeres adultas que perteneciera en su totalidad al club. Así fue que, para el año 2006, se empezaron a periodizar los entrenamientos del “equipito de las mujeres del barrio” algunos días de la semana hasta llegar a ser reconocidas como parte del club por parte del presidente (después de siete años de insistencias). Este cambio facilitó algunas cuestiones reglamentarias para poder inscribirse en los torneos de la Liga de Fútbol Femenino de la ciudad de San Carlos de Bariloche y en la Liga de Fútbol Femenino Municipal. Son la única categoría del club que no recibe apoyo económico y

¹⁵ Fundadora del equipo Arco Iris femenino.

es sabido (institucionalmente establecido) que son las últimas en la lista de categorías y divisiones al momento de elegir horarios y usos de las instalaciones del club. Desde esos primeros encuentros hasta la actualidad ha habido algunas transformaciones. Sin embargo, muchas de las intenciones y acuerdos que en esas primeras peloteadas se construyeron se mantuvieron a lo largo de estos años. Por ejemplo, la edad de las participantes de los entrenamientos no fue nunca, ni lo es ahora, un motivo de restricción para participar de los mismos. De algún modo, ciertas matrices disruptivas en cuanto a los preconceptos que se tienen en relación al imaginario de lo que debe entenderse como un equipo ya aparecían desde su fundación. Arco Iris femenino no fue -y sigue sin ser- un equipo de fútbol homogéneo en cuanto a sus características físicas y etarias.

En la actualidad, Arco Iris Femenino está conformado por veinte jugadoras y dos entrenadores hombres. La gran mayoría son mujeres pertenecientes al barrio, y las que no viven en él, tienen a sus hijos en las escuelas o parte de sus familias viven en Virgen Misionera. Como fue mencionado anteriormente, las edades son diversas y recorren el espectro de los dieciséis a los cincuenta años. Esto hace que muchas de las relaciones que se dan al interior del mismo sean, además de amistad, de lazos sanguíneos (como es el caso de la goleadora quién es hija de uno de los entrenadores y nieta de la mediocampista y administradora del equipo); “Juntarse es como el hambre... hay que empezar a encontrarse para que te den ganas de más” (V., com. pers., abril de 2014)¹⁶.

Si bien la concurrencia a los entrenamientos semanales (cuatro en total) es cambiante, podríamos decir que hay un elenco estable encargado de darle continuidad a los eventos o anécdotas que suceden de una semana a la otra. Dichos entrenamientos tienen pautados con antelación los días, horarios y lugares para llevarse a cabo: mientras que dos veces por semana se trabajan cuestiones relacionadas al físico, los otros dos encuentros están centrados en actividades relacionadas con las técnicas futbolísticas. Durante los entrenamientos hay subgrupos marcados pero no fijos o establecidos. Hay un ir y venir a través de las consignas de los ejercicios que establece su propio ritmo. Ninguna pareciera estar habilitada para competir con otra. Cada una está encargada de desafiarse a sí misma y alentar a aquella que lo necesite. Siempre desde un lugar afectuoso y de permanente empoderamiento; “¡Mirá al frente leona, acompaña con la respiración y usa todo el cuerpiño lindo que dios te dio para atajar!”¹⁷.

Hay en ese grito de aliento una concepción distinta y desafiante a la idea de competencia que desde la visión occidental del deporte hemos construido desde

¹⁶ Jugadora.

¹⁷ Grito de la mediocampista a quien era en ese momento la arquera durante uno de los entrenamientos en el 2015.

nuestra primera infancia. Con esto no quiero decir que a este equipo no le importe la competencia. De hecho son fanáticas del juego competitivo. Pero con otras. No al interior del equipo. Ellas se construyen a sí mismas como un “nosotras” en competencia permanente, pero no entre ellas, sino frente a sus rivales: en la cancha frente a otro equipo o en el entrenamiento frente a la mirada desafiante de otros. Tanto en los entrenamientos como en los partidos se evidencian los distintos estados físicos, pero también allí se puede ver una negociación de las nociones hegemónicas de la competencia y la resistencia. El “ser fuerte” implica llegar a tiempo, cumplir con el entrenamiento y el sábado si hay partido poder implementar lo practicado. Los talentos entonces, escapan de una meritocracia atlética para poder proyectarse como un compromiso más holístico:

MB: ¿Quién es la capitana?

S: Y...en este partido va a ser la A porque hace un montón que no falta

MB: ¿Quién elige a las capitanas?

S: Eso de que alguien elija a las capitanas es medio chamuyo. La capitana se elige a ella misma, es la que más huevo¹⁸ le haya podido poner, la que esté atenta a lo que las otras necesiten y lo que nunca cambia es que no puede ser de las calentonas... porque si no se desmadra todo en la mitad del partido. (Bleger, notas de campo, 2015)¹⁹

La posibilidad de que la capitana se elija a sí misma por las distintas responsabilidades que va asumiendo responde a una lógica diferente de la del mérito o mejor jugadora. Asimismo, la sensación de que los roles que se asumen puede ir modificándose según pasen los encuentros, otorga cierta posibilidad de poder horizontal. Algo así como la oportunidad de llevar la cinta en algún momento de la trayectoria de cada una.

3.2.b. La Caldera: Magia y Polisemia

En los relatos que hablan de los orígenes de un pueblo, de un barrio o de una institución, muchas veces se encuentran componentes de principios remotos, hitos de fundación específicos o, incluso, antepasados que sirvan de nexo entre ese pasado y el presente que se busca contar. “La Caldera” es el nombre que recibió la cancha de fútbol de la que venimos hablando. En las decenas de conversaciones que tuve en relación al nombre, no hubo dos historias iguales sobre la selección del mismo. Más de una vez el relato empezó diciendo “Algunos dicen que es por... pero yo me acuerdo” o “La gente cree que es por... pero nada de eso es cierto”. Es decir que la narrativa fundacional en torno al origen del nombre no ha devenido aún en discurso

¹⁸ Se refiere al esfuerzo físico que hay que demostrar. “huevo” hace clara referencia a los testículos de los hombres. Es decir, se deja entrever una frase anclada en el sentido común, de que aquellos que tienen testículos son capaces de realizar mayor esfuerzo físico.

¹⁹ Extracto de conversación rumbo a un partido con S en mi auto.

oficial, sino que, en cada una de sus actualizaciones, se presenta en el contexto de un debate inconcluso, esto es, como un relato mediado por la construcción de unos otros que no son tan distintos a los narradores pero que, sin embargo, se diferencian por tener una parte de la información errada.



Figura 3.1: Pique cortito.

Mientras que para algunos hombres remitía a la idea de calor “por la pasión y el calor”; otros lo presentaban diciendo que “es el lugar donde se caldean las cosas, el fútbol y la hinchada”. Sin embargo, fue mientras nos trasladábamos en auto a uno de los partidos, cuando surgió una charla que habilitó el encuentro de opiniones en el reconocimiento de ciertos orígenes compartidos:

MB: ¿Por qué es que la cancha se llama La Caldera?

V: [risas] Sabes que nunca me lo puse a pensar... Los tipos del barrio le dicen así.

I: Por eso no te lo pusiste a pensar... ellos nombran cosas y nosotras creemos que están así desde siempre

MB: Para... me perdí ¿ellos quiénes?

I: Los tipos del barrio. Mi viejo le decía La Caldera para cuando hablaba con la gente que no era de acá de Virgen. Pero creo que se lo pusieron cuando la inauguraron

V: La Caldera debe ser por todo lo que se calientan los tipos cuando juegan, por lo que se cocina ahí dentro ¿viste?

S: Ah! Boluda....La Caldera como la de las brujas, vieron que ahí se cocinan todos los hechizos y esas huevadas

MB: O sea que básicamente le han puesto La Cocina a la cancha de fútbol [risas]

I: Deberían darnos más lugar entonces si le hubiesen puesto por eso.

S: Si le pusieron La Caldera es porque ahí pasan cosas mágicas...nosotras por ejemplo... ¡ah buenoooo! [risas] (Bleger, notas de campo, mayo de 2015)

La idea de lo mágico, lo sagrado y un pasado en común se volvió casi tangible. En el diálogo anterior se hace visible la posibilidad de concebir a un otro masculino generalizado pero que también puede identificarse con sujetos individuales y particulares (“...mi viejo”). Este otros masculino interviene en el diálogo como una voz autorizada para nombrar la realidad (“los tipos del barrio le dicen así”) pero que, en ese intercambio de mujeres, cambia de estatus y es puesta en cuestión (“ellos nombran cosas y nosotras creemos que están así desde siempre”). Con esas expresiones, y al desnaturalizar la realidad de “los tipos”, las mujeres también estaban convirtiendo en tópico las relaciones asimétricas entre unos y otras (“y nosotras creemos”).

Al mismo tiempo, y frente a este “otros” masculino, se construyen otros sentidos de La Caldera. Por un lado, y siguiendo el flujo discursivo de este intercambio realizado en el auto, La Caldera es, desde la voz ajena de un otros masculino, el lugar donde los “tipos se calientan” o “donde cocinan sus asuntos”, remitiendo la masculinidad a la disputa y a la negociación que marcan el curso de las esferas públicas. Por el otro, y haciendo otro uso metafórico de la noción de “cocina”, ellas remiten al estereotipo donde se asocia el ser mujer con la vida doméstica y particularmente con las prácticas privadas que giran en torno a una cocina. Por último, y es aquí donde me detengo en este apartado, aparece el componente de lo mágico, de lo especial e incluso de la cancha como generadora de eventos. En la figura de la cocina se pone de relieve La Caldera, y con ella, el hacer de las brujas. La conjunción de la cancha con las mujeres produjo un nuevo campo semántico -el de la brujería, los hechizos y las cosas mágicas-, y en ese campo semántico, el “nosotras” es el resultado de esa alquimia entre fútbol, cancha y mujeres. Como mostraré en el transcurso del libro, el movimiento entre esos escenarios se vuelve un lugar performativo de ese “nosotras” en proceso, un lugar mágico separado de la vida cotidiana y de las rutinas que suelen ser definidas por otros.

3.2.c. “Ruidos inesperados”

En La Caldera muchas veces los entrenamientos suceden al mismo tiempo, tanto los de la división de fútbol de la primera masculina como los del equipo femenino. Ahora bien, durante esas dos horas la cancha funciona como un observatorio de la multiplicidad de espacios que allí operan. Mientras que al mirar el entrenamiento de la primera masculina la cancha pareciera poseer paredes invisibles que no

permiten que nada de lo que acontece alrededor pueda llegar a perturbar o interrumpir a los jugadores, al observar la mitad de la cancha ocupada por las jugadoras del equipo femenino pareciera más bien un lugar de tránsito: pelotas de otros ocupantes del predio interrumpen el entrenamiento, al mismo tiempo que los hijos de las jugadoras juegan con pelotas (reales o improvisadas) reclamando la satisfacción de necesidades como frío, sed, hambre, ganas de ir al baño y otras tantas que pueden surgir en el lapso de las dos horas en las que transcurre el entrenamiento. Pareciera que los relatos que conforman los lindes del equipo masculino son fundantes, inamovibles y que en eso reside su fuerza, su impermeabilidad. Los límites que configuran el espacio de entrenamiento femenino dentro del mismo predio parecieran estar cargados con la fuerza tenue de una “anécdota” o “chisme” frente a la mirada o la falta de mirada de los ocupantes del predio, ya que las permanentes interrupciones se naturalizan o no se castigan. La idea del límite aquí pareciera ser más que algo fijo y establecido un elemento a construir, a ser pensado como compuesto por fragmentos de historias o mandatos que fueron y siguen siendo negociados en cada encuentro. El límite pareciera ser un lugar habitable, cómodo y con capacidad de alojar.

En suma, son los actores sociales (colectivos o individuales) los encargados de construir las espacialidades donde la palabra y las acciones se vuelven prácticas regulares y de encuentro. En el caso del equipo de fútbol femenino, las jugadoras realizan un trabajo de doble apropiación del lugar. Entendiendo lugar en su doble acepción: por un lado la cancha como lugar físico y por el otro el fútbol como lugar simbólico. La segunda de estas acepciones se retomará en el cuarto capítulo de este libro mientras que la forma en que las jugadoras subvierten las formas de circulación esperables desde el discurso hegemónico será abordada a continuación.

3.2.d. “Dime por dónde andas y te diré quién eres”

MB: ¿Cómo hacen para organizarse con la cancha?

Entrenador: Yo hablo con el entrenador de infantil y me dice... ponele... yo uso la mitad. Y ahí nos queda a nosotros la otra mitad.

MB: ¿Quién tiene prioridad para usar la cancha?

Entrenador: El orden es la primera, después infantil que siempre tienen la de césped, juveniles y después femenino [silencio] Es que es sabido que al presidente del club no le gusta el fútbol femenino. Dice que no es para mujeres. Como no tiene problema en decirlo está todo bien, porque es directo. Su hija jugó un tiempo y él le dijo que si seguía jugando la echaba de la casa. [...] La ropa y las cosas se las buscan las chicas, porque te tiene que gustar mucho el fútbol para ser mujer y jugarlo... Acá hay muchas personas machistas ¿viste? (Bleger, notas de campo, mayo de 2014) ²⁰

²⁰ Entrevista informal al entrenador físico de Arco Iris Femenino durante un entrenamiento.

La tensión recientemente mencionada en torno a los modos de circular, detenerse y ocupar lugares de manera colectiva se visibiliza por excelencia en el escenario constituido por la cancha. Para pensarlo es interesante retomar del marco teórico los aportes de Grossberg (1992) en relación al concepto de “movilidad estructurada”. El autor plantea que dentro de todo espacio social hay lugares disponibles para ser ocupados de cierta forma así como patrones establecidos para circular entre ellos. Asimismo esta circulación no es espontánea sino que está configurada hegemónicamente por las distintas “maquinarias”: la diferenciadora, encargada de producir alteridades y diferenciaciones, y la territorializadora, encargada de localizar, distribuir lugares, generar leyes e instituciones.

El concepto de movilidad estructurada responde a la circulación de las personas dentro de un espacio ya configurado de modos no previstos. Ahora bien, en los relatos de las mujeres del equipo sobre su participación en las actividades barriales y específicamente en aquellas relacionadas con los inicios del Club Arco Iris, resulta interesante el modo en que ellas mismas reflexionan sobre sus propias movilidades estructuradas. Ellas reconocen que su circulación, detención y apropiación de ciertos lugares no depende tanto de los modos en que se apropian de los espacios físicos sino del rol que cumplen en distintos momentos y esferas de su vida.

Desde el lugar de madres, amigas, hermanas, esposas e hijas de aquellos hombres que jugaban a la pelota en el marco del Club Arco Iris estas mujeres han sido (reconocidas) protagonistas y pioneras de la construcción del predio La Caldera. Sin embargo, su aparición como ocupantes activas del predio, es decir, como jugadoras del club es un lugar/rol que no parecía haber estado habilitado para ser transitado y ocupado por ellas.

En suma, como unidad de análisis, el equipo de fútbol femenino Arco Iris me ha obligado a descentrarme del fútbol como deporte y de la cancha como arena de litigios para poder hacer foco en los modos en que estas mujeres logran, mediante distintas estrategias, transformar este deporte en una herramienta para la visibilización de ciertas matrices hegemónicas de género que llevan a desigualdades y disputas al interior de esta comunidad barrial. Es decir, a pensar cómo a través de determinados modos creativos de reconstruir tramas y discursos se empieza a subvertir el fútbol y la cancha como lugares hegemónicamente masculinizados. Y, finalmente, cómo con estas desobediencias, ellas “estilizan” (Butler 2007) un modo de ser juntas desafiante de las normativas morales.

EL DESLINDE HABITABLE

Este capítulo busca abordar dos aspectos centrales en las observaciones realizadas. Ambos remiten a la posibilidad de construir desde los relatos un “nosotras” consecuente con los modos de circulación y de concebir el género. Para el primero de estos aspectos -los modos de circulación- se ha trabajado desde este trabajo entendiendo a los relatos de espacio como actos culturalmente creadores por su fuerza performativa y por su capacidad fundacional (De Certeau 2008). La idea de que al movernos, recorrer y viajar estamos llevando nuestros propios espacios a cuestas -es decir, que los espacios se pueden relatar y los relatos pueden atravesar espacios- significa que hay tantos espacios como experiencias. Siguiendo con esta línea, Ingold (2000) entiende que la existencia humana no se desenvuelve en lugares o espacios sino a lo largo de sendas. Centrándose en el movimiento de las personas, este autor sostiene que los sentidos de habitar se producen a lo largo de los senderos que las conducen de un lugar a otro.

Para el segundo de los aspectos -las maneras de concebir el género- se trabaja con los modos en los que las mujeres del equipo encontraron la posibilidad de ocupar espacios que parecían inhabilitados como lugares para hablar de su propia historia como mujeres de un barrio determinado, para entender cómo, en ese proceso, estas mujeres están también hablando de género y por lo tanto de relaciones de poder. En este sentido, Butler (2007) señala la importancia de reconocer la oportunidad política que se abre cuando se ilumina la idea de que el género no existe por fuera de cierta actuación. Ya que esto evidencia que las normas del género tampoco son algo distinto que la propia reiteración y actuación de dichas normas. En suma, que tanto las actuaciones como las normas están siempre sujetas a la resignificación y a la renegociación, es decir, permeables a la transformación social. Estas normas que son encarnadas por los sujetos pueden reproducirse de tal modo que el discurso hegemónico del género quede intacto (incluso muchas veces siendo la academia cómplice de esta imagen, al recrearla y definirla). Pero también estas normas viven amenazadas por el hecho de que su repetición implica, generalmente, un tipo de actuación que las pervierte, debilita o pone en cuestión, subvirtiéndolas, o más modestamente, transformándolas.

4.1. Cartografiando el movimiento

En los inicios de la Antropología era común encontrar en las etnografías descripciones de lugares construidos y fijos, ocupados por aquellos “otros” y, transitoriamente, por el mismo investigador en su rol de trabajador de campo. La misma idea de circulación debía ser estipulada y “controlable” por las cartografías realizadas por el observador. Sin embargo, antes del modelo heurístico del mapa moderno - sobre el que también se forjó la Antropología-, el territorio era pensado, como en los mapas medievales, como un todo o como una “geografía de acciones” (De Certeau 1990). Estos mapas medievales trazaban recorridos describiendo las etapas del viaje por medio de ilustraciones que constituían verdaderas indicaciones performativas. Con el avance del conocimiento científico, se eliminaron de los mapas las ilustraciones y con ellas aquellos datos que no fueran técnicos, produciendo una borratura de los recorridos.

Durante estos tres años, la manera de “mirar” y “(per)seguir” al equipo de mujeres fue a través de la construcción de una suerte de mapa (cambiante y la mayoría de las veces frustrante) que pudiese dar cuenta de los recorridos y roles que algunas de ellas desenvuelven durante ciertas jornadas. Esto de algún modo terminaba en una hoja en blanco sin sendas recorridas ni pistas de por dónde empezar a mirar. Empecé entonces por lo más visible: los entrenamientos.

La escena cuando llegan al entrenamiento suele repetirse. Vienen como en una coreografía de horarios y velocidades. Hay quienes llegan casi sin aire acomodándose el pelo en el camino. O quienes son antecidas por una maraña de niños con pelotas y sogas. Asimismo están quienes sabiéndose impuntuales tienen algo así como el privilegio de llegar tarde. “Que venga es un milagro, ¿sabes de lo que se tiene que escapar esta para jugar un rato a ser otra?”, me comenta una de las jugadoras a modo de respuesta cuando busco saber el origen de las reiteradas llegadas tardes de una de las jugadoras. Ese “otra” que se desprende de aquella infidencia es una expresión reiterada que se dará en varias de las anécdotas y relatos. De los matices y ranuras que nos develan los relatos cuando cuentan y describen sus formas de ver el mundo y de concebirse a ellas mismas es de donde surge este capítulo. En algún punto, resultó crucial poder entender que, más allá de la idea de construcción de ellas como “otras” en sus relatos, era necesario prestarle atención al evento en el que sucedía dicha transformación. ¿Es posible hablar de límites tan marcados? ¿Son los espacios los que determinan a estas mujeres? ¿Son los recorridos? ¿Son acaso los movimientos entre fronteras, entre un lugar y el otro, lo que genera la posibilidad de ser alguien más?

4.1.a. Área Chica: Habitando el límite

De Certeau (1990) introduce la idea de frontera como un elemento que es inherente al juego de espacios. Desde la idea de piel como barrera que separa al sujeto del exterior, pasando por las divisiones entre los objetos, por la experiencia de un hábitat que es separado por los muros, hasta la idea de viaje constituida por la certeza de que hay “otra parte” geográfica o desde las distinciones entre el tejido urbano y el paisaje rural, no hay representación del espacio que no involucre una noción de frontera. Sin poner en cuestión la centralidad del límite, mi trabajo etnográfico con las mujeres del equipo femenino me ha llevado a pensar más en las operaciones de deslinde que realizan las personas en movimiento que en una identificación a priori de fronteras o espacios. Entonces, la pregunta acerca de dónde empieza o termina un lugar, no parece tan acertada como la de dónde acontece un límite cuando las personas se mueven.

Pensando en clave de lo que he introducido respecto a la multiplicidad de roles de estas mujeres, es a medida que relatan su transitar donde se objetivan los límites entre un lugar y otro o se actúan entradas y salidas. En otras palabras, las distintas acciones que transcurren durante un recorrido son las que señalan tanto los límites como los roles que se deslindan dentro de ellos. En esta dirección, y a través de mis notas de campo, mostraré que las distintas maneras de ocupar distintos roles en un mismo recorrido es lo que da sentido a ese “ser otra” mencionado en el relato anterior.

Ahora bien, la idea del límite es pensada aquí como un elemento en constante construcción, compuesto por una suerte de fragmentos de historias que sucedieron pero que también siguen sucediendo en el presente. Siguiendo con la idea de De Certeau con la que abrió este capítulo, sobre la capacidad de los relatos para crear espacios, se fue iluminando en mi investigación la posibilidad de entender los sentidos de “ser otra” a partir de los límites que los relatos de trayectoria producen. En sus movimientos, las mujeres del equipo actúan los límites transformando su rol según la audiencia y el escenario. Si el deslinde es parte de la constitución espacial y la división del espacio estructura el mismo espacio, podríamos decir que, en este caso, la acción de deslinde tanto responde a configuraciones previas del espacio como las transforma. Así, un límite es el resultado transitorio de permanentes negociaciones y, como tal, puede ser siempre potencialmente cambiado.

De la escuela a la cancha

El timbre que anuncia la finalización de la jornada escolar todavía no sonó pero, por debajo de la mesa, L., usando sólo los talones como para no evidenciar lo que está haciendo, cambia las zapatillas coloridas por unos botines. Las medias de fútbol se divisan arrugadas a la altura de los tobillos. Casi coreográficamente empieza a guardar los útiles en la mochila y de ahí saca con un movimiento muy estudiado un peine. La docente sigue explicando las páginas que tienen que llevarse de lectura. L. decide anotarlas y mientras se sujeta el pelo con una mano como a mitad de camino de la colita alta y ajustada que se estaba haciendo escribe "p. 35-37". Hay mucha concentración puesta ahí. El timbre suena, se levanta disparada con sus jeans apretados y un buzo extremadamente largo. Entra al baño de la escuela y en menos de dos minutos ya está afuera de nuevo usando el short de Arco Iris Femenino, el buzo abollado en la mochila, los jeans que quieren escaparse y las zapatillas colgadas en la mano. Hay una suerte de ordenado y ritualizado caos en esta transformación. Saluda a sus compañeras, evita el contacto visual con varios de los varones que no dudan en mirarla cuando se aleja y corre en dirección a la cancha. Llega agitada, tira la mochila con todas las cosas que de ella cuelgan y, antes de que yo pueda siquiera llegar a soltar mi mochila, ella ya está incorporada a una entrada en calor que había empezado hace diez minutos. Pelo tensado hacia atrás, medias estiradas. Recibe una advertencia del entrenador sobre el horario y la importancia de la puntualidad "¿Qué querés que haga? no puedo salir antes del colegio queridoooo". Todas se ríen. Empieza el peloteo. (Bleger, notas de campo, noviembre de 2015)

En el extracto anterior se observan distintos límites espaciales: el aula, el banco, el pasillo, el baño, la calle, la cancha. Asimismo cada uno de estos está marcado por elementos del orden de lo corporal. Los límites se observan a medida que la jugadora recorre con su cuerpo distintas posturas físicas. De hecho hay muy poca oralidad en la escena que dé cuenta de estos cambios o más bien de estos límites. Y sin embargo hay una serie de eventos performativos que van tallando y consolidando aquello que pareciera ser lo "masculino" y lo "femenino". Desde la necesidad de vestirse de otra manera, mientras que los asistentes hombres que luego iban a jugar al fútbol ya estaban vestidos para hacerlo. O el apuro por el horario que no pudo considerar la hora de salida de la escuela puesto que la primera masculina tenía más prioridad en la disponibilidad de la cancha.

Butler (2007) afirma, en este sentido, que el género es performativo porque se sostiene en un conjunto de actos naturalizados. No obstante, el acto performativo significa para Butler el canal de subversión de la heteronormatividad porque antes de naturalizarse o de adscribirse a la ley heteronormativa por medio de la repetición, el acto abre la posibilidad a nuevas significaciones. Lo que Butler (2007) propone para subvertir la visión binaria del género es la realización de prácticas paródicas, iterativas, que amplían las posibilidades del género. La autora observa que "Encontrar el mecanismo mediante el cual el sexo se convierte en género supone precisar no sólo el carácter construido del género, su calidad innatural e innecesaria, sino la universalidad cultural de la opresión en términos no biológicos." (Butler 2007: 106).

Hay en el registro anterior varias aristas que podrían funcionar como elementos paródicos de una normatividad en disputa. La “metamorfosis” que L. realiza abarca más niveles que el que ella misma podría estar registrando en ese momento. En el nivel paródico, la transformación de L. construye el espacio de su práctica deportiva en un teatro de acciones, en una puesta en escena donde los límites entre lo masculino y lo femenino son reproducidos y actuados, y al mismo tiempo, objetivados y puestos en evidencia. Será a través de gestos como entrar a un baño para cambiarse y no ser vista en el momento en que lo hace, hasta transformar su cabellera en un peinado uniforme con el de sus otras pares, e incluso en el momento de asumir que la vestimenta que utilizan los hombres son las adecuadas para el deporte sin importar tal vez que, para su fisonomía, otra vestimenta podría ser más cómoda, donde se visualizan criterios de distinción, diacríticos de deslinde y valoraciones asimétricas en el interjuego entre ser mujer y jugar al fútbol. En pocas palabras, la necesidad de poner en acto una metamorfosis y de hacerlo con disimulo para irrumpir en el espacio como “jugadoras” es en sí misma una práctica distintiva de género. Esta singularidad reside en habitar los lugares hegemónicamente disponibles al mismo tiempo que, en el movimiento, se escenifican, se objetivan y, de esta manera, se parodian. En el transcurso de esa metamorfosis es donde encuentro una intención: desafiar una cierta opresión ya reconocida en términos no biológicos. Y un modo de hacerlo: negociar la manera de ir arrinconando mandatos para no irrumpir de golpe. Casi como implicando un saber común a todas ellas: que es en el transcurrir de la experiencia donde se irá marcando de a poco cómo hacerlo mejor.

4.1.b. Capas de la cebolla

En este ejercicio teórico que implica entender cómo en los recorridos se actúan y producen los límites, es importante no dejar de prestar atención a los movimientos que generan los actores con los que trabajamos a medida que circulan o se detienen cambiando sus formas de presencia.

Siguiendo el planteo de Massey (2005), entiendo lo colectivo como un evento-lugar que emerge de un encuentro transitorio de elementos que serán, en diferentes tiempos y velocidades, nuevamente dispersados. Los encuentros, tal como los venimos pensando, son una constelación de procesos más que un ser o una identidad preestablecida. Las jugadoras del equipo constituyen los deslindes espaciales que las definen como un colectivo de “mujeres” habitando al mismo tiempo en distintas juntas y a medida que se mueven.

De la casa a la cancha

Muchas de ellas están sentadas en bancos que se han puesto en el patio interno de la escuela. Mientras hablan con maestras o entre ellas van recibiendo, como si de pronto fuesen una suerte de perchero humano, buzos, mochilas y cuadernos que no fueron guardados a tiempo. A diferencia de otros días, los nenes no les preguntan si pueden hacer tal o cual plan. Hoy “es miércoles, día de entrenamiento, día de mamita”. Los chicos parecen saberlo a la perfección. De hecho no se quejan frente al “acarreo” maternal que busca burlar el tiempo. “Muchas veces aprovechamos cuando los nenes salen de la escuela y ya nos encontramos para bajar a la cancha. Pero la mayoría de las veces hay que apurarlos para que tomen la leche porque si no llegamos tarde o les da hambre en la mitad del entrenamiento y empiezan a romper los quetejedis.” El entrenamiento empieza y los mismos que se fueron corriendo llegan comiendo algo, o con algún otro vecinito que se sumó a la salida. “Ahora que los días están más lindos no pasa nada, porque igual los nenes están más afuera que adentro. El problema es cuando una entra en calor porque entrena pero los ves a los pibitos muertos de frío esperándonos. Ellos saben que esto nos hace felices. Después nos sacamos el equipo y volvemos a ser las mamás de todos los días” [conversación informal con una de las jugadoras]. Como suele pasar en los momentos previos al entrenamiento hay ciertas conversaciones que desencadenan otras y entre todas van construyendo el relato de dónde o cómo “vienen llegando”. En esta dinámica de charla, les respondo la imagen que acabo de ver en la escuela y pregunto si para todas las que son madres es similar. “A mí me da mucha risa sentir que si alguien me viese flashearía con la locura que manejo. A veces yo vuelvo de la facultad, le doy de merendar a A. y mientras le caliento el mate cocido estoy buscando dónde dejé secando las medias”. Interrumpe una: “¿Por eso nunca armas el par?” [risas]. “Y si después del entrenamiento tengo una asamblea o algo, pobres... llevo con toda la ropa de no jugadora arriba y mal puesta”. Otra interrumpe buscando contar algo diferente, y lo logra con el argumento que es de las pocas que no pertenece al barrio “Nosotros no vivimos acá pero mis hijos vienen a esta escuela. Muchas veces me quedo dando vueltas o yendo a donde mi comadre para hacer tiempo. Los días que entreno tengo la ropa abajo puesta, ahora pienso ¿qué diría mi patrona si se entera que mientras limpio los cuartos tengo puesta las medias de Arco Iris? Volver a casa, ese es el tema. Porque una ya sabe que llega y tiene que cocinar, ayudar a hacer las tareas, ordenar. Se termina el juego.” (Bleger, notas de campo, diciembre de 2015)

Esta escena refuerza la idea con la que se abre este capítulo respecto a la posibilidad de ser otra habitando en los límites, en el cambio y en sus movimientos. La charla se enmarca en una lógica de “lúdica heroína”, donde el objetivo pareciera ser el de contar las distintas negociaciones que deben hacer para poder estar allí jugando. Al mismo tiempo que institucionalizan la versatilidad de roles que ocupan en tan solo un día. En este relato son ellas las que se cuentan a sí mismas desde el movimiento y, al hacerlo de este modo, subvierten la idea de “ser mujer” como pertenencia asociada a algún recorrido o mapa preestablecido.

En primera instancia, el patio escolar resulta el punto de encuentro para una actividad que las reúne no como madres, sino como jugadoras frente al resto de la comunidad. Sus recorridos diarios pueden cruzarse en diferentes lugares y actuando distintos roles; sin embargo, faltando poco para el horario de entrenamiento, sus ritmos de marcha pulsan de modos similares. Sus velocidades de marcha y sus compor-

tamientos orquestados para atender varias demandas al unísono es lo que produce el deslinde que las separa de sus roles habituales y las encuentra juntas como mujeres del equipo de fútbol en una salida escolar parecida a cualquier otra.

El evento-lugar en el que ellas se reconocen juntas también se objetiva en la simultaneidad de percepciones (no sólo la propia, sino la de los hijos, la de los compañeros de la facultad, la de los empleadores) que las evidencian siendo observadas y aconteciendo en determinadas tareas o recorridos. Estas otras miradas son las que de algún modo las ayudan a identificar sus distintas formas de habitar los deslindes y a llenarlos de sentido cuando los cuentan. Estas miradas evidencian también la importancia de una audiencia cuando dichas transformaciones están siendo realizadas. No tanto porque activamente observan sino porque incluso cuando parecen no hacerlo están ayudando a la línea argumentativa de sus traslados y transformaciones. En sus relatos siempre están presentes esos otros –los que miran y los que no miran– frente a los cuales se distingue el “nosotras” desde el cual ellas hablan.

La expresión de que debajo de la ropa hay otra ropa esconde la metáfora de otra piel. Hay una especie de secreto u ocultamiento sobre esta otra identidad. Respecto a esto, Haraway se pregunta “¿Por qué deberían nuestros cuerpos terminar en la piel o incluir, en el mejor de los casos, otros seres encapsulados por la piel?” (Haraway 1991:64). Entre las jugadoras del equipo se pone en evidencia “un ser mujer” centrado en la idea de capas de ropas con la capacidad de subvertir lo aparente (la empleada doméstica, la madre, la estudiante universitaria, la alumna de secundario).

La idea de capas a la que ellas tantas veces recurren me permitió pensar cómo a través de estas metamorfosis aparecen en escena varios personajes disputándose el ser individual frente a un ser colectivo que convoca mucho más. Es en esa colectividad donde el equipo se vuelve un lugar que aloja y habilita relatos que parecían no serlo pero que, al narrarse, se encuentran en una forma compartida de entextualizar sus experiencias de ser mujer. Estas mujeres andan y desandan recorridos siendo unas y otras al mismo tiempo y por separado, según la audiencia lo habilite. Es decir, a partir de los relatos empezaron a sumarse al dibujo mental de las líneas que trazaban para llegar al entrenamiento; una suerte de roles transitorios que desempeñan en cada una de sus paradas estratégicas antes de seguir viaje.

De algún modo, fue a través del encuentro -significado por medio de los relatos- que estos recorridos dejaron de ser prácticas cotidianas distribuidas como “memorias” de un cuerpo social ausente para pasar a ser lo que un grupo o colectivo entiende o explica como modelo cultural diferente (Cassigoli Salamon 2006), esto es, el evento-lugar donde se vuelve tangible la posibilidad de politizar la pertenencia y donde la tradición aceptada se transforma en “historia por hacer”.

4.2. De acá para allá son todos... hombres: la tensión entre lo femenino y lo masculino

Este apartado, tal como lo introduce el título, busca abordar las tensiones que subyacen en la contraposición entre lo considerado femenino y lo entendido como masculino. Partiendo de la idea del “ser mujer” a la Butler (2007) es decir, entendiendo al género en clave de *performance* y no como un hecho aislado de su contexto social, entiendo que el “ser mujer” es una práctica social en sí misma donde los sujetos no son dueños de su género. Es decir, no realizan simplemente la “*performance*” que más les satisface, sino que se ven obligados a “actuar el género” en función de una normativa genérica que promueve y legitima, o sanciona y excluye. “Las mujeres no juegan al fútbol”, “Juegan al fútbol para que los hombres las tengan en cuenta”, “Esas que juegan no tienen familias”.²¹

Con el fin de prestar atención al modo en que las mujeres del equipo actúan el género en tensión con estas normativas, los siguientes apartados se detendrán en los efectos que esas negociaciones tienen sobre los sentidos cotidianos de ser mujer.

4.2.a. Cuando lo privado se relativiza

Este apartado se centra en la tensión entre lo considerado esfera de la vida pública y esfera de la vida privada, así como en el modo en que esta distinción atraviesa las maneras en que las jugadoras se cuentan a ellas mismas. Parto de la idea de que esta separación de esferas heredadas e institucionalizadas se enmarcan en una suerte de “sentido común social” que va moldeando nociones como las de “tiempo libre”, “deporte”, “maternidad” y “obligaciones domésticas”, entre otras. En este sentido, Ortner (1997) propone pensar cómo la idea de asociar a la mujer a lo relacionado con la naturaleza, y al hombre con la esfera de la cultura ha servido de argumento para establecer sistemas culturales enteros. Ese supuesto, sostiene la autora, puede basarse en pensar a la mujer como asociada a la reproducción de la vida, mientras que al hombre, considerándolo exento de esta capacidad de creación, se lo piensa forzado a crear en el mundo exterior. Al mismo tiempo, y siguiendo con este razonamiento, la autora profundiza esta distinción presentando como continuidad de la esfera de naturaleza la imagen de la casa o unidad doméstica. Sostiene también que, al no encontrar el hombre un fundamento construido como “natural” (la crianza del bebé, la lactancia), su rol se constituye en una esfera de actividad basada en las relaciones inter-familiares. De esto muchas veces se desprende un cierto razonamiento que postula al hombre como “propietario natural de la religión, el ritual, la política y esferas de intercambio y producción cultural” (Ortner 1997).

²¹ Extractos de conversaciones informales con integrantes de la comunidad del Barrio Virgen Misionera durante el año 2014.

Interesante es pues el movimiento que realizan las jugadoras al apropiarse de la cancha, el espacio más público (por su carácter convocante) del barrio, y utilizarla para lograr la visibilización no tanto de ellas para otros, sino de ellas con ellas mismas. Al compartir ciertas sensaciones, lo más privado se vuelve conocimiento compartido e invade el espacio entendido como privado. Por un lado, historias en principio íntimas y aparentemente personales se develan como experiencias compartidas²².

En relación a esto último, Mayol presenta la idea de barrio como “la posibilidad ofrecida a cada uno de inscribir en la ciudad una multitud de trayectorias cuyo núcleo permanece en la esfera de lo privado” (en De Certeau 2006:10). En este mismo sentido me pregunto ¿qué sucede cuando aquello que parecía pertenecer a la esfera de lo privado (las rutinas, los quehaceres domésticos, la crianza) inunda la esfera de lo público (el entrenamiento en la cancha de fútbol)?

A través de distintas instancias donde las jugadoras relataron la constitución del equipo o sus propias experiencias en relación al club (ver segundo capítulo), fueron siendo, para ellas mismas, cada vez más visibles (o audibles) los momentos en que sus distintas trayectorias parecían conectarse entre sí. Fue ese reconocimiento de hitos hermanados lo que en su accionar cotidiano comenzó a volverse argumento para “sostener” la importancia de sus encuentros; “Espero todo el día que lleguen las seis de la tarde. Mi vida es más linda por ustedes. Los problemas se arreglan con goles jaja”.²³

En esta conversación se puede ver la liviandad con la que se trae a colación aspectos de su vida privada en una red social. El lugar de entrenamiento es para ellas un espacio cualitativamente diferente al de sus rutinas domésticas o laborales, en tanto y en cuanto las seis de la tarde pareciera en principio poner en comparación dos formas de ser mujer. Pero el potencial expresivo de estas frases “la vida es más linda con ustedes” o “los problemas se arreglan con goles” actualizan un marco de interpretación de sí mismas donde “la vida antes de las seis” adquiere también otros sentidos.

Ahora bien, este marco a partir del cual ellas reinterpretan los límites entre lo público y lo privado se enfrenta con matrices hegemónicas de género plagadas de supuestos que abonan la idea de dos esferas diferenciadas entre la vida privada y la vida pública. El hombre pensado con mayor habilidad motriz o futbolera, muchas veces ha funcionado de fundamento para validar el tiempo libre de unos por sobre otras y, así, la autoridad que unos tienen sobre otras en el uso del espacio público. Pareciera ser casi una premisa oculta que si los que saben jugar (planteado casi como

²² Tomé la decisión de no referir a estas historias para no exponer a mis interlocutoras y en respuesta a la confianza otorgada por ellas.

²³ Extraído de la página del Facebook de una de las jugadoras.

una cuestión biologista) son los hombres, ellos tienen más derecho a hacerlo, a ocupar la cancha y a obtener beneficios del club; “Estas son terribles, juegan re fuerte; parecen chabones algunas. Pero tienen mucho más apoyo del club, mirá lo que son las remeras”.²⁴

La comparación con los modelos vigentes de masculinidad y, específicamente, con los modelos de masculinidad que refractan las formaciones discursivas sobre el deporte en general y el fútbol en particular se evidencian en este diálogo. Por un lado la habilidad en el juego, como en la cita anterior haciendo referencia a algunas jugadoras rivales, es evaluada positivamente por su cercanía con los modelos masculinos de juego (“parecen chabones”). Por otro lado, la naturalización de que esta semejanza con los hombres autoriza un apoyo institucional -por ejemplo, en la vestimenta oficial del club- que ellas no parecieran tener.

Las tensiones entre las esferas de lo público y lo privado reflejan situaciones de la cotidianeidad, que a su vez pueden estar investidas de recuerdos y vivencias que estructuran el sentido común. Para González Alcantud (2005) lo que interesa de la historia de lo cotidiano es “lo invisible”. La posibilidad de reconstruir a través de los relatos aquello que no pareciera siquiera importar en la propia construcción de los mismos.

“Este equipo surgió sin ser este equipo. Yo siempre jugué al fútbol, mis hermanos me elegían para los partidos y sabían que si me tenían ganábamos. En casa no estaba mal visto jugar al fútbol si eras mujer. Era una forma de divertirse. Fue mi mamá la que ayuda a armar la primera canchita [se ríe, se acomoda el short] Días enteros pasamos moviendo un alambrado que ni existía, construyendo arcos. Todos mis hijos jugaron al fútbol, siguen jugando. Este equipo tuvo muchas formas, tardó en ser lo que es ahora... ¿por qué lo hicimos? Porque se necesita un equipo para ser equipo. Porque queríamos jugar sin depender de lo que nos prestaban o lo que nos dejaban. Pero viste cómo son las chicas, siempre hay peleas, o no pueden venir siempre por los hijos o por los maridos o por la escuela”. (I., com. pers., junio de 2014)²⁵

De algún modo, el relato de Esther marca el inicio de una historia, de un empezar a pensarse “en proceso” (“Este equipo tuvo muchas formas, tardó en ser lo que es ahora”). Al mismo tiempo que se presenta al colectivo desde un lugar que pareciera solo visibilizarse cuando este es comparado con un “otro”. Un otro que suele estructurar el discurso aun cuando, en general, está implícito, como en el relato de I a través de la evaluación de los hermanos o en el deseo de jugar “sin depender de lo que les prestaban o lo que les dejaban”.

En la búsqueda de su propia definición como equipo hay una presencia muy fuerte de qué piensa el barrio de ellas, de su juego, de su potencial e incluso de su rol

²⁴ En el entretiempo del partido 3 de Mayo-Arco Iris haciendo referencia al equipo contrincante, julio de 2016.

²⁵ Fundadora del equipo en charla durante entrenamiento.

al interior de la comunidad. Y estas voces externas, organizadas en distintos usos de lo público y lo privado, se citan, se sienten o se discuten mientras las mujeres del equipo entran comparaciones y contrastes en sus relatos sobre sí mismas; “... ¿por qué lo hicimos? Porque se necesita un equipo para ser equipo...”. En esta oración se deja entrever la noción de pertenencia, la intención de institucionalizar la necesidad de ser parte de algo que está a la vez sujeto a las variables que se “ofrecen” al interior del barrio.

¿La necesidad de “un equipo para ser un equipo” se constituye entonces como la posibilidad de crear un puente entre ambas esferas? Acaso estas esferas, o incluso la forma de estudiarlas o conceptualizarlas ¿no es una manera de legitimar cierta dicotomización presente en el discurso hegemónico?

4.2.b. “Gambeteando la fijeza”: La corporalidad imaginada

A lo largo de la investigación la tensión entre lo público y lo privado se vio muchas veces investida por las concepciones que se tenían sobre la construcción de un ideal de cuerpo que pudiese asumir el rol del buen deportista, puesto que el lugar donde esta corporalidad se hacía visible es en la esfera de lo público (la cancha). Sin embargo, será en esta objetivación del cuerpo atlético y del espacio público donde las mujeres del equipo realizan una resignificación de ambos mediante modos creativos de volver a definirlos.

“La cancha es como el lugar donde te armas para la batalla, para lo que sea que venga. Es del lugar donde salimos fuertes para entrar a otros lugares donde no somos capitanas de ningún equipo, o goleadoras, o defensoras. Soy solo yo cuando salgo de acá”. (B., com. pers., 2015)²⁶

En este fragmento se hace una fuerte distinción entre ese lugar en el que se “arman” y lo que denominan “campo de batalla”. Lo novedoso aquí reside en la posibilidad de concebir la esfera pública como la proveedora de herramientas para revertir ciertas cuestiones de la esfera privada pensadas como dadas. Ahora bien, estas mujeres vuelven visibles ciertas fronteras “salimos fuertes para entrar a otros lugares” y en este proceso de visibilización de algún modo las impugnan. Puesto que logran una suerte de “borramiento” entre ambas esferas convirtiéndose ellas mismas, como colectivo, en potenciales fronteras.

Este borramiento devino un marco de interpretación privilegiado para construirse como mujeres jugadoras de fútbol. A partir del mismo, los relatos se empezaron a organizar en aquello que se elegía contar y aquello que se decidía impugnar.

²⁶ Arquera.

Me detendré ahora en la impugnación respecto a las nociones de un “cuerpo atlético” con las que permanentemente se ponen en duda sus competencias deportivas.

Todas se colocan en parejas enfrentadas. El entrenador desde la punta, mientras ejercita con la arquera les indica “Se la tiran al pecho y la bajan. Recién ahí hacen el pase”. Todas parecen saber de qué se trata el ejercicio y por eso no hace falta más explicación. Las jugadoras empiezan a lanzar las pelotas a sus parejas directamente al pecho. Todas comienzan a reírse y a decirse cosas entre ellas. Empiezan con volumen suave [o con la actitud del susurro porque el volumen era lo suficientemente fuerte como para que se escuche en un descampado] “Me van a quedar las tetas en la espalda boluda...” [risas] “ni en pedo paro esa pelota... es un misil”. Poco a poco el entrenador comienza a reírse con los comentarios y cambia rápido el ejercicio. “Ahora la paran pisándola”. Muchas se ríen. “A ver si vos te bancas pararla con los huevos” dice una de manera jocosa sin buscar la ofensa, sino más bien justificando el malestar anterior. (Bleger, notas de campo, septiembre de 2015)



Figura 4.1: Concentración.

En esta escena se pone en tensión cierta naturalización de prácticas deportivas que conciben al entrenamiento con una lógica masculinizada del cuerpo. Incluso en sus frases se explicitan los efectos que el ejercicio propuesto pareciera generar: “Me van a quedar las tetas en la espalda boluda...”. Las risas y la corta duración del ejercicio objetivan los límites de la corporalidad transformando -paródicamente- aquello que pareciera ser un condicionante, en un diacrítico de pertenencia. Es en la frase “A ver si vos te bancas pararla con los huevos” donde se muestra una distinción entre un nosotras y ese otro varón -masculino- que no tiene en cuenta las condiciones fisiológicas de ellas como mujeres. No hay una denuncia explícita, pero sí una clara intención de resistir a ese dolor impuesto por una “forma de pararla” que se utiliza en el fútbol masculino y no tendría por qué realizarse en el femenino.

Siguiendo con esta línea, Moreno sostiene que “el deporte aporta un terreno contradictorio sobre el cual se construye y disputa, se desafía y sin embargo se sostiene, una multitud de preguntas y afirmaciones sobre raza, género, etnicidad, clase, sexualidad” (Moreno 2013:3). Desde este ángulo, el género se ve afectado y manipulado para responder a ciertos imaginarios y mandatos que parecieran estar enquistados en las propias nociones de un estereotipo de “cuerpo atlético”.

Todo imaginario requiere de un esfuerzo en la identificación de figuras, roles o ideas de lo que “no entra” en esta categoría. El imaginario del cuerpo atlético necesita, entonces, para sostenerse, de una exclusión sistemática (Moreno 2013). Ahora bien, en ese imaginario, el cuerpo de las mujeres está doblemente ausente. Por un lado, porque no es masculino. La presencia de estas mujeres con sus propias construcciones físicas en torno a un “ser mujer” que ha sido y sigue siendo constituido en torno a trayectorias, edades y estéticas heterogéneas amenaza de alguna manera premisas de lo considerado por el discurso hegemónico “el cuerpo deportivo” masculinizado. Por el otro, porque no es femenino puesto que “...el cuerpo atlético femenino ha sido y sigue siendo sospechoso por su aparente masculinización y su posición como caso límite que desafía los cuerpos normalizados femenino y masculino” (Cole 1993:90).

En suma, lo que se busca poner en valor con este apartado es la posibilidad de revertir ciertas concepciones que se desprenden de una organización cultural en torno a las esferas públicas y privadas de nuestras vidas. Las jugadoras logran a través de los recursos disponibles apropiarse de “el qué dirán” de sus cuerpos, sus vestimentas, y sus capacidades deportivas para establecer no qué quieren que se diga de ellas sino quienes están habilitados a hacerlo.

4.3. Dulce inestabilidad

Esta inestabilidad constitutiva de las normas (ser mujeres en un deporte que pareciera ser apreciado como masculino) es lo que puede pensarse desde la academia como una oportunidad política en el marco de una actividad que pareciera ser únicamente recreativa.

Será en este cambio de concepciones sobre aquello que se comparte y se narra en determinados lugares, en este cuestionamiento permanente sobre la dicotomía entre esferas que no fueron elegidas, más bien heredadas, donde aparece la posibilidad de este colectivo de realizar una apropiación de los lugares que transitan.

Entendiendo al fútbol como un lugar no disponible para ser ocupado “seriamente” por las mujeres y cuyo tinte masculino por excelencia es el que define los relatos que autoriza. Al transformarlo en “lugar estratégico” ellas reflexionan sobre sus propios posicionamientos. A veces desde la oposición y otras desde la semejanza.

“Si nos miras desde afuera somos un grupo de mamás que compartimos un rato, pero si nos conoces desde adentro sabes que no todas somos mamás y que lo que nos une es la pasión por el fútbol y por el club”. (Bleger, notas de campo, 2015)²⁷

En esta frase hay una certeza de estar siendo vistas. Ya sea con la mirada de quien conoce como de quien prejuzga. Hay también en esta afirmación una denuncia al sentido común, una puesta en valor de ser otra cosa que solamente madres o solamente jugadoras de fútbol. Pareciera ser que la pasión por el fútbol impugna los lugares comunes y genera una suerte de institucionalización de una actividad que las reúne y les hace bien. De algún modo esta frase sintetiza la presencia de muchos roles habitando una misma mujer. Al mismo tiempo que la idea de “conocer desde adentro” sugiere la presencia de ciertas barreras que separan el “nosotras” del resto del mundo.

Pero ese mismo posicionamiento estratégico se convierte también en “moradas de apego” (Ramos 2005) donde se reconocen como parte de algo más grande y colectivo; un lugar desde donde se pueda construir relatos anudados en experiencias compartidas. Asimismo, los lazos afectivos y los sentidos de esos vínculos de apego se hacen visibles cuando las mujeres empiezan a realizar reuniones por fuera de la actividad institucionalizada del equipo, en las que se siguen encontrando como jugadoras. Sin naturalizar esta construcción, muchas veces a lo largo de mi investigación el hecho mismo de ser un “nosotras” para ellas ha sido motivo de celebración: “Todas invitadas a brindar y a festejar por ser nosotras”.²⁸

²⁷ Conversación en relación a la cantidad de nenes que había en el entrenamiento.

²⁸ Epígrafe de la fotografía del festejo en www.facebook.com/arcoiris.femenino.

Al comienzo de este capítulo se planteó la importancia de reconocer el dinamismo y la itinerancia en los que se subjetiva el estar siendo juntas para las mujeres del equipo y el modo en que las trayectorias individuales aúnan y potencian un andar colectivo. Sin dejar de atender las tensiones generadas por la fuerza de los eventos imprevistos cuando lo privado pareciera inundar lo público, y pensando las estrategias que este colectivo de mujeres ha construido para resistir ciertos mandatos sobre los modelos de cuerpos que deberían tener. Ahora bien, el fútbol se plantea acá como escenario y arena de disputas y como el lugar privilegiado para poner en cuestión ciertas naturalizaciones en torno al género.

Hasta aquí, he querido mostrar lo que he apreciado como una manera creativa de subvertir cierta matriz hegemónica que asocia al fútbol con lo masculino, y cuyo potencial político emerge cuando esos sentidos y subjetivaciones se extrapolan a distintos niveles organizativos de la comunidad, afectando incluso nociones hegemónicas de esferas de lo privado y lo público. Esta ruptura se hace en el marco de un escenario en apariencia lúdico. Es decir que, de alguna manera, corre con la ventaja de lo sorpresivo y lo inesperable, volviendo a la idea de circular, producir e irrumpir lugares que no parecían disponibles desde el discurso hegemónico. Como jugadores, las mujeres rompen con cierta retórica (organizadora de los relatos en torno a la comparación con un otro opuesto constituido por el equipo de fútbol masculino) y con una estética (que apunta a las nociones de belleza y corporalidad “deportiva”), mediante distintas *performances* que parodian con seriedad el relato oficial donde el rol de las mujeres ha sido siempre secundario o incluso antagónico al del “varón futbolero”.

PATEANDO EL TABLERO PARA ESTABLECER EL JUEGO

Si pensamos a los relatos como portadores de diferentes niveles de experiencias compartidas, podríamos reconstruir lo hasta aquí trabajado reconociendo distintas capas o profundidades en las formas de contarse a sí mismas como mujeres jugadoras de fútbol del Barrio de Virgen Misionera. La investigación acompaña el modo en que las mismas jugadoras fueron habilitando paulatinamente tópicos y narrativas en las conversaciones que fuimos compartiendo, pero también un proceso de entextualizaciones (puestas en relato) que se fueron forjando en el transcurrir de sus propios encuentros. El capítulo 2 se centró en la construcción de un relato barrial, como un texto significativo para enmarcar historias o experiencias relacionadas con los momentos fundacionales y formativos del Barrio Virgen Misionera y del Club Arco Iris. En el capítulo 3, los relatos de las mujeres del equipo se presuponen y actualizan en las formas de moverse y circular hacia y desde la cancha, entramando sus momentos de encuentro con sus vidas cotidianas. Estos relatos, presentados en formas de fragmentos, adquieren su sentido colectivo al saberse similares y compartir sus formas de aparecer en y referir al movimiento. Ellas no sólo se van entrecruzando, sino que también se van encontrando como un grupo de mujeres específico cuyas historias personales se entraman sin detenerse en un lugar fijo y determinado. Específicamente, se trata de relatos que ponen en cuestión, por su misma forma de estructurarse en marcha, los discursos “oficiales” donde ellas, como mujeres de un barrio, debían cumplir ciertos roles y ocupar ciertos lugares previstos. Sin embargo, este libro aún no se ha centrado en las memorias y en los relatos que construyen un lugar de enunciación como jugadoras de fútbol y que se entextualizan en el transcurso mismo del proceso de formación del equipo.

En relación a este lugar de enunciación, las mujeres del equipo han detectado como un “no evento” (Touilliot 2007) la experiencia desigual de ser mujeres en un contexto pensado como masculino. A partir de marcas en sus relatos o formas de vehicular recuerdos mediante anécdotas han logrado revertir “lugares comunes” que desde un “discurso machista o patriarcal” podrían pensarse como debilidades u obligaciones por su condición de mujer (la maternidad, la falta de hinchada, la desjerarquización de los triunfos femeninos), transformándolas en situaciones de refe-

rencia para la construcción de resignificaciones en torno a nociones como la de “respeto”, “aguante” e incluso “equipo”.

Este capítulo pretende entonces mostrar cómo -a través de la identificación de rastros en recuerdos compartidos en torno al fútbol, negociaciones con los distintos roles que en su vida ocupan y elecciones colectivas acerca de cómo relacionarse con los distintos “otros” que han ido construyendo- ellas han podido presentarse a la comunidad como mujeres en movimiento dentro de un escenario tan fijo y preestablecido como lo es la tradición futbolera. Es decir, cómo sus subjetividades (los modos de pensarse a sí mismas) empezaron a resignificarse cuando ciertos contextos de recuerdos personales y privados devinieron textos comunes; es decir, relatos habilitados por las claves de interpretación con las que fueron iluminando -en articulaciones con el pasado- negociaciones en torno al “ser mujer”.

5.1. “Consejo: lo tomo o lo dejo”

Las anécdotas se construyen la mayoría de las veces dependiendo de quienes las escuchan. De hecho su carácter fundamental reside en la posibilidad de transmitir una vivencia, que ya sea individual o colectiva, será investida por la presencia de un otro que la escucha y a su vez se vuelve parte. La memoria entonces opera como una suerte de aguja de tejer, puesto que los recuerdos funcionan como redes para albergar trayectorias que a su vez se encuentran ancladas en realidades sociales y políticas determinadas.

En relación a esto, se me ocurre la analogía con un juego literario llamado “cadáver exquisito”, el cual consiste en que cada participante escriba una oración de una historia, doble el papel sobre sí mismo para ocultarla y se lo pase al compañero de al lado, quien continúa la escritura con una oración de su propia historia. Cuando el papel inicial termina su vuelta, aquel primer participante lo despliega y lee una historia que ninguno contó pero que todos construyeron. La analogía entre los procesos de memoria colectiva y este juego apunta a poner en relieve la certeza de los participantes respecto a la conformación de una historia compartida independientemente de los plegamientos y relatos individuales que la fueron construyendo.

En este apartado, entonces, me propongo reconocer las marcas del relato que, construidas como consejos o anécdotas, presuponen y crean contextos significativos o marcos de interpretación compartidos. Se trata de mostrar cómo estos marcos habilitan la formación de sentidos de pertenencia y de subjetividades al señalar claves de lectura para interpretar las conexiones entre los elementos de una trayectoria propia y los de hasta ese momento ajenas.

Connerton (1989) señala que para estudiar la formación de memorias sociales es necesario, en primer lugar, identificar y comprender los actos de transferencia que habilitan la posibilidad de recordar colectivamente. Para este autor, los actos, palabras e imágenes que traen consigo conocimientos del pasado son permanentemente incorporados a la vida de las personas a través de ciertas prácticas ritualizadas y hábitos asumidos en la cotidianidad. Los procesos de recuerdo se constituyen a través de los relatos en marcos interpretativos de la realidad.

Para esto, la memoria se constituye como una práctica social de transmisión que recurre a imágenes temporales y espaciales. Al respecto, Halbwachs sostiene que ciertos lugares físicos o momentos de la vida social se transforman en “mojones” que permiten a las personas enmarcar los procesos de memoria a partir de los cuáles recordamos. Ahora bien, a lo largo de esta investigación he ido reconociendo estos mojones que me permitieron comprender cómo se objetiva la memoria “de formas significativas para los procesos de interacción social” (Ramos 2011). Si recordar juntas implica la identificación de un “rastros” de una historia en común (Halbwachs 2004), las jugadoras lo encontraron en los recuerdos de sus infancias y sus inicios en el fútbol. En este apartado explico cómo este rastro deviene en el Index de un marco compartido de interpretación a partir de un fragmento que considero que condensa los sentidos más significativos que he ido reconociendo en sus recuerdos:

MB: ¿Cómo empieza su relación con el fútbol?

V: No empezó nunca, siempre estuvo. En casa se mama fútbol desde siempre.

Susana: Mi viejo nos hacía jugar a todos a la pelota. Si no te querías quedar afuera tenías que saber jugar bien al fútbol.

I: Es que es una forma de hacerse del grupo, de los amigos, y que te respeten

Susana: A mí me empezaron a respetar cuando se dieron cuenta que si me tenían de su lado metía goles [risas].

V: Te miran distinto si juegas sin pegar patadas. Si demostrás técnica te toman en serio. Ni a palos sos una marimacho. Sos una mina que sabe jugar a la pelota

MB: Entonces ¿Desde chiquitas juegan todas al fútbol?

V: Mi viejo nos enseñó a jugar para saber cómo hacernos respetar. Era un tipo muy abierto. (Bleger, notas de campo, 2014)

En este marco, la intervención del padre en relación al fútbol representa la manera en la que se trae al presente una historia de transmisión de consejos (McCole 1993 en Ramos y Kradolfer 2011) Ahora bien, el consejo del padre sugiriendo que “todos” jugasen al fútbol para demostrar el dominio de la pelota y así obtener una suerte de respeto puede ser entendido como uno de los mojones o Index históricos con los que ellas articulan las experiencias pasadas -de ellas como mujeres- y las presentes -de ellas como jugadoras de fútbol-. Como sostendré a continuación, los sentidos del “ser juntas” resultan de estos consejos aprendidos o heredados, desde los cuales las jugadoras orientan el devenir de su acontecer como equipo de fútbol.

Este extracto de conversación deja entrever cómo la fuerza de un consejo puede construir al fútbol como práctica homologable a la de obtener respeto de los demás. De este modo, en los relatos sobre la infancia que ellas rememoran, el fútbol suele aparecer como la vía aconsejada para llegar a ocupar un posicionamiento socialmente valorado como mujeres: “Mi viejo nos enseñó a jugar para saber cómo hacernos respetar”, “Te miran distinto si jugas sin pegar patadas”, “Sos una mina que sabe jugar a la pelota”. La idea implícita y compartida que recorre ese diálogo (que podría pensarse como “somos mujeres y no nos pueden meter goles”) adquiere sentido en la comparación de las habilidades de unos y otras para jugar al fútbol; en otras palabras, es en el borramiento de la diferencia a través del juego -y de un juego concebido como masculino- que la mujer puede impugnar los estereotipos que suelen presuponer asimetrías de género.

La posibilidad de ser respetadas, tal como aparece en los consejos transmitidos, depende de hacerse evaluar por la “vara” de la capacidad futbolera. Y este es el sentido que adquieren los relatos de la infancia en los que ellas despliegan sus antecedentes en la práctica de jugar al fútbol: “A mí me empezaron a respetar cuando se dieron cuenta que si me tenían de su lado metía goles [risas]”.

La imagen de la jugadora niña que metía goles frente a la mirada de los hombres (padres u otros) opera como un Index histórico, en los términos de Benjamin (ver el capítulo 1, apartado 2.1.c. de la presente tesis). Como Index, esta imagen tiene el potencial de articular el pasado (“cuando éramos chicas”) y el presente (la conversación desde la cual esa imagen de la infancia se hace legible para el grupo) con la fuerza de un consejo o mandato. Y, para estas mujeres, el consejo o mandato heredado consiste en “hacerse respetar”. Puntualmente, es en conversaciones como esta donde se sintetiza el Index con el que ellas presuponen y recrean los marcos comunes de interpretación de sus trayectorias barriales como mujeres. Parto de la idea de que no todo es memoria en todo momento, sino que la misma se constituye como tal a medida que se comparten y transmiten esos Index que hacen posible articular experiencias como conocimiento del pasado. Así, sostengo que el consejo de hacerse respetar a través del fútbol -como forma privilegiada de hacerlo- habilita sus recuerdos como memorias comunes y organiza las experiencias en una clave de lectura compartida.

Ahora bien, como ya se viene trabajando a lo largo del libro, los diálogos de otras personas en los que las jugadoras son el tema, suelen referir a ellas a partir de comparaciones con los hombres y en comparación con otros equipos barriales. En principio, el mandato heredado pareciera presuponer un argumento comparativo similar: “tenés que hacerte respetar, y para eso el camino es parecerse a los hombres”. Pero cuando este recuerdo aparentemente individual es seleccionado como

Index de interpretación de sus biografías y como orientador de su proyecto de armar un equipo de fútbol femenino, desafía la necesidad de parecerse a los hombres para ser respetadas y la imposibilidad de ser mujeres en sus propios términos.

En los siguientes apartados trabajaré esta subversión mencionada a través del análisis de dos prácticas en particular: las jugadoras siendo madre y las jugadoras siendo hinchada. Será a partir de esta multiplicidad de roles y de la aparente experiencia de desigualdad, o de los lugares naturalizados de subordinación que se observará el pasaje hacia un lugar propio de respeto y de construcción de su ser juntas.

5.2. De chiquito yo te vengo a ver

*“Desde chiquito yo te vengo a ver y me persigue la policía
no sé hasta cuando me van a correr, no se dan cuenta que vos sos mi vida.”*

“Vamos Virgen, hay que poner más huevo porque esta hinchada, quiere salir campeón de nuevo”. (canción de hinchada)

Los grupos se apropian de los Index una vez que los reconocen compartidos y, con ellos, interpretan el curso de la historia en la que participan. En ocasiones, estas interpretaciones irrumpen los cursos predecibles de ese acontecer proponiendo formas novedosas de orientar los sentidos de sus acciones colectivas. Las mujeres del equipo realizan estas apropiaciones de acuerdo con sentidos propios y bajo necesidades y circunstancias relacionadas con sus propias biografías.

La idea de respeto analizada anteriormente conecta experiencias comunes en un “nosotras” desde el cual hablan las jugadoras de Arco Iris. Ellas suelen ser definidas a los ojos de los varones del barrio como una copia del deporte que por excelencia en nuestro país ha sido masculino. Sin embargo, este colectivo de mujeres ha logrado ser más que eso, puesto que subvierte mediante su presencia en la cancha las comparaciones impuestas, y se define -en el sentido subversivo de Butler (2005)- como una “copia infiel de la original”. Infiel en tanto y cuanto se estilizan los deseos de respeto mediante comparaciones muy diferentes a las que propone el discurso dominante. Alentadas, a través del encuentro como equipo, ellas construyen un relato colectivo donde la desujeción se enviste de los mismos vocabularios y reglas del fútbol.

Ahora bien, desde este nuevo marco de interpretación se empiezan a hacer visibles situaciones que solían permanecer cubiertas bajo un manto de naturalidad. Lo que me gustaría mostrar es que, para el caso de las mujeres de Arco Iris, la particularidad de estos cambios de percepción no reside en hacer visible cierta desigualdad para denunciarla, sino en hacerla visible como una práctica representativa y valorada

de su ser juntas. Y lo más importante, que en ese énfasis reside el potencial cuestionador de sus posicionamientos como mujeres que juegan al fútbol.

M. se acercó a Joaquín quien se había tomado todo el jugo esperando que pase el primer tiempo y le pidió que no vaya a los juegos mientras ella jugaba así le iba a ser más fácil concentrarse. J. con dos años pareció entender a la perfección ese pedido y durante los siguientes 45 minutos se quedó sentado viendo a su mamá jugar y meter goles. Era imposible no gritar, no alentar. No paraban de meter goles. Cuando finalmente el silbato sonó, todas se abrazaron en la cancha. M., que había sido la goleadora del equipo, se acercó corriendo a abrazar y besar a Joaquín. “No seas pecho frío y anda a festejar con tus compañeras” le dijo D. a lo que ella respondió “Él es mi hinchada, el que me banca los partidos y las pasiones” Sus compañeras corrieron hacia el lugar donde ella estaba y la abrazaron y despeinaron toda. Dos de ellas se acercaron a Joaquín, se lo pusieron en los hombros y corriendo por la cancha gritaban dale campeón... dale campeón... (Bleger, notas de campo, octubre de 2015)

Las tensiones entre la fortaleza y la debilidad que hacen a la condición de ser madre una práctica representativa y valorada se evidencian en este extracto de mi diario de campo y comienzan cuando la jugadora corre separándose del grupo para abrazar a su hijo. Entiendo que en ese encuentro quedan en evidencia la serie de no eventos que ellas fueron resignificando para abonar el ser juntas/ser equipo del que venimos hablando. De alguna manera M debió explicar y justificar por qué ese abrazo era una celebración. Se vio obligada a construir un epílogo del abrazo (“Él es el que me banca”) que diera cuenta de la inauguración de nuevas formas de festejo. Evelyn dio un nuevo sentido a la tarea de cuidar a su hijo aquel día -para el que tanto había entrenado- pudiendo encontrar, en este hecho, la posibilidad de tener un espectador significativo en vez de una “dificultad o distracción”. En esta misma dirección, la supuesta distracción de no estar atentas a lo que ocurre en la cancha fue adquiriendo otros sentidos. Saber jugar al fútbol y concentrarse en el juego implica también mirar, como lo hizo Evelyn, hacia el costado donde su hijo jugaba cerquita de la cancha. En parte porque todas las jugadoras asumieron la responsabilidad de mirar para afuera del campo de juego cuando advertían que un golpe podía estar pronto a sucederse. De hecho expandieron los perímetros que un partido de fútbol propone haciendo que el área chica (“no saquen la mirada del área chica cuando ataquen”)²⁹ llegase hasta los juegos de aquella plaza improvisada.

Hay en esta anécdota una intencionalidad de cambiar el curso de la historia. Esta mujer que es jugadora y madre está tomando aquel consejo de padre analizado anteriormente pero lo está reactualizando de alguna manera en el recuerdo que creará a los ojos de J. Esas que juegan son mujeres que se hacen respetar y además meten goles. Para ese niño, la idea de respeto se construye con los besos, la comprensión, el

²⁹ Frase utilizada por el entrenador en varios de los entrenamientos, que hace referencia a la posibilidad de realizar un gol.

apoyo y la mirada solidaria y compartida de esas mujeres. Porque que las mujeres sepan jugar al fútbol para él no es materia de discusión.

En la frase “él es mi hinchada” resuena la necesidad de aprobación y apoyo. Garriga Zucal (2005) cuenta en sus trabajos sobre las hinchadas de fútbol cómo los integrantes de la misma las definen como espacios donde la fidelidad y el fervor están siempre presentes. Me pregunto cuánto de eso tiene J. consigo. Y sin embargo cómo la simpleza de esa justificación que mediaba el abrazo entre M. y su hijo bastó para que el entrenador no le pidiese nada más. Un componente fundante del fútbol como lo es la hinchada, había servido de capa y espada para que la mirada de un niño de dos años y el abrazo a su mamá no se perdiese en la “banalidad de la ternura” o en construcciones machistas como “amor maternal”.

El no evento constituido como la experiencia de la desigualdad por ser mujer se transforma en hito gracias a los accionares de solidaridad colectiva. En la escena detallada más arriba nadie de los que circulaban alrededor de la plaza lindante a la cancha se preguntó quién cuidaba al niño en cuestión, porque se daba por sobreentendido que alguna de las mujeres que jugaba dentro de la cancha era su madre y como tal debía de estar cuidándolo. De nuevo esto responde a geografías de poder más amplias: nunca se ha escuchado en los eventos donde un niño sale corriendo inapropiadamente la expresión: ¿Dónde está el padre de la criatura?... Pero infinita cantidad de veces hemos escuchado y hasta dicho: ¿Dónde está la madre de la criatura? Sin embargo en el momento en que Evelyn expresa que ese niño estaba siendo hinchada y no su hijo solamente, le asigna a él un doble rol. Y con esta frase ilumina y actualiza tensiones que se entretujan en geografías de poder más amplias que legitiman el tiempo libre de unos por sobre otras, así como la importancia de “la hinchada” de un equipo por sobre la de otro.



Figura 5.1. Celebración.

5.3. Plegando resistencias

Deleuze (1990) se pregunta por el lugar de la resistencia en los procesos que escapan de lo previsible desde el discurso hegemónico. Se presenta entonces aquí el equipo de fútbol femenino como el componente que escapa de lo esperable en la trama barrial y su relación con el fútbol. Asimismo, y con la intención de revisar estas resistencias y procesos de resignificación propuestos al comienzo del capítulo, siguiendo estos conceptos he decidido analizar cómo las mujeres del equipo crean sus propios marcos de interpretación al internalizar de modos creativos ciertos contextos impuestos del “afuera” (del barrio y de la cancha).

Ahora bien, este “adentro” (donde se subjetiva la experiencia compartida de ser una jugadora de fútbol) no es esencial, sino que es el resultado de incontables procesos de interiorización del afuera (a los que Deleuze 1990 denomina “pliegues”). Puntualmente me interesa analizar cómo estos pliegues han devenido, de formas no esperables, en herramientas colectivas para resistir. Como en el juego del “cadáver exquisito” anteriormente descrito, el resultado colectivo de estos plegados resultó en un texto con capacidad de generar subjetividades y prácticas que (al no ser el reflejo directo de ciertas subjetividades impuestas por el poder sino una articulación novedosa de estas) han puesto en valor movimientos que el discurso hegemónico no detecta. Lo sorprendente entonces es que, a diferencia de la idea de una resistencia que denuncia y exige la atención para revertir ciertos mandatos, estas mujeres han decidido transitar los replegamientos colectivos eligiendo por quienes ser vistas;

Después de la victoria tan esperada, jugando este partido de visitantes, la sensación de fiesta empezó a desvanecerse rápido [muy] cuando todas necesitaban saber cómo se volverían al barrio. “¿Cuántas entramos en el auto de Maru?... dale dale no tarden que quiero llegar a ver un poquito” L. comandaba la retirada, mientras se ponía unas calzas negras, una vincha, se acomodaba el pelo y se llenaba de desodorante. Cuando vi que había que apurarse no quise ser menos y también empecé a hacer lo mismo sin dejar de preguntarle al entrenador, quien se reía de la situación, por qué estábamos tan apuradas. “Están jugando la primera en el barrio y ellas quieren verlos... además pueden decirles que ganaron”. Sin saber muy bien cómo, en diez minutos mi auto se había transformado en una combi, porque llevaba siete personas y por supuesto los dos niños con los que había llegado en un primer lugar. En el auto se peinaban, hablaban todas juntas de lo increíble que había sucedido. “Mi marido siempre que lo llamo cuando terminamos de jugar me pregunta si perdimos, y hoy el muy guacho adivinó. Me dijo ¿qué se siente ganar?” contó D. “D. no lo va a poder creer cuando se lo digamos, valió la pena tanto entrenamiento” dijo L. que seguía arreglándose el pelo en la parte de atrás. Llegamos al barrio y las banderas de Arco Iris rodeaban la cancha. Me fue inevitable comparar esa hinchada que reunía a todo el barrio con la imagen del aliento improvisado que hacíamos G., los tres niños y yo. No estoy segura de que las chicas lo hayan notado. Se me escapó y antes que se alejen lo suficiente entre los vecinos del barrio que se amontonaban para ver el espectáculo, les grité “¡cuéntenles a todos que ganaron 5 a 1!” “¿A qué todos?” me respondió María riéndose y apurando el paso para llegar a ver los últimos 10 minutos del partido que la primera masculina perdería por uno a cero. (Bleger, notas de campo, noviembre de 2015)

La capacidad de transformarse todas al mismo tiempo, me hizo por un momento pensar en que dejaban de ser equipo para pasar a ser hinchada. Sin embargo las decisiones que allí se tomaron en relación a los tiempos, la previsión sobre quién tenía un delineador, o la necesidad de desodorante compartido me hicieron entender que la reconfiguración no tenía que ver únicamente con los lugares no habilitados que circulaban. Sino más bien con la construcción de circularlo redefiniendo la noción entera de ser equipo.

Los dobles que constituyen a cada una y a todas como equipo las hacen reconocerse aun fuera del campo de juego. De alguna manera de un equipo se espera cierto grado de comportamiento, o incluso de autoreferencia al ingresar al club al cual pertenecen luego de una victoria: "Están jugando la primera en el barrio y ellas quieren verlos... además pueden decirles que ganaron". Pero estas mujeres eligieron estratégicamente no aparecer respondiendo a la idea de equipo que se tiene e irrumpir en la hinchada como un colectivo. Asimismo la pregunta sobre a quiénes les iban a decir de su triunfo podría asociarse a la idea de que a nadie le importase. Pero no es esta la lectura que la realidad me permite hacer. Ese "¿A qué todos?" marca una manera de plegar los afuera y relativizarlos con sus adentro colectivos. Hay una suerte de código que se establece, una clave de lectura compartida que pareciera mostrar un disfrute por manejar una información que el resto o los otros no tienen. Ellas, las mujeres, ganaron.

Siguiendo con esta línea es interesante mostrar la existencia de formas relativamente estables de plegamientos construidas colectivamente. Formas donde se visibiliza la capacidad de apropiación de este colectivo de mujeres de concepciones, prácticas y sentidos planteados desde los discursos hegemónicos para -a través del intercambio con otros- ir construyendo modos particulares y creativos de plegarlos. Y, a partir de estos modos, pudiendo interpretar experiencias pasadas en las trayectorias de cada una de ellas pero desde un presente particular.

Con el cambio de vestuario las chicas marcaron que el espacio de ellas como jugadoras había terminado. Empezaba el de ellas como amigas, hinchada, madres, esposas y novias. Plegaron juntas y desplegaron nuevos roles. Lo novedoso es que aun pareciendo ser roles aislados e independientes, todas seguían teniendo las medias del equipo puesta. En la tribuna se juntaron con otros pero ellas eran inconfundibles. Allí se las distinguía. Me di cuenta entonces que en el funeral (relatado en la introducción) no las había podido encontrar porque la imagen mental que yo tenía de equipo respondía a una preestablecida desde el discurso hegemónico. En estas mujeres el movimiento, los límites con sus fronteras, la circulación por lugares que no parecían estar habilitados, la reactualizaciones de sentidos y la elaboración de Index que ha iluminado nuevas formas de garantizar el respeto las hicieron un equipo.

Ahora, después de tres años de investigación me es imposible no verlas colectivamente aun cuando estuviese hablando solo con una de ellas.



Figura 5.2.: Siendo juego y bandera.

5.4. Plegando el ser juntas

Como se viene trabajando a lo largo de este libro, los relatos y sus diferentes tipos de niveles me han permitido ir entendiendo los distintos grados de subjetivación y reconocimiento al interior del colectivo de mujeres. Ahora bien, hay en los relatos una forma de asumir un entretejido compartido -ya sea en los recuerdos como el consejo del padre, en la construcción espacial que conlleva la ubicación de La Caldera, o incluso en los distintos recorridos que realizan para llegar a los entrenamientos- que al verbalizarlos se vuelven “comunes” o al menos similares. Sin embargo, hay también otra forma de compartir o hacer notar la presencia de un pasado en común o la construcción de un presente que aloje ese devenir de memorias y olvidos que las conversaciones dejan entrever. Esta otra forma está constituida por los silencios. Dwyer (2009) se pregunta sobre la ausencia de relatos sobre algunos temas, proponiéndose separar si estos silencios son falta de interés o si constituyen en sí mismos espacios políticos y culturalmente significativos que sirvan para tensionar determinados discursos establecidos de manera hegemónica.

MB: *¿sentís que te sirve para algo más que el deporte venir a jugar a la pelota?*

V: *[risas] a veces me olvido que es un deporte. A mí me salvo de los peores momentos que me tocó vivir*

MB: *¿Las chicas te ayudaron o el fútbol?*

V: *El fútbol no es fútbol sin las chicas. Fueron ellas las que me alentaron, me hincharon las pelotas para no bajar los brazos. Cuando te encontrás con un grupo que te mira y sin decir nada ya saben ponerse en tu lugar. No lo soltás más. -bah...no te dejan soltarlo. (Bleger, notas de campo, mayo de 2014)³⁰*

Este extracto de conversación lo uso a modo de ejemplo para referir a muchas otras situaciones de campo donde también el silencio parece habilitar una forma de plegar. Entiendo, en principio, que el reconocimiento de estos silencios como algo compartido entre ellas actualiza un sentimiento común de confianza.

La posibilidad o el derecho que esa confianza genera, y que ellas sintetizan con la expresión de poder “ponerse en tu lugar”, refieren a ese lugar que ellas fueron deslindando en sus movimientos. El silencio comienza a operar como otra forma de relato en el momento en el que se vuelve material para la negociación de determinadas situaciones. En el caso del extracto del diálogo se estaba haciendo alusión a una situación específica que generaba mucha angustia en la jugadora, así como la imposibilidad de volverlo visible o audible para el resto de los allí presentes. De hecho, la idea del no evento constituido en la experiencia desigual de ser mujeres en un contexto pensado como masculino está plagada de cosas no dichas. No solo entre sus propios diálogos sino en “el paisaje comunicativo” con otros. La anécdota contada y analizada en el apartado anterior de las jugadoras transformándose en hinchada de la primera masculina y decidiendo no irrumpir con su triunfo la escena donde otros eran considerados más protagonistas que ellas, revela un silencio y una elección del momento de compartir información mucho más planificado y meditado que la simple espontaneidad de un suceso. Este silencio, siguiendo a Dwyer (2009), habla memoria. Puesto que inunda a la hinchada con un conocimiento que solo las mujeres allí presentes saben. Y sin embargo las vuelve a colocar en un segundo plano de importancia respecto a lo que en el barrio estaba sucediendo. Será al día siguiente más importante en el relato colectivo la derrota de la primera masculina que el triunfo de Arco Iris Femenino.

Ahora bien, este silencio elegido -con el que pliegan sus sentidos de hinchada y sus movimientos al entrar al barrio- habilita de alguna manera una forma casi secreta de construir una idea del “nosotras” que se lleva a cabo en el marco particular del silencio y de la complicidad de saberse poseedoras de un triunfo. Desde este ángulo, el silencio es pensado por Dwyer (2009) no simplemente como la ausencia de

³⁰ Conversación informal con una de las jugadoras, volviendo de un partido.

discurso, sino como un facilitador para la construcción de herramientas que permiten vehicular maneras de desafiar lo esperable por el poder.

Hay una forma de subversión de lo esperable en la acción de no compartir la victoria con el resto del barrio y de actuar el silencio en modos de circular, de comportarse corporalmente y de transitar determinadas emociones. Hay allí una fuerza intrínseca que podría ser entendida como sumisión. Pero que, con el tiempo y las cotidianidades compartidas, se me revela en su fuerza de colectivo y de elecciones premeditadas (incluso cuando eligen interpretar un papel en apariencia secundario). A lo largo de la investigación fui entendiendo estas acciones -con las que se conjugan relatos, silencios, valores y protagonismos- como resistencias; en otras palabras, como modos de subjetivar juntas sentidos creativos de pertenencia: todas las jugadoras se saben parte del equipo, se reconocen como hinchada, se escuchan como madres, se construyen como mujeres de un barrio determinado y se celebran los recorridos con sus coreográficas paradas y deslindes.

Será a través de piques cortitos y gambetas que estas mujeres se adueñan de la posibilidad de marcar un ritmo que las encuentre en movimiento. Y es justamente en esa posibilidad donde la itinerancia subvierte ideas estáticas y donde reside el potencial político de pensarse juntas como equipo.

CONCLUSIONES

Para concluir el libro me propongo aquí poner en primer plano el argumento que lo constituye y el que ha ido estructurando la organización de estas páginas. Para eso, me propongo describir y analizar cómo se fue construyendo el mismo en la medida en que ciertas cuestiones que pudieron haber parecido los puntos más débiles al comenzar con la escritura de este trabajo se fueron transformando en las herramientas que me permitieron traducir las tensiones entre lo vivenciado en el campo y el proceso simultáneo de “escribir analizando”.

Mis notas de campo estaban llenas de pequeñas acotaciones, percepciones y descripciones densas de situaciones que parecían no constituirse como los acontecimientos fundantes o ceremoniales característicos de las grandes etnografías estudiadas a lo largo de mi carrera. Incluso cuando la teoría me servía para ponerlas en tensión empecé a darme cuenta que no era en las situaciones reconocidas -con las que conformaba la escena- como “importantes o trascendentales” las que de verdad me mostraban la trama de lo que mis interlocutoras me iban marcando. Sino más bien aquello que juntas fuimos descubriendo como naturalizaciones de su quehacer cotidiano y un posible cuestionamiento a ciertas rutinas o modos de organización que parecían -para todas nosotras- incuestionables.

Al comienzo de esta investigación mis observaciones y el posterior trabajo con los datos construidos respondieron a un pensamiento intuitivo de algunos eventos que se iban desarrollando. Es decir, a partir de distintas conversaciones y observaciones empecé a tejer redes y tramas que se reforzaron o disolvieron a lo largo de estos dos años. En parte lo que comenzó a moverse dentro de mí fue la necesidad imperiosa de etnografiar aquella intuición hasta convertirla en un problema de investigación.

Para eso me permití construir a partir de extractos de relatos o entrevistas un argumento que diera cuenta del proceso que atravesó esta investigación. Un proceso que fue sufriendo modificaciones y cambios de ópticas. Y que empecé a reconocer como etnografiable en el momento en el que las mujeres del equipo me permitieron acompañarlas no solo en encuentros circunscriptos a los entrenamientos, sino a tra-

vés de los distintos movimientos y trayectorias que este grupo de mujeres propone para habitar el espacio.

El libro se organiza entonces en distintas instancias de análisis. Parte de un trabajo de reconstrucción de la historia del Barrio Virgen Misionera en los términos que las mujeres -del equipo o ajenas al mismo- deciden contar. Sigue con el reconocimiento de los recorridos, negociaciones y lugares que deben llevar las mujeres del equipo consigo para encontrarse en los momentos de entrenamiento. Para profundizar en el análisis de los relatos que habilitan por un lado la identificación de ciertos pasados compartidos y, por el otro, la posibilidad de iluminar las nuevas formas de posicionarse en el presente que estas mujeres llevan a cabo.

Asimismo, en estas distintas instancias he intentado remarcar, por un lado, el papel fundamental del movimiento para pensar la identidad de este colectivo de mujeres. Y por otro lado, aunque enmarcado en esa misma concepción de movimiento, la capacidad colectiva de deslindar juntas moradas de apego y atravesar “a lo largo” espacios lindantes de modos estratégicos. Es en esta capacidad colectiva donde me concentro en estas conclusiones: en la identificación de las estrategias afectivas que este colectivo de mujeres construyó para reconocer colectivamente la fuerza intrínseca de su “ser juntas”. Esta capacidad colectiva, que profundizo en el capítulo cuatro al relatar la transformación de las “mujeres jugadoras” en “mujeres hinchada”, no fue evidente para mí desde el primer momento. De hecho, devino en el principal desafío para la construcción de este libro explicar etnográficamente en qué consistía esa fuerza que no era vista o entendida como tal.

Esta tarea se volvió desafiante puesto que las formas en las que las mujeres del equipo se empoderan cuando están juntas no responde a lo que desde algunos pre-conceptos yo podría haber identificado como la presencia de una fuerza compartida, es decir escapan de las formas hegemónicamente visibles de resistencia, participaciones públicas o discursos organizados. Más bien, esta fuerza radica en la posibilidad de distinguir los no eventos, hacer hablar a los silencios y visibilizar ciertos recorridos que hasta al momento de compartirlos parecían tener un carácter individual, solitario, y hasta coyuntural.

Este desafío del que vengo hablando implicó la revisión de ciertos presupuestos teórico-metodológicos, incluso ideológicos con los que realice mi ingreso al campo: en primer lugar, la manera de concebir la opresión hacia la mujer y las ideas para liberarse de dicha opresión. En segundo lugar, la imagen que tenía sobre los discursos feministas en relación a las audiencias disponibles. En tercer lugar, el ideal de poder circunscribir una unidad de análisis al recorte espacial y temporal que yo propusiese. Y en cuarto lugar, la suposición de poder trabajar con categorizaciones es-

tancas frente a la realidad de haberme encontrado con un grupo en movimiento. En estos cuatro puntos me detendré a continuación.

Dime quién te oprime y te diré quién eres

La opresión hacia las mujeres es uno de los temas más en boga dentro de la antropología feminista. Empapada de esa lectura me vi tentada a clasificar eventos como marcas o signos de opresión (Mohanthy 2008). Para empezar, la condición de pertenecer a un barrio caracterizado por los sectores circundantes como un foco de inseguridad las colocaba a ellas -desde mi imaginario o prejuicio- en una suerte de estado de “riesgo coyuntural”. Esta fascinación que tiene la academia de demostrar las formas de opresión muchas veces predispone el escenario de tal manera que son los mismos trabajos científicos los que funcionan de manera opresiva. Es decir, a través de la construcción de una imagen “oprimible” aun cuando los grupos o sujetos de los que hablan no se sintieran en esa condición.

En el imaginario social un grupo de mujeres jugando al fútbol rodeadas por hijos -que demandan su atención- remite a cierto grado de vulnerabilidad, en tanto y en cuanto no parecieran ser poseedoras de un tiempo libre. Ahora bien, hay en esta pre-conceptualización un borramiento de las propias construcciones que las mujeres de este equipo realizan al ir acompañadas por sus hijos. “Él es mi hinchada, el que me banca todos los partidos” decía en el abrazo de aquella victoria relatada en el capítulo cuatro por una de las jugadoras. Hay de alguna manera una deconstrucción de la idea de materner. Se ha generado del hecho de ser madre la construcción de un evento. Potenciando y revirtiendo su condición prejuiciosa de “ser madre sola” a una idea de la maternidad compartida. Donde la mirada y el cansancio se hablan y se negocian. Se justifican en los entrenamientos y se reconoce en las victorias del equipo. Desde una lectura descontextualizada del equipo de mujeres, estas dos características (pertenecer a un barrio y la condición de ser madre) podrían haber sido señaladas como potenciales características de un grupo oprimido, pero a partir del análisis etnográfico, han sido entendidas como insumo para la construcción de una fuerza que las identifica y las pondera por sobre otras mujeres en su contarse compartido.

Nada de copia fiel: autoría de la buena

La presencia de los hombres mirando los entrenamientos o compartiendo la pertenencia al club muchas veces me tentó a pensar cuánto les importaba a las mujeres esta mirada sobre ellas. O si acaso las interpelaba o condicionaba para definirse a ellas mismas a partir de esos otros (hombres) tan protagónicos en un deporte cultu-

ralmente masculinizado. Sin embargo, lo que empecé a descubrir fue que las mujeres de este equipo, aun partiendo de esa comparación para definirse, fueron construyendo sus sentidos de pertenencia a partir de reflexionar y poner en cuestión la idea misma de ser pensadas “en comparación con”.

Arco Iris femenino se compara con esos otros varones, pero se niega a definirse a partir de esta diferenciación. De manera inesperada, ellas definieron al equipo en sus propios términos. Y con esto inauguraron, para mí al menos, otra manera de construir un discurso capaz de resistir ciertos mandatos sociales. Puesto que la comparación habitual y opositiva se transforma en parodia, por lo tanto se cuestiona el fundamento propio del empoderamiento de la mujer como oposición al hombre. Se trata de un discurso creativo donde la mujer se cuenta a sí misma incluso poniendo en valor lo que en las comparaciones habituales suele referirse como desventaja: “A ver si te bancas vos parar la pelota con los huevos” comenta una de las jugadoras en el extracto del capítulo tres resistiendo lógicas de un entrenamiento que responde a estrategias corporales fisiológicamente masculinas. O cuando a través de conversaciones realizan una re-significación de la receta -heredada en un consejo- para la obtención del respeto.

De algún modo, ellas pueden hacer esta inversión de valores porque la comparación tal como suele ser usada (“copia de algo”) aquí es cuestionada. No se parte de la idea de un modelo original. Sino que se constituyen a partir de la novedad del encuentro.

En suma, la importancia política de debatir la necesidad de un principio comparativo para la construcción de una definición radica en la visibilización por parte de ellas de nuevos sentidos de ser juntas.

Más allá del área chica

Al comenzar la investigación y con el afán de circunscribir mi objeto de estudio a un espacio-tiempo acotado, supuse que mis observaciones se reducirían a los entrenamientos y partidos que el equipo realizase. Fue en el acontecer de los días cuando empecé a visualizar que el evento lugar era más amplio que lo que sucedía en el horario establecido por el encuentro.

Fue en el movimiento entre un lugar y otro donde se produjeron hitos y vivencias que, al reconstruirlas, se descubrieron compartidas: las corridas a la escuela, la pertenencia a otros espacios sociales, las negociaciones respecto al tiempo libre, las relaciones laborales y el cuidado de los hijos. Lo que me resultó más novedoso de

este colectivo fue la forma de apropiarse del entramado de lugares por donde circulaban.

Cada parada significa un cambio de rol, una asunción de nuevos públicos e, incluso, un cambio de vestuario. No fue tanto en un posicionamiento estanco sino en el mismo movimiento donde ellas se encuentran juntas, y donde terminé por identificar sus modos de desujeción de lo establecido o determinado.

Sumando en movimiento

Desde mi primer entrada al campo me di cuenta que esta sería una investigación donde el estudio y la reflexión en torno al “ser mujer” iba a ser transversal para el análisis de distintas situaciones. El primer intento se tradujo en la realización de una sumatoria de características que articulaban esa posibilidad en clivajes de género, etnia, clase social, estudios alcanzados, estado civil y constitución familiar. Pero fue nuevamente el campo y a través de las conversaciones con mis interlocutoras que esta noción “acumuladora” de características (con la que yo pretendía analizar lo que iba viendo) se puso en juego.

En parte porque el aislamiento de cada característica no reflejaba la capacidad de articularlas con las que cada una de ellas construía sus relatos del yo.

Las mujeres del equipo no construyen identidad como articulación de roles fijos (madre, esposa, vecina de un barrio marginal, jugadora de un deporte masculino, hija, estudiante, etc.) sino que definen su ser juntas en la medida en que con sus tránsitos deslindan esos roles de modos particulares y a través de estrategias colectivas. Es en el movimiento donde ellas se encuentran: en la combinación de ritmos y silencios y en la certeza de que cada una está habitada por muchas. Y, que a la vez, todas ellas juntas hacen un solo equipo.

Palabras finales

Es muy difícil escribir conclusiones sin generar más preguntas o querer justificar por qué han quedado aristas sin profundizar o sin resolver. En parte porque desde que realicé esta investigación y se ha concretado la publicación del libro han pasado algunos años. Y estos han venido acompañados de nuevas experiencias en el aprendizaje de construir conocimientos con otras. Si bien me he planteado realizar un desglosamiento de mis mayores presupuestos al momento de entrar al campo, para desde allí poder darle un trasfondo de continuidad al argumento de este libro,

considero que es importante al menos intentar delinear algunas reflexiones finales en torno al grupo con el que tuve la oportunidad de trabajar.

Las jugadoras de Arco Iris se han constituido para mí como un espejo de muchas situaciones que en las coyunturas cotidianas atravesamos las mujeres. Me han ayudado a entender a través de su itinerancia la importancia de no ser cómplice de una academia que genera estudios estáticos y reflexiones basadas en la naturalización de una asimetría epistémica. Este grupo de mujeres desafió los “lentes teóricos” con los que había aprendido a mirar el campo durante mi formación universitaria, puesto que sus desujeciones muchas veces estaban investidas en la capacidad de incomodar a quienes las mirasen respondiendo a ciertos mandatos -la mayoría de las veces heteronormativos, occidentales y de clase- que operan en el sentido común. Hubo algo en sus comportamientos y maneras de permitirme ir ingresando al campo que me obligó a llamarme a la coherencia en el modo de contar su historia, que fueron muchas al mismo tiempo.

He comenzado diciendo que la investigación fue pensada desde el principio como la construcción de un argumento. Sin lugar a dudas lo que trata de sostener este trabajo es la posibilidad de encontrar en escenarios inimaginados la construcción de proyectos políticos.

Ahora bien, para poder entender esto será imprescindible entender el encuentro y lo político como conceptos a problematizar. Es en ese proceso donde la academia es invitada a incomodarse.

Estas mujeres han resignificado las ideas de opresión, de tiempo libre, de maternidad, e incluso de protagonismo. Y, casi consecuentemente con esto, han logrado parodiar grandes discursos patriarcales pudiendo reconocerse como mujeres disputando algo que les es suyo por derecho: el fútbol.

EPÍLOGO

TIEMPO DE DESCUENTO

Tal como cuento a lo largo del libro el mismo se desarrolló en el marco de mi trabajo de campo para la obtención de mi título de grado en Antropología. Pero antes y después de lo que duró ese proceso los vínculos afectivos para con muchas de las mujeres que conforman este equipo y las personas que habitan en el Barrio Virgen Misionera siguieron creciendo. A los tres meses de terminar de escribir ese trabajo el despertador sonó muy temprano aquel domingo. Fui con un nudo en la panza a ver la final de la liga que enfrentaba a un equipo con Arco Iris Femenino. Esta era la primera vez que el equipo llegaba a una final. Hacía semanas que sólo se hablaba de ese momento. El día anterior una de las chicas me había confesado en la puerta de la escuela que hacía dos días no podía dormir por los nervios que sentía “necesito que sea el domingo porque no puedo ni comer, ni dormir, ni pensar, ni ser yo siendo todo lo que soy sin ser fútbol”. El domingo llegó y ninguna de nosotras podía creer la cantidad de gente que había ido a verlas. Ese día hubo banderas, bombos y bengalas. La hinchada estaba conformada por sus familias y amigas que se habían acercado hasta esta cancha donde varios partidos se daban en simultáneo. Todavía siento en el cuerpo la emoción de salir al campo de juego con ellas, sin separarme de mi cámara que intentaba registrar los momentos de un día que pasaría a la historia del club, del equipo y de mi propia biografía. Todas estaban hermosamente vestidas con los colores verdeamarillo, no faltaba ningún accesorio en el conjunto esta vez. Los hijos e hijas que solían reclamar atención de sus madres durante la entrada en calor parecían no necesitar nada más que verlas ganar y estaban paraditos al costado de la cancha envueltos de banderas y camperas que por vez primera ellos solos se administraban.

El partido fue agotador. Las contrincantes tenían experiencia en finales y conformaban un equipo homogéneo en edades y talentos, ninguna superaba los treinta años y quienes estaban en el banco permanecieron allí, inamovibles, durante los 90 minutos que duró el partido. Pero nuestras pibas, de las que he buscado contar sus frenadas, atajos y devenires eran la magia de la heterogeneidad encarnada. Eran nervios y pasiones que ni siquiera rozaron ese banco de suplentes que no las alojaba. Quienes no corrían la pelota alentaban al resto desde afuera, girando en torno al en-

trenador comentando cosas, gritando y enojándose cuando algo de lo que veían no les gustaba.

“Esto se va a definir por penales” me dijo la histórica I que con sus más de sesenta años había fundado el equipo e inaugurado ese partido desde el medio de la cancha haciendo un pase impecable a su nieta que coronaría el 1 a 1 que las llevo al empate del minuto 75.



Figura 7.1. El aguante.

Ese domingo dieron la vuelta por la cancha con la copa en alto. Las chicas de Arco Iris Femenino salieron campeonas por primera vez en la historia del club. Las fotos del inicio y del final de este libro son de ese día. En parte como un homenaje a ellas que me enseñaron otras formas de resistencia y solidaridad. Grandes maestras de la perseverancia, el aguante y la alegría de saber que las mejores victorias son las compartidas.

BIBLIOGRAFÍA

- Bauman, R. y Briggs, C.
1990 Poetics and performance as cultural perspectives on language and social life. *Annual Review of Anthropology*, 19: 59-88.
- Benclowicz, J. D.
2012 Migración chilena, pueblos originarios y discursos sobre Bariloche: reflexiones en torno a las representaciones hegemónicas en la historia reciente. *Estudios Trasandinos*, 717: 83-96.
- Benjamin, W.
1967 *Ensayos escogidos*. Sur. Buenos Aires.
- Blaser, M.
2013 Ontological conflicts and the stories of peoples in spite of Europe: towards a conversation on Political Ontology. *Current Anthropology*, 54: 547-568.
- Bleger M. y F. Adorno
2015 Procesos de (re)configuración de lo masculino y lo femenino: Un ejercicio teórico sobre dos casos de San Carlos de Bariloche. Trabajo presentado en la *XI Reunión de Antropología del MERCOSUR* Universidad de la República. Montevideo.
- Brinnitzer, E.
2003 Adolescencia, pobreza y tiempo libre en mujeres y varones. *La Aljaba*, 8: 221-244.
- Briones, C.
1998 *La alteridad del "Cuarto Mundo"*. Ediciones del Sol. Buenos Aires.
- Butler, J.
2005 *Cuerpos que importan sobre los límites materiales y discursivos del "sexo"*. Paidós. Buenos Aires.
2007 *El género en disputa: el feminismo y la subversión de la identidad*. Paidós Ibérica. Barcelona
2011 *Gender trouble: feminism and the subversion of identity*. Routledge. New York.
- Cassigoli Salamon, R. C.
2006 Usos de la memoria: prácticas culturales y patrimonios mudos. *Cuicuilco*, 13 (38): 133-152.
- Cole, L.
1993 Resisting the canon: feminist cultural studies, sport, and technologies of the body. *Journal of Sport and Social Issues*, 17 (2): 77-97.
- Connerton, P.
1989 *How societies remember*. Cambridge University Press. Cambridge.
- De Certeau, M. D.
1990 *L'invention du quotidien. 1. Arts de faire*. Editions Gallimard. París.
1999 *La cultura en plural*. Nueva Visión. Buenos Aires.
2008 Andar en la ciudad. *Bifurcaciones*, 7: 1-17.
- De la Cadena, M. (ed.)
2008 *Formaciones de indianidad: articulaciones raciales, mestizaje y nación en América Latina*. Envión. Popayán.
- Deleuze, G.
1990 Qué es un dispositivo. En AA.VV., *Michel Foucault, filósofo*, pp. 155-163. Gedisa. Barcelona.

- Dwyer, L.
2009 A politics of silences: violence, memory and treacherous speech in pos-1965 Bali. En *Genocide, truth, memory and representation*, A. O'Neil y K. Hinton eds., pp. 113-146. Duke University Press. Durham y London.
- Fassin, D.
2003 Gobernar por los cuerpos, políticas de reconocimiento hacia los pobres y los inmigrantes en Francia. *Cuadernos de Antropología Social*, 17: 49-78.
- Foucault, M.
1995 *La verdad y las formas jurídicas*. Gedisa. Barcelona.
- Fuentes, R. D. y Núñez, P.
2008 *Identidad y lucha por la tierra en San Carlos de Bariloche*. Núcleo Patagónico. San Carlos de Bariloche.
- Garriga Zucal, J. A.
2005 Lomo de macho. Cuerpo, masculinidad y violencia de un grupo de simpatizantes del fútbol. *Cuadernos de Antropología Social*, 22: 201-216.
- González Alcantud, J. A.
2005 *La ciudad vórtice: lo local, lugar fuerte de la memoria en tiempos de errancia*. Anthropos. Barcelona.
- Guber, R.
2001 *La etnografía: método, campo, reflexividad*. Norma. Buenos Aires.
2004 *El salvaje metropolitano*. Paidós. Buenos Aires.
- Grossberg, L.
1992 *We gotta get out of this place*. Routledge. New York.
1997 *Bringing it all back home. Essays on Cultural Studies*. Duke University Press. Durham.
2003 Identidad y Estudios Culturales: ¿No hay nada más que eso? En *Cuestiones de identidad cultural*, S. Hall y P. Du Gay comps., pp. 148-180. Amorrortu. Buenos Aires.
2010 *Cultural studies in the future tense*. Duke University Press. Durham.
- Gumperz, J. J.
1992 Contextualization and understanding. En *Rethinking context: Language as an interactive phenomenon*, Alessandro Duranti y Charles Goodwin eds., pp. 229-252. Cambridge University Press. Cambridge.
- Halbwachs, M.
2004 *La memoria colectiva*. Prensas Universitarias de la Universidad de Zaragoza. Zaragoza.
- Haraway, D.
1991 *Simians, cyborgs, and women: The reinvention of nature*. Routledge. Nueva York.
- Hill, J.
1992 Contested pasts and the practice of Anthropology. *American Anthropology*, 94: 809-15.
- Ingold, T.
2000 *The perception of the environment: essays on livelihood, dwelling and skill*. Psychology Press. Oxford.
2011 *Essays on movement, knowledge and description*. Routledge. New York.
- Jackson, M.
1998 *Minima ethnographica. Intersubjectivity and the anthropological project*. University of Chicago Press. Chicago & London.

- Kropff, L.
2005 Activismo mapuche en Argentina: trayectoria histórica y nuevas propuestas. En *Pueblos indígenas, estado y democracia*, Pablo Dávalos coord., pp. 103-132. CLACSO - Colección Grupos de Trabajo. Buenos Aires.
- Lamas, M.
1986 La antropología feminista y la categoría "género". *Nueva Antropología*, VIII (30): 173-198.
- Lefebvre, H.
1980 *La presencia y la ausencia. Contribución a la teoría de las representaciones*. Fondo de Cultura Económica. México.
- Marcus, G. E.
2001 Etnografía en/del sistema mundo. El surgimiento de la etnografía multilocal. *Alteridades*, 22: 111-127.
- Massey, D.
2005 *For Space*. Sage Publications. London.
- Mayol, P.
1999 Primera parte. Habitar. En *La invención de lo cotidiano, 2. Habitar, Cocinar*, Michel de Certeau, Luce Giard y Pierre Mayol eds., pp. 3-127. Editorial Universidad Iberoamericana. México.
- Mohanty, Ch. T.
2008 Bajo los ojos de occidente. Academia Feminista y discurso colonial. En *Descolonizando el feminismo: teorías y prácticas desde los márgenes*, Liliana Suárez Navaz y Aída Hernández eds., pp. 117-163. Cátedra. Madrid.
- Mohanty, Ch. T., Russo, A., y Torres, L. (eds.)
1991 *Third world women and the politics of feminism* (Vol. 632). Indiana University Press. Indiana.
- Moreno, H.
2013 La invención del cuerpo atlético. *AIBR, Revista de Antropología Iberoamericana*, 8 (1): 49-82.
- Núñez, P.
2004 Un municipio alejado, una actividad tangencial y los efectos de un profundo cambio institucional: San Carlos de Bariloche 1958-1970. *Cuadernos del Sur Historia*, 33: 169-188.
- Ortner, S. B.
1997 Field work in the post community. *Anthropology and Humanism*, 22 (1): 61-80.
2006 *Anthropology and social theory: Culture, power, and the acting subject*. Duke University Press. Durham.
- Pérez, S.
2004 Identidades urbanas y relocalización de la pobreza. *Intersecciones en Antropología*, 5: 177-187.
- Ramos, A.
2005 Disputas metaculturales en la antesala de un juicio. El caso "Benetton contra mapuche". En *Historia, poder y conflictos*, Wilde, G. y P. Schamber comps., pp. 103-132. Paradigma Indicial SB. Buenos Aires.
2010 "Cuando la casa escondida apareció a la vista". Memorias en y de desplazamiento, *Actas de las IV Jornadas de Historia de la Patagonia*, Santa Rosa.
2011 Perspectivas antropológicas sobre la memoria en contextos de diversidad y desigualdad. *Alteridades*, 21 (42): 131-148.

- Ramos, A. y Kradolfer, S.
2011 Las memorias de ruta. Repensando los movimientos y las fijeas. *Anuario Americanista Europeo*, 9: 101-118.
- Rancière, J.
1996 *El desacuerdo: política y filosofía*. Nueva Visión. Buenos Aires.
2010 *El espectador emancipado*. Manantial. Buenos Aires.
- Rappaport, J.
2000 *La política de la memoria: Interpretación indígena de la historia en los andes colombianos*. Editorial Universidad del Cauca. Popayán.
- Rockwell, E.
2009 *La Experiencia Etnográfica. Historia y cultura en los procesos educativos*. Paidós. Buenos Aires.
- Rose, N.
2003 Identidad, genealogía, historia. En *Cuestiones de identidad cultural*, Hall y du Gay comps., pp. 214-250. Amorrortu. Buenos Aires.
- Strathern, M.
1987 An Awkward relationship: The case of feminism and anthropology. *Signs*, 12 (2): 276-292.
- Trouillot, M. R.
2007 El poder en el relato. *Arqueología Suramericana*, 3 (2): 162-183.
- Turner, T.
1988 Ethno-Ethnohistory: myth and history in native South American representations of contact with western society". En *Rethinking history and myth. Indigenous South American perspectives on the past*, J. Hill ed., pp. 235-281. University of Illinois Press. Illinois.
- Williams, R.
2009 *Marxismo y literatura*. Las Cuarenta. Buenos Aires.



Colección T E S I S

María Verónica Bleger

Salir jugando.

Historias en movimiento de un equipo de fútbol femenino.

San Carlos de Bariloche – Junio 2021



I I D Y P C A

ISBN 978-987-47768-2-2



9 789874 776822